



alan burgress  
**EL ALBERGUE  
DE LA SEXTA  
FELICIDAD**



Lectulandia

En este libro inolvidable relata la verídica epopeya de Gladys Ayward, misionera en China y fundadora de centros benéficos en la región de Yang Cheng en cuya cárcel dominó un motín, y convirtió al mandarín al cristianismo. Al producirse la sangrienta invasión japonesa, Gladys organizó la huida de gran número de huérfanos chinos, a los que arrastró consigo en un terrible éxodo que dañó seriamente su salud. Tras una estancia en Inglaterra, partió de nuevo para Hong-Kong y Formosa donde, sostenida por la gratitud de muchos de los que ella rescató siendo niños, prosiguió su trabajo una de las más admirables mujeres de esta generación.

Fue llevada al cine en 1958 por Mark Robson, protagonizada por Ingrid Bergman y Curd Jürgens.

**Lectulandia**

Alan Burgess

# **El albergue de la sexta felicidad**

ePub r1.1

Pepotem2 14.10.14

Título original: *The small woman*  
Alan Burgess, 1957  
Traducción: Cesar de Montserrat

Editor digital: Pepotem2  
ePub base r1.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Capítulo I

Todo el asunto de la mujer pequeña intrigó y preocupó a un tiempo al jefe médico. Su proximidad a la muerte; el hecho de que, entre una cuarta parte de la raza humana que habita el enorme continente chino, aquel cachito menudo y reseco de mujer, de pulso débil, apareciese en su puerta para marchar fuera del alcance de su ayuda, tan enigmática como cuando llegó, despertó en él un interés mayor que el puramente profesional.

De que ella iba a morir, no le cabía ninguna duda. Nadie sabía quién era; pero en China, en aquellos días de otoño de 1941, con los invasores japoneses presionando en varios frentes, y medio mundo tratando empeñadamente de destruir a la otra mitad en un furioso holocausto de tanques y aviones, la muerte violenta era una cosa tan próxima que la pérdida de la vida de una mujer menuda e ignorada poca preocupación debía ocasionar.

El poco personal que hablaba inglés en la Misión Escandinavo-Americana de Hsing P'ing, en él remoto noroeste de China, ignoraba su nombre y su procedencia. Dos campesinos chinos la habían llevado hasta el portal, descargándola de una carreta tirada por bueyes, con tan poca ceremonia como si se tratara de un perro enfermo. Con un fatalista encogimiento de hombros, habían declarado al portero que si se hubiese tratado de una china, la habrían dejado morir. Pero comprendieron que era extranjera, a pesar de que vestía hábitos chinos y llevaba una Biblia china; por tanto, creyeron más conveniente que muriese junto a sus amagos y que entregara el alma a sus propios dioses. El portero no sentía ningún interés por su filosofía ni por su muerte —pues aquel cuerpo estaba tan próximo a morir que podía confundirse con un cadáver— y por ello no preguntó dónde lo habían encontrado, ni de dónde ellos mismos procedían.

La Misión Escandinavo-Americana envió inmediatamente un telegrama al Hospital de la Misión Bautista de Sian, solicitando el envío de un médico, y, con la humanitaria generosidad que durante las semanas siguientes habrían de derrochar todos los de aquel hospital, el jefe médico tomó el primer tren. Llegó muy avanzada la tarde y examinó a la paciente. Estaba muy delgada y desnutrida; el intenso cansancio y el sufrimiento pintaban oscuras rayas en el borde de sus ojos; mostraba la cicatriz de una herida de bala en la espalda, y, aunque no saltaba a la vista, padecía lesiones internas causadas por una brutal flagelación ocurrida meses atrás.

Su temperatura se elevaba hasta los 105 grados (Fahrenheit). Deliraba intensamente y tomaba al médico por un oficial japonés.

Su experiencia le dijo al médico que probablemente sufría fiebres intermitentes.

Tomó inmediatamente una muestra de sangre y la envió por un mensajero especial al Hospital Baptista. Otro mensajero volvió al día siguiente anunciando que la sangre había confirmado la exactitud del diagnóstico. Al punto le administró una inyección endovenosa, que sabía que haría remitir la fiebre; y, como por aquel entonces había llegado una enfermera sueco-americana, llamada *Miss Nelson*, pensó que podía dejar la paciente a su cuidado, pues la fiebre bajaría en cuarenta y ocho horas y sólo el tiempo y muchos cuidados podían curar a la enferma. Regresó a Sian, convencido de haber hecho todo lo posible.

Cinco días más tarde se recibió una carta en el Hospital Baptista informando al médico de que la mujer desconocida había vuelto a caer en un tremendo delirio; de que, aunque la temperatura había llegado a ser casi normal, había vuelto a subir a los 105 grados, y de que su estado era gravísimo.

Tomó el primer tren y halló a su paciente a punto de expirar, a causa de una terrible enfermedad, el tifus, que debió de haber incubado durante las fiebres. Como tres médicos del Hospital Baptista habían muerto de tifus durante los últimos años, y como la resistencia de aquella mujer —debido a la desnutrición, al *shock* y a la fatiga— era insignificante, el médico tuvo el convencimiento de que no existía ninguna esperanza. Sobre todo, cuando un examen ulterior demostró que un foco de neumonía había brotado en un pulmón.

Sin embargo, por un querer de Dios, uno de los misioneros sueco-americanos, que acababa de regresar de un permiso pasado en los Estados Unidos, traía veinte tabletas de la nueva droga *sulfapiridina* en su equipaje personal, y gustoso las ofreció al médico para el tratamiento de su enferma. Con el empleo de aquellas tabletas logró dominar la neumonía; pero no salvación de aquella mujercita estaba, en último caso, en su traslado inmediato al hospital de Sian.

El médico hacía casi veinte años que estaba en China; había sobrevivido al sitio de Sian cuando los ejércitos de dos guerreros locales se habían disputado la ciudad y veinte mil personas habían muerto de hambre; tenía muchas relaciones y alguna influencia en el distrito, y no vaciló en emplearlas en beneficio de aquella mujer pequeña y desconocida. Llamó a un amigo suyo que controlaba aquella sección del ferrocarril y, llamándolo por su apodo, le dijo:

—¿Railes? Necesito que mañana enganchen un vagón especial al primer tren que salga de aquí. Llevaremos a un enfermo en una camilla y necesitaremos cuatro hombres que la sujeten durante el trayecto. ¿Puede hacerme este favor? ¡Es urgente!

Railes dijo que lo haría. Si la mujer, en su delirio, hubiese podido enterarse de que se había dispuesto un vagón especial para ella sola, ciertamente que habría reído hasta saltársele las lágrimas.

Unos camilleros fueron a esperar el tren en Sian y se llevaron al hospital a la mujer inconsciente. Una de las doctoras había abandonado voluntariamente su

habitación a fin de que la enferma grave pudiese disfrutar de un cuarto amplio y aireado. Miss Nelson y la directora del hospital, Miss Major, siguieron cuidando de ella.

Quince días más tarde, cuando la mujercita seguía mentalmente perturbada aunque la fiebre tifoidea empezaba a descender, los japoneses, después de algunas semanas de inactividad, decidieron bombardear Sian. El jefe médico se sentó junto a su paciente en cuando las bombas empezaron a caer. El escuálido cuerpo se estremecía y se retorció a cada bomba que caía silbando y estallaba conmoviendo la estancia. Toda ella se cubrió de un sudor frío, y el médico, que con toda su experiencia no había visto jamás un caso igual de angustia por *shock* retardado, le tenía las muñecas cogidas y trataba de calmarla.

Después de haberse tomado tanto trabajo para llevarla al hospital de Sian, se daba cuenta de que habría de tomarse mucho más para trasladarla de nuevo a algún lugar más tranquilo, pues las incursiones, ahora que habían recommenzado, proseguirían con toda seguridad y la mujercita moriría sin remedio. Ya ahora parecía encontrarse en los pasillos de la muerte, esperando sólo que se abriera la última puerta.

Seguía siendo casi un completo enigma. El día siguiente, mientras una enfermera estaba a su lado, cruzó su semblante una expresión de dolor, y un suspiro brotó de sus labios.

—¡Mis niños! —dijo—. ¿Dónde están mis niños? Los japoneses nos rodean por todos lados. Nos matarán. Sé que nos matarán.

El murmullo creció hasta convertirse en alarido, y de pronto empezó a delirar en un extraño dialecto chino que nadie logró entender, pero que alguien reconoció más tarde como perteneciente a una salvaje región montañosa del lejano Norte. Pasó el espasmo de delirio y una débil sonrisa se pintó en su cara. En las palabras penosamente articuladas vibraba la nostalgia del recuerdo:

—¿Os acordáis de aquella primera noche del *Tiempo de las Lilas*? Aquella tonadilla que hacía *poá-pon-pon tararón-pon-pon...*

Las breves e inciertas notas de la tonada creada por cien mandaderos al silbarla desde hacía diez años —¿o era un siglo?— brotó de la reseca garganta y se desparramó lentamente por la caldeada habitación del hospital, donde las moscas zumbaban perezosas y chocaban, contra el encalado techo, Con igual lentitud la desordenada mente de la enferma captaba o perdía las imágenes que la rodeaban. ¿Moscas? Había moscas en las caras de los muertos en Yangcheng. ¿Y ese caballero de aspecto clínico que se inclinaba encima de ella y que con tan amable insistencia, día tras día, trataba de hurgar en su pasado? No era desagradable: yacer aquí, en un mundo de sombras y color y delirio, y dejar que la mente retrocediera años y años.

Habían sido buenos años. Nadie podría quitárselos. ¿Su nombre?, le preguntaban. ¿Cómo, se llamaba? ¡Pero si todo el mundo la conocía! En una provincia grande

como toda Inglaterra todos sabían su nombre: Ai-weh-deh, ¡la Virtuosa! Pero ellos no querían saber su nombre chino, sino el inglés, el europeo. Pero ella no quería decírselo así de pronto... Son secretos que no se revelan en tiempo de guerra... Uno no debe decir nunca quién es ni de dónde viene...

Por ejemplo, aquella noche en que había conocido al general Ley en el pueblo de la montaña. Lo recordaba perdiéndose en la oscuridad, con su negro hábito revoloteando, después de coger su rifle para ir a reunirse con su banda de guerrilleros. Era un sacerdote católico romano, pero nunca supo su verdadero nombre; sospeché que era holandés. Había estado sentado frente a ella, al otro lado de la mesa. La luz amarilla de la vacilante lámpara de aceite de castor pintaba sombras negras en su cara. Habían hablado hora tras hora del inmenso dilema que llevaban en el corazón. Después él se había marchado a las montañas a... ¿a matar...?

Y el mandarín, aquel espléndido personaje de bata escarlata de seda bordada, que vi lejos, en su montaña, *yamen*<sup>[1]</sup> entre los salvajes de Shansi; él nunca le había preguntado su nombre. Y Sualan, la hermosa, la de pálida tez y manos tan inquietas y delicadas como las mariposas, destinada desde su nacimiento a ser la sonriente esclava de todos los amigos del mandarín. O Feng, el sacerdote budista de cabeza afeitada, condenado a pasarse años en aquel hediondo calabozo. O el arriero, cuya mujer e hijos ellos habían quemado en la hoguera. O incluso Linnan —Linnan, ¿el hombre que ella amaba?—; ni siquiera él la había llamado por el nombre que ella trajera de su país.

La voz amable insistía al oído:

—Díganos su nombre. No tenga miedo. Ahora ya no tiene que tener miedo.

¡Miedo! Habría podido contestarle que eso de sentir miedo había pasado ya para ella. Lo había tenido al echarse a dormir sobre la nieve, entre aquellos negros abetos; lo había tenido de aquel hombre que la había encerrado en un cuarto de hotel de Vladivostok; lo había tenido en aquella horrible prisión china, cuando un loco que blandía un hacha manchada de sangre se volvió hacia ella; lo había tenido en la cueva de la montaña, mientras aullaban los lobos y los verdes destellos de sus ojos parecían chispas de luz en la oscuridad; lo había tenido cuando el japonés gritó «¡Alto!», y las balas rebotaron en las lápidas sepulcrales a su alrededor...

—¿Su nombre? —dijo la débil e insistente voz a su oído—. ¿Cómo se llama? ¿De dónde viene?

A buen seguro que era una pregunta tonta. Forzosamente debían saber que se llamaba Gladys Ayward y que había nacido en Edmonton. Sin duda habrían oído hablar de Edmonton, al norte de Londres. En aquellos tiempos los campos subían hasta sus propios linderos; pero esto fue antes de que las piedras grises, los rojos ladrillos y la tizne de la City lo aprisionara. Cuando aún era muy pequeña, se habían trasladado a Cheddington Road. Una hilera de casas de ladrillo rojo, con cortinas de

seda y setos de alheña. Geranios en las ventanas. Enlosados grises. Cada mañana, una interminable procesión de alegres lecheros, verduleros y panaderos, bajaban por las calles en sus carros tirados por caballos. Fue una infancia feliz. Recordaba a su padre cuando volvía a casa, calle arriba, con sus pesadas botas de cartero y su uniforme oscuro con el cordoncillo rojo. Mamá estaba en la cocina haciendo el té, y ella y Violet, su hermana, jugaban alrededor de la casa o corrían por la calle con los otros muchachos.

Recordaba cómo había descubierto el antídoto del miedo, cuando los zepelines fueron a bombardear Londres durante la Primera Guerra Mundial. Entonces reunía en el salón a todos los chicos de la calle y los hacía sentar en el suelo, junto a la pared. Luego ella se sentaba frente al pequeño órgano accionado por pedal les, y comenzaba a pedalear furiosamente y a vociferar un himno en el tono adecuado para apagar el ruido de los horribles pajarracos de plata que cruzaba el cielo. Nunca había abandonado su creencia en las cualidades de un buen himno para reforzar la moral.

En todos aquellos años pasados en China había comprobado cómo podía levantar sus corazones en las más deprimentes circunstancial ¿No habían cantado al trasponer los montes con todos aquellos fatigados muchachos de llagados pies, no en dirección precisamente del Jordán o de Georgia, sino siguiendo el interminable, salvaje y viejo curso del río Amarillo?

Y al final, la gran contrariedad. ¿Sufrió alguna vez una contrariedad mayor? ¡Cómo no fuera aquella vez, en Londres, en la Misión China! Sí, tal vez entonces fue igual su desilusión.

Recordaba las negras ramas invernales balanceándose contra el cielo pálido de Londres fuera de la ventana del despacho. El jefe, un hombre alto, delgado, con aspecto de chico estudioso, y de abombada frente, la había observado desde el otro lado de la mesa. El ángulo de sus ojos, suavemente azules, constituía el punto terminal de una red de profundas y entrecruzadas rayas. Sobre ellos, las matas hirsutas de sus cejas grises. Recordaba cómo la había mirado, ¡con qué seriedad! Ella tenía veintiséis años, era muy pequeña y delicada, tenía facciones limpias, ojos castaños, faz ovalada y cabello oscuro, peinado con raya en medio y recogido detrás de la cabeza en un sencillo moño. Pero él también comprendía la emoción que traslucía su cara; una emoción a la que pronto vendría a remplazar el desencanto, pues sabía que ella se negaría a abandonar toda esperanza hasta que él la destruyera de un modo deliberado y decisivo.

Había extendido los informes ante él y fruncido los labios.

—Veo que ha estado usted tres meses con nosotros, *Miss Ayward*, ¿no es así? — dijo.

—Sí, señor.

—¿Qué me dice de la teología...?

—Temo no haber adelantado mucho en teología, ¿verdad? —dijo ella en voz baja. Él había alzado la vista.

—No. ¡Nada en absoluto!

Recordaba cómo se había erguido, cruzando fuertemente los dedos sobre la falda. Apenas si oía la voz que repetía la lista de sus fracasos. Sabía que nunca podría hacerle comprender; que carecía de dotes de persuasión para discutir con él, y de conocimientos para pasar con éxito los exámenes. Sabía que no tenía «apoyo», que no tenía ninguna probabilidad. Pero también sabía, con obsesiva y elocuente claridad, que ¡tenía que ir a China!

—Comprenda, *Miss Ayward*, que todas estas deficiencias escolares son importantes —dijo él, amablemente—, pero lo más importante de todo es su edad. Si continuara durante tres años en nuestro Centro y después la enviáramos a China, tendría a la sazón irnos treinta años. —Movi6 escépticamente la cabeza—. La experiencia nos dice que, pasados los treinta años, y salvo en caso de discípulos excepcionales, resulta extraordinariamente difícil aprender el idioma chino.

»En vista de todo —había proseguido—, estoy seguro de que comprenderá usted la inutilidad de que continúe aquí sus estudios. Aceptamos instruirla, a prueba. Si siguiera, sería una pérdida de tiempo y de dinero para todos...

Y dejó la frase sin terminar.

—Comprendo —había dicho ella, sin alzar la voz—. Gracias por haberme dejado probar. No es culpa de ustedes mi incapacidad para hacer todas esas cosas.

El jefe había tratado de mitigar su desengaño.

—No tiene que disgustarla demasiado este... tropiezo. Hay muchos otros trabajos útiles en Inglaterra para las personas como usted. —Hizo una pausa—. ¿Tiene alguna idea de lo que va a hacer ahora?

—No.

Él había examinado los papeles.

—Veo que estuvo... sirviendo antes de que.

Los ojos de ella se habían fijado de pronto en los suyos.

—No quiero emplearme de nuevo como doncella a menos que sea necesario —dijo, rápidamente.

—Lo comprendo. —Hizo una pausan.

—Puede ayudarnos de otro modo, *Miss Ayward*.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Dos misioneros acaban de regresar de China. Un viejo matrimonio que necesita alguien que los cuide. Han alquilado una casa en Bristol. ¿No le interesaría este empleo?

Recordaba cuánto le había estremecido aquel ofrecimiento. Había desatado los dedos y se había mirado las palmas de las manos. ¡Qué triste humillación! ¡Ama de

llaves de dos misioneros retirados y demasiado viejos para cuidar de sí mismos! Si esto era lo que más podía acercarse a China, tal vez haría mejor en volver a su trabajo de doncella. Era una soltera de veintiséis años, y la sociedad en que había crecido le imponía laborar para conseguir un cierto grado de seguridad. Era corriente en aquellos días, entre las dos guerras, que una joven temerosa de Dios sublimase aquella necesidad en la rigurosa observancia de los oficios dominicales: una especie de cómodo seguro que podría reclamar al llegar a las puertas del reino celestial... Pero también sabía con certeza que el Dios a quien debía obediencia reclamaba de ella más que aquella pacífica sumisión. En aquel triste tiempo, el que tenía un empleo permanecía agarrado a él. Sin embargo, ella estaba decidida a hacer algo con su propia vida. Había pasado directamente de la escuela al servicio doméstico. Había pasado de un empleo a otro, como doncella, y el quedarse sin trabajo era algo de temer.

Apenas si sabía ella misma cómo nació aquel deseo de ir a China. Tal vez fue aquella tarde en que bastante aburrida y sin saber qué hacer, había visto en el exterior de una iglesia local la proclama de una cruzada religiosa. En el interior, un dinámico y joven clérigo había excitado a su escaso auditorio al servicio de Dios. Todas las muchachas, al observar hacía donde tendían sus inclinaciones, habían declarado rotundamente que estaba «chalada».

—No seas tonta, Glad —habían protestado—. Ven con nosotras al cine, o a bailar, o al teatro o vamos a ver a esos simpáticos chicos del parque, que nos invitarán a las montañas rusas.

Sin embargo, Gladys sintió de pronto que quería sacar de la vida algo más que aquello. Se había interesado en una asociación evangélica local, y gradualmente había ido creciendo en ella el deseo de ir a China. Y la habían admitido como aspirante en el Centro de Misiones Chino.

Las chicas más jóvenes, las que habían llegado en tren de sus oscuros pueblos de los valles para pasar una noche divertida en la gran ciudad de Swansea, se mostraban por lo común agradecidas. A la puerta de las tabernas, solían aparecer mareadas y desgranaban incoherentes confidencias sobre sus amiguitos marineros o sobre «su miedo de volver junto a mamá», y se sentían súbitamente aliviadas cuando Gladys las rodeaba amistosamente con su brazo y las conducía al refugio de la misión. A la mañana siguiente, sus labios secos murmuraban las gracias cuando les daba unas monedas y las metía en el tren, rumbo a casa, a enfrentarse con los familiares de bíblico semblante, en los pequeños caseríos de las montañas de Gales. Las viejas prostitutas, curtidas por el tiempo y los aprietos económicos del hampa, eran muy diferentes. Llegaron a considerar a la joven obrera de la virtud, tan ansiosa y empapada de Dios, con tolerante burila. A veces incluso cedían a su insistencia, y algunas tardes de domingo lograba, triunfalmente llevar a un grupo de ellas a la

Misión Evangélica de Snellings. Y allí, si no lograban reformarlas, al menos, por unos fugaces momentos, se sentían transfiguradas por el trueno y el estrépito de los sonoros himnos galeses que retumbaban en el tejado metálico de la capilla, y se evadían gloriosamente del rudo mundo físico empapado de vaho de cerveza, de apretones de manos y de pasiones apremiantes de argentinos, griegos, indios, marineros, mayordomos, y traficantes y todos los que llegan en barco al puerto de Swansea...

Sabía, sin embargo, que, aunque aquellas experiencias templaban su espíritu, nada añadían a su material bancario. Pues cada día resultaba más evidente que, si alguna vez tenía que ir La China —y estaba resuelta a ir allá, a hacer lo que fuera, y pensara lo que pensara la gente—, tendría que pagarse el viaje.

El único sistema que conocía de ganar dinero era volver a su antiguo oficio. Le dolía hacerlo, pero como «Hermana de Salvación» gastaba o regalaba todo cuanto ganaba. Dijo, pues, adiós a sus amigos, y regresó a Londres.

Una agencia de empleos le encontró una colocación en Londres, en la casa de *Sir Francis Younghusband*, el eminente soldado, autor y explorador. Tal vez fue una ironía que, mientras sacudía el polvo de los libros de la biblioteca de aquella señorial residencia de Belgrave Square, el hombre que fue el primero en cruzar el corazón del Asia Central por el Muztagh —la gran barrera montañosa entre Cachemira y China— ni siquiera advirtiera su presencia. No obstante, estaba destinada a cruzar territorios humanos y geográficos más imponentes que los que él había conocido.

Ahora recordaba vivamente su entrada en la casa. Agotada por el largo viaje desde los suburbios de Edmonton, llamó a la puerta y le fue mostrada su habitación por el mayordomo. Era un cuarto pequeño, limpio y confortable pero no dejaba de ser el dormitorio de un criado. Y no era China. Sé sentó en la cama y contempló las maletas que había traído consigo. Sacó la negra y manoseada Biblia y la dejó sobre el tocador. Vacío el bolso, que contenía todo su dinero. Había en él dos peniques y medio. Colocó las monedas encima de la Biblia. Sintió ganas de llorar. Volvía a estar donde había empezado en el servido doméstico y China quedaba muy lejos. Y de pronto, consciente de una profunda necesidad, exclamó:

—¡Oh, Dios! ¡Aquí está mi Biblia! ¡Aquí está mi dinero! ¡Aquí estoy yo! ¡Empléame, Dios mío!

Se abrió la puerta. Otra doncella, bastante intrigada, que al acercarse había oído su llamamiento, asomó la cabeza.

—¿Eres Gladys? —preguntó—. La señora te espera en el salón. Siempre quiere conocer, los nuevos criados en cuanto llegan.

—Gracias —dijo Gladys. Bajó lentamente las escaleras.

La señora observó a la pequeña y derrengada figura con curiosidad.

—*Miss Ayward*..., ¿verdad? Espero que se encontrará a gusto conmigo. Y ahora,

dígame ¿cuánto le ha costado el viaje?

—Dos chelines y nueve peniques —respondió Gladys, sin adivinar el objeto de la pregunta.

Su ama alcanzó su bolso.

—Siempre pago los gastos de mis doncella al contratarlas —dijo—. Aquí tiene tres chelines. El ama de llaves le explicará su trabajó...

Gladys parecía tener un motor de explosión en los talones cuando volvió a subir las escaleras. Radiante, colocó las tres monedas sobre la Biblia. La brillante plata resplandeció sobre el cuero negro de la cubierta. ¡Tres chelines y dos peniques y medio! Todo en la cuenta de su viaje a China. ¡En espíritu, se sentía ya a medio camino!

Recordó que, por una amiga, supo de la señora Lawson.

—Es una bendita de Dios, querida. Setenta y tres años, y todavía trabajaba de misionera en China. Volvió a Inglaterra el año pasado para retirarse, pero no pudo soportarlo. Regresó a China, diciendo que prefería acabar allí sus días. Hace pocos días que escribió diciendo que desearía encontrar una mujer más joven que pudiese continuar su labor.

Gladys Ayward recordaba que había abierto la boca con asombro y que sólo pudo articular débilmente:

—¡Ésa soy yo! ¡Ésa soy yo!

Le escribió en seguida. ¿Podía ayudarla? ¿Podía reunirse con ella? ¿Podía ir a China?

Ahora sí que era necesario que ahorrara el dinero para el billete del tren. No regateó esfuerzo en el servicio de la casa de Belgrave Square. Ningún trabajo era demasiado largo o pesado para ella. Acudió a otras empresas de colocaciones ofreciendo sus servicios para trabajar en sus días libres o en los fines de semana, para servir en banquetes o en fiestas de sociedad, para trabajar todo el día y toda la noche si hacía falta. Por aquel entonces el empleado de la casa de viajes Muller era ya un viejo amigo suyo; se había acostumbrado a la presencia de aquella joven entusiasta que aparecía todos los viernes ante su taquilla, llevando cantidades que se contaban por peniques o por chelines a cuenta de aquel mágico total: cuarenta y siete libras y diez chelines.

Y llegó aquella maravillosa mañana en que una carta, franqueada con los extraños y abigarrados sellos chinos, cayó con ruido sordo en el suelo del vestíbulo. Le decía que, si podía llegar a Tientsin por sus propios medios, un mensajero la esperaría allí y la guiaría hasta el lugar de trabajo de la señora Lawson.

—¡Qué emoción! ¡Tenía que conseguir enseguida un pasaporte! ¡Tenía que acabar de pagar el billete! ¡Tenía que decidir lo que había del llevarse! «¡Voy a China! —les decía a todos sus amigos—. ¡Voy a China!». ¡Oh, la excitación del aquel momento!

Se rió en alta voz al recordarla y trató de incorporarse en su lecho de hospital. La joven enfermera china se volvió a un ordenanza que acababa de entrar.

—Está mal de la cabeza —dijo, en voz baja—. Está mal de la cabeza, y ¡se muere!

## Capítulo II

La expedición «Gladys Ayward» se hallaba en el andén de la estación de Liverpool Street el sábado 18 de octubre de 1930. Era aquella una de las expediciones peor pertrechadas que jamás saliera de Inglaterra. Todo su capital consistía en nueve peniques en dinero y un cheque de viajero de la Cook, de dos libras. El cheque había sido cosido en el interior de un viejo corsé, por la madre de la expedicionaria, en la sana creencia de que ni siquiera los peligrosos extranjeros se atreverían a acercarse demasiado a tan íntima —e intimidatoria— prenda femenina. El corsé, en realidad, constituía una verdadera caja de caudales. Contenía, además del cheque, su Biblia, su pluma estilográfica, sus billetes y su pasaporte.

Se despidió con un beso de su madre, de su padre y de su hermana, y se acomodó en un asiento del rincón de un vagón de tercera clase. Sonó un silbido y el tren se puso en marcha resoplando; ella agitó la mano en la ventanilla hasta que su familia se perdió de vista. Se enjugó los ojos, volvió a sentarse y extendió sobre el asiento contiguo el viejo abrigo de pieles que le había regalado una amiga y que su madre había cortado, transformándolo en una manta de abrigo. Sus dos maletas estaban sobre la rejilla. Una de ellas contenía sus ropas y la otra, un extraño surtido de latas de conserva de carne, pescado y guisantes, bizcochos, galletas, cubitos de caldo, extracto de café, té y huevos duros. También llevaba una cacerola una cafetera y un hornillo de alcohol. La cafetera y la cacerola habían sido atadas con alegre descuido en el asa de la maleta.

Pronto estuvieron fuera de la ciudad, pasados los suburbios. Ella observaba las simbólicas características del paisaje inglés con una agudeza que jamás había experimentado. La iglesia de cuadrado campanario tras su colina de árboles otoñales; las casas de campo de madera blancas y negras; los pardos campos arados en curvos arabescos y sembrados de trigo de invierno; los perezosos rebaños en los prados de un verde pálido; la tenue columna de humo azul de una hoguera de hojas al borde de un seto los negros cuervos describiendo círculos sobre los altos y desnudos olmos, contra el cielo del desvaído azul. Se preguntó si volvería a ver su, país natal. Apretó la cara contra el frío y húmedo cristal de la ventanilla y murmuró:

—Que Dios te bendiga, Inglaterra.

No sabía, no habría querido saber, que transcurrirían veinte largos años antes de que volviera a contemplar aquel paisaje.

Bajó en La Haya, dio sus nueve peniques de propina al mozo que le llevó las maletas y se aposentó en un asiento del rincón. Desde Holanda, el tren se deslizó por Alemania, Polonia y las inmensas estepas rusas. Sentada «de cara a la marcha» y

envuelta en su manta de piel vio deslizarse el Continente.

La estación principal de Moscú estaba llena de soldados. Llevaban bajo el brazo su ración de pan, y arrancaban un trozo y lo masticaban cuando tenían hambre. Para la meticulosa *Miss Ayward*, que para desayunar se preparaba un huevo y un bizcocho «*Ryvita*» untado con un poco de mantequilla y que a media mañana desleía un cubito de caldo en agua que hacía hervir en su cafetera, aquellos hombres barbudos y de rudo aspecto, que escupían en el suelo y se sonaban con los dedos, parecían seres de otro mundo y un tanto horribles. En cartas que escribió a su madre le decía que no podía creer que Rusia fuese feliz; que pensaba que el pueblo estaba oprimido y era desgraciado, y que la vista de los niños trabajando en las carreteras la entristecía y le daba angustia. Una o dos veces al día hacía un poco de ejercicio en el pasillo del vagón, y, de vez en cuando, al detenerse el convoy para cargar madera, se apeaba con todos los pasajeros para estirar las piernas y reponer la provisión de agua.

Diez días después de salir de Inglaterra, el tren entró en Siberia, y ella se sintió de nuevo encantada por la grandeza del escenario; las imponentes montañas, las grandes zonas de abetos, las interminables sabanas de nieve, la brillantez del sol y la inmensa soledad. En una de las paradas, entró en su departamento un hombre que sabía un poco de inglés, y, por medio de él, la otra gente —que desde hacía mucho había tratado de interrogarla por señas— empezó a saciar su curiosidad. Era aquél un hombre muy amable, y le dijo a Gladys que el revisor del tren, que había examinado sus billetes, quería advertirle que los trenes no llegaban a Harbin y que probablemente no podría cruzar la frontera siberiano-manchú. Si esto era cierto —y ella hacía esfuerzos para no creerlo—, tenía pocas probabilidades de llegar a Dairen, pasando por Harbin, para tomar el barco hasta Tientsin.

Para aumentar sus temores, en cada estación donde el tren se detenía, subían más y más soldados. Ahora dos oficiales compartían su departamento y, aunque no podían hablarle más que por señas, se mostraban muy amables. En Chita el tren quedó vacío de pasajeros civiles a excepción de Gladys. El revisor llegó a ella y, con grandes ademanes, trató de obligarla a saltar al andén. Gladys, no obstante, firmemente sentada en su rincón, no quiso darse por enterada; creía que cada milla que avanzaba la acercaba más a China. Se quedó.

El tren se llenó de soldados y siguió adelante. Pocas horas más tarde, en plena oscuridad, se detuvo de nuevo en una pequeña estación y los soldados se apearon, formaron en el andén y marcharon sumiéndose en la noche. Las luces del tren se apagaron. Ella dio un corto paseo en el pasillo y se convenció de que era la única pasajera que había quedado. Y entonces, llevado por el fino y gélido viento, llegó un ruido que, aunque nunca lo había oído con anterioridad, reconoció inmediatamente. ¡El ruido de disparos! ¡Retumbante, amenazador, horrible...! Sacó la cabeza por la ventanilla y vio distantes fogonazos alumbrando el cielo. Reunió sus cosas.

Cargada con su equipaje y su manta, recorrió el andén y, en una garita junto a la vía, encontró a cuatro hombres agrupados alrededor de una estufa: el maquinista, el fogonero, el jefe de estación y el revisor que inútilmente había tratado de hacerla apearse en Chita. Leí hicieron una taza de café bien cargado y, con grandes voces subrayadas por enérgicas gesticulaciones, reiteraron la afirmación de que, sin ninguna duda, había llegado al final del trayecto. Más allá se extendía el campo de batalla.

Aquella breve y no declarada guerra entre China y Rusia, por la posesión del Ferrocarril Oriental de China, tuvo poca resonancia en la Prensa occidental. Duró unos pocos meses, con suerte alterna, y los chinos acabaron por retirar sus fuerzas. El tren, le dijeron, permanecería allí durante días, tal vez semanas, hasta que lo necesitaran; entonces llevarían a los heridos a los hospitales de retaguardia. Señalaron la vía por donde habían venido.

—Vuelva atrás —le dijeron.

La línea corría temerosa entre pinares cubiertos de nieve; estaba bordeada por altas montañas; la nieve entre los raíles era blanda y espesa; agujas de hielo colgaban de las copas de los pinos. Pero, añadieron, volver a Chita era su única esperanza.

Emprendió la marcha. A pocas millas de la frontera manchú, el viento de Siberia formaba remolinos de nieve alrededor de sus pies, y ella, con una maleta en cada mano —una de aquéllas ostentando aún el ridículo adorno de la cacerola y la cafetera — y la piel echada sobre los hombros, se sumergió en la noche, como un débil personaje chaplinesco.

Cuatro horas después, cuando el frío y el hambre empezaron a pesarle, se sentó en la helada vía, encendió el hornillo de alcohol y se puso agua a hervir para hacer café. Comió dos bollos y se sintió desgraciada. Pensó que tenía que dormir, al menos una o dos horas. Colocó sus dos maletas de forma que la resguardaran del viento, tapó con nieve la rendija, se envolvió en la vieja piel y se echó en el suelo. Adormilada escuchó el ruido de aullidos lejanos y, con aquella ingenuidad infantil que suele atribuirse sólo a los pequeños de grandes ojos azules, dijo para sí: «¡Quisiera saber quién habrá soltado a esos perrazos a estas horas de la noche! ¡Qué alboroto!». Hasta dos años después, cuando se hallaba en China, no comprendió que lo que había oído era una manada de lobos.

Una pálida aurora alumbraba los montes cuando se despertó, aterida, pero descansada. Se hizo más café, comió otro bollo, recogió su equipaje y volvió a emprender su camino a lo largo de la interminable vía. Pensó que tendría que andar mucho para llegar a China. Muy entrada la noche, mientras avanzaba tambaleándose y casi inconsciente por el frío y la fatiga, vio las luces de Chita brillar en la lejanía. Esto le dio nuevas fuerzas. Siguió penosamente hacia delante, dejó caer sus maletas de cualquier modo y se sentó encima de ellas. Al parecer, no podía hacer otra cosa. Varios grupos de rusos estaban haciendo lo mismo. Aquello parecía una epidemia de

la U. R. S. S.

Nadie se acercó a ella durante la noche, y Gladys dormitó a intervalos bajo su manta de pieles. Por la mañana, varios empleados de la estación se aproximaron a mirarla, sacudieron la cabeza y volvieron a marcharse.

Observó a un empleado que llevaba una gorra roja y avanzaba por el andén en su dirección, y se preguntó si sería mejor darle una patada en la espinilla o quitarle de un manotazo la flamante gorra. Después pensó que la violencia era innecesaria, por cuanto el hombre iba acompañado de tres soldados y evidentemente era ella su objetivo. Por señas le dio a entender que estaba detenida y que debía seguirle. Ella se sintió feliz al saberse arrestada. Recogiendo su equipaje, le siguió por el andén y entró en una habitación. Estaba tan sucia y olía tan mal que casi se sintió mareada. Cerraron la puerta y la dejaron allí. Prefería el frío siberiano del andén. Más tarde abrieron de nuevo la puerta y la condujeron a otra estancia. El hombre que iba a interrogarla logró hacerle comprender que hablaba inglés. Gladys se alegró de ello, pero no pareció llevarlos a ninguna parte. El hombre habló mucho rato, pero ella no pudo entender casi nada de lo que le dijo, después se marchó. Gladys desenrolló la piel —aquella habitación no apestaba tanto— y bajo la mirada inexpresiva del soldado que había quedado de guardia se durmió profundamente.

Al día siguiente prosiguió el interrogatorio. Examinaron su nuevo y brillante pasaporte y estuvieron largo tiempo discutiendo la anotación que rezaba: «Profesión: Misionera<sup>[2]</sup>», y al parecer le sugerían que se quedara en Rusia, pues necesitaban gente como ella.

Es bien sabido que, durante aquellos años, muchos jóvenes comunistas de todo el mundo acudían a la Rusia Soviética ansiosos de desempeñar su papel en la construcción de una Utopía proletaria. No era extraño, pues, que tomaran a Gladys Ayward por uno de aquéllos; pero aquella confusión la aterrorizó. Muy excitada, pasó las hojas de su Biblia, que tenía un grabado en colores en su interior, y les mostró unas escenas de los tiempos bíblicos. Aquello pareció dar buen resultado, pues, al cabo de otra discusión, le tendieron un pedazo de papel con sellos oficiales que parecían ser un nuevo visado, y también lo que parecían billetes para otro viaje.

Aquella tarde la acompañaron a un tren y lograron hacerle comprender que debía hacer trasbordo en un lugar llamado Empalme de Nikolshissur y allí tomar un ramal a Pograničnai y seguir hasta Harbin.

Pocas horas más tarde se apeó en Nikolshissur. ¿Cuál era la línea de Pograničnai? Nadie hablaba inglés; nadie entendía nada de sus preguntas. Probó con los empleados de la estación; probó con el hombre del gorro rojo. Nadie la comprendía. Sé había hecho tarde. Rodeada de su equipaje, se dispuso a pasar otra noche en un andén de estación. El frío era tan intenso que pensó que moriría helada. A la mañana siguiente hizo su café con el hornillo de alcohol comió dos de las

inevitables galletas, dejó su SI equipaje en la sala de espera y se fue en busca de algún despacho oficial. Estaba segura de que, una vez allí, encontraría a alguien que supiera algunas palabras de inglés. Y halló las oficinas, pero a nadie que hablara inglés. La hicieron entrar en un despacho, y un hombre la interrogó. Por aquel entonces Gladys se había acostumbrado ya a mostrar su Biblia y sus dibujos pero en aquella ocasión, en un momento inspirado, sacó un retrato de su hermano Laurie. Vestía el uniforme de gala del tambor del ejército británico. En comparación con los uniformes empleados por los rusos, parecía un capitán general. Nunca logró saber si se habían pensado que estaba emparentada con algún alto mando militar, pero lo cierto es que la fotografía produjo inmediatos y estupendos resultados. Con súbita comprensión, todos parecieron saber lo que había que hacer en aquel instante. La llevaron ante todo a la estación, a recoger su equipaje, y después a un hotel donde pasó la noche. Al día siguiente la acompañaron a un tren, le cambiaron los billetes y la enviaron a Vladivostok. Mientras cruzaban el interminable paisaje de Siberia elevó una breve oración de gracias al hermano Laurie.

En el andén de Vladivostok nadie le prestó gran atención. El que recogía los billetes examinó el suyo y la dejó pasar. En el muro de la estación había un cartel que anunciaba «Intourist Hotel» y decidió dirigirse allí. Guiándose por la fonética de algunos transeúntes logró llegar a sus puertas. No estaba lejos de la estación. El conserje la invitó a entrar con un ademán. Un hombre robusto, de pálida faz mogólica, traje arrugado y sin corbata, examinó su pasaporte y se lo metió en el bolsillo. Por lo que Gladys pudo entender, tenía algo que ver con la policía. Las letras «G. P. U.» no significaban nada para ella.

Desde aquel momento el hombre se pegó a ella con una asiduidad que Gladys encontraba bastante molesta. Insistió en mostrarle Vladivostok, y lo que vio la llenó de horror: calles sucias y sin empedrar, llenas de charcos; colas para adquirir comestibles; mujeres vestidas con quimono, hundidos los ojos por el hambre y la fatiga, llevando sus niños a la espalda; edificios viejos y sin pintar; trepidantes tranvías abarrotados de gente sucia y harapienta. Aquella tarde se detuvieron en una esquina y vio cómo se detenía uno de aquellos tranvías. Una mujer escuálida y medio muerta de hambre, corrió para tomarlo. Gladys nunca comprendió la razón del altercado que siguió, pero observó que la muchedumbre de pasajeros masculinos amenazaban al nuevo viajero, y vio que en el momento de arrancar el tranvía, la asían y la arrojaban a la calzada.

La mujer cayó con un golpe sordo y rodó en el barro. Los hombres chillaron, burlándose de ella. La mujer se levantó lentamente. Lloraba con tan silencioso y amargo pesar, que Gladys sintió piedad de ella. Dio un paso en su dirección, pero el hombre la detuvo cogiéndola por un brazo. Con la cabeza gacha, la mujer empezó a andar por la calle azotada por el viento, detrás del tranvía. La huella de su cuerpo

quedaba en el barro. La lluvia se cuidaría de borrarla.

La cicatriz del recuerdo quedaría por siempre grabada en la mente de Gladys Ayward. Para ella, aquel viento frío que silbaba por las calles llevando consigo la desolación de Siberia resumía el estado de Rusia. Sintió en sus huesos di asombro y el desencanto de tantas de aquellas gentes. No podía encauzar sus sentimientos en un juicio crítico y coherente; sólo sentía una ansia vehemente de abandonar aquel país.

A la mañana siguiente su pálido intérprete la esperaba a la puerta de su habitación. Tuvo la impresión de que sus untuosos modales habían cambiado. Mientras bajaban las escaleras le preguntó:

—¿Podré salir pronto para Harbin?

Él la miró de reojo.

—¿Por qué quiere ir al bárbaro país chino? En esta tierra de la gran revolución tiene un porvenir. Usted es joven y puede trabajar aquí. Necesitamos gente apta como usted.

Ella miró fijamente ante sí y trató de dar su todos los movimientos de sus miembros un ritmo normal. Intentaba ocultar el súbito miedo que sus palabras le habían producido.

—Si yo no tengo ninguna habilidad. Sólo pretendo ser misionera. —Y añadió, con franqueza que no pudo dominar—: Además, no me gusta Rusia: toda esta pobreza; esas infelices mujeres escuálidas; esa suciedad...

Él volvió los ojos hacia ella.

—En fin, ¿cómo podrá llegar a China? No tiene dinero para el pasaje.

Gladys se enfadó.

—Yo he pagado el pasaje desde Londres a Tientsin. Si la gente de sus ferrocarriles es honrada, ella cuidará de que llegue al término de mi viaje —dijo, indignada.

—Pero ¿por qué va a seguir adelante? Puede trabajar aquí tan bien como en China. Necesitamos gente como usted, que sepa hacer funcionar las máquinas...

—¡Máquinas! Yo no he manejado una máquina en mi vida.

—Debería quedarse —dijo él—. China está muy lejos. Ya encontraremos quien se encargue de usted.

Al entrar en el vestíbulo del hotel, a su regreso, se dio cuenta de que alguien la seguía de cerca. El hombre de la «G. P. U.» había vuelto a su puesto detrás del mostrador. Miró por encima del hombro y vio una muchacha morena, sencillamente vestida, pero atractiva. La chica la alcanzó y, sin volver la cabeza, murmuró en un inglés con mucho acento:

—Tengo que hablar con usted. Es importante. ¡Sígueme!

Como hipnotizada, Gladys dejó que la muchacha se adelantara y la siguió por un pasillo. La joven la tomó de un brazo y la condujo a un rincón oscuro.

—Esperé hasta tener la seguridad de que el hombre de la G. P. U. la había dejado —dijo.

—No comprendo. ¿Quién es usted?

—Esto no importa. Lo que importa es que está usted en peligro.

El cuervo del miedo agitó las alas sobre el hombro de Gladys.

—Pero ¿qué puedo hacer? —dijo, con ansiedad.

La voz de la muchacha sonó rápida, apremiante:

—¿Quiere usted marchar de aquí, no? Si no lo hace ahora, no podrá hacerlo nunca.

Los labios apretados de Gladys se contrajeron más aún. Nuevamente sintió el súbito aletazo del miedo.

—Soy súbdita británica. Tengo mi pasaporte.

—¿Dónde está?

—Aquí, en mi bolso.

—¡Sáquelo! ¡Y ábralo...!

Gladys buscó en su bolso y recordó de pronto. El hombre de la entrada. Se lo había metido en el bolsillo y no se lo había devuelto.

Ahora había verdadero terror en la voz de Gladys:

—¿Qué voy a hacer?

—Yo puedo ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Escuche. Esta noche, después de las doce, esté vestida y tenga preparado el equipaje, Llamarán a su puerta. Abra y siga al hombre que irá a buscarla. No le hable. Limítese a seguirle. ¿Comprende? Y pida que le devuelvan su pasaporte.

Gladys asintió débilmente con la cabeza. No podía pronunciar ya más palabras. Cuando la muchacha se hubo marchado, permaneció unos instantes en el oscuro corredor tratando de forjar su plan de acción. Tenía que conseguir que le devolvieran su pasaporte. Era esencial. Se acercó al mostrador del vestíbulo. El hombre de la G. P. U. estaba sentado en un sillón y fumaba un cigarrillo. La miró despectivamente.

—¿Y mi pasaporte? —dijo Gladys—. Quisiera que me lo devolviese.

El hombre echó la silla atrás, se quitó el cigarrillo de la boca y expelió el humo.

—Todavía lo están examinando. Se lo llevaré... esta noche.

—Gracias —dijo Gladys. Y se alejó rápidamente, sin saber cuál debía ser su próximo paso. Tenía que serenarse. ¿Tendría razón aquella muchacha? La idea parecía absurda; parecía un episodio de una mala novela de aventuras.

Aquella noche permaneció sentada en su fría habitación después de haber comido su cena. No le habían gustado mucho los bizcochos ni el pescado en conserva. Llamaron a la puerta. Se levantó y fue a abrir. Era el hombre de la G. P. U., que sonreía, y, tentador, agitaba el pasaporte en la mano. Introdujo un pie, sujetando la

puerta. Instintivamente advertida, Gladys alargó una mano, le arrancó el pasaporte y lo lanzó al interior de la habitación. La cruel y sardónica sonrisa del hombre la asustaba. Él acabó de abrir la puerta y entró.

—No se atreva a entrar aquí —dijo Gladys, sencillamente—. ¡Salga! ¡Salga!

—Voy a entrar, y no será usted quien me lo impida —dijo él, con voz gutural, mientras sus ojos oblicuos iban de ella a la cama y volvían a posarse en ella.

Con ojos desorbitados, se lo quedó mirando. Su formación le decía que allí estaba el más absoluto, el más fundamental de los horrores: ¡un hombre bestial entrando en su dormitorio, de noche, inflamado de lujuria y malos deseos! Había leído cosas parecidas en las revistas femeninas.

Tan petrificada estaba por el asombro, que lo dejó avanzar tres pasos antes de saltar hacia atrás como un gato escaldado. Con inspirada retórica, declamó a gritos:

—¡Dios me protegerá! ¡Dios me protegerá!

El hombre se detuvo. Parecía sorprendido. Contempló el pequeño cuerpo virtuoso, acurrucado dramáticamente ante él, y empezó a sonreír. La sonrisa se convirtió en risa y, finalmente, en estruendosas carcajadas. Asombrada, pero implacable, Gladys seguía mirándole. De pronto cambió el humor del hombre. Blasfemó salvajemente y la maldijo en ruso y en inglés. Alzó la mano amenazadora, pero después se repensó, retrocedió unos pasos y cruzó el umbral cerrando la puerta de golpe. Gladys corrió a echar el cerrojo. Apenas si podía respirar, tan intensa era su emoción. Se apoyó de espaldas a la puerta, apretando contra ella las palmas de las manos, con extraordinario alivio. Tenía que salir del hotel aquella misma noche. ¡En seguida!

Corrió a recoger su pasaporte. ¿Qué había dicho la muchacha? ¿No había pretendido examinarlo? Lo abrió y hojeó las páginas. Su dedo tembló de espanto al ver lo que habían hecho. La palabra «Misionera» en la línea que decía «Profesión» había sido convertida en «Maquinista». Lo cerró, lo metió en el bolso, saco las maletas de debajo de la cama y empezó a llenarlas con sus cosas. Tenía que partir aquella noche; tenía que escapar de un modo u otro. Terminó de hacer las maletas y se sentó en la cama temblando, esperando la medianoche y rogando por aquella llamada a la puerta que había de liberarla. ¿Le había dicho la joven la verdad, o era aquello parte de un astuto plan para hacerla caer en la trampa? No importaba. Tenía que correr el riesgo. Tenía que salir, de allí.

La llamada fue tan débil que apenas la oyó. Vaciló antes de abrir la puerta, pero en seguida resolvió seguir adelante. Un hombre extraño, con un gabán pardusco, esperaba fuera. Estaba tan oscuro que casi no podía verle la cara. Él le hizo señas para que saliera y mantuvo la puerta abierta mientras ella cruzaba el umbral con sus maletas. Después echó a andar y ella lo siguió a lo largo del pasillo, escaleras abajo, y pasaron frente al despacho de recepción. El conserje dormitaba en su silla, juntó a la

estufa; no había rastro del hombre de la «G. P. U.» La puerta giratoria chirrió un poco al dar vuelta, y Gladys pasó con dificultad a causa del equipaje. Ya raerá, les envolvió el aire frío de la noche, y ella anduvo a paso vivo siguiendo al desconocido. Las calles estaban a oscuras y continuamente tropezaba en los hoyos. Al cruzar apresurados las negras callejas laterales, tuvo la impresión de que se aproximaban al mar. Sobre el cielo nocturno pudo ver las finas siluetas de las grúas del muelle. Pronto pasaron sobre vías férreas fijadas entre adoquines, pe la sombra de un montón de cajas de embalaje brotó otra figura. Era la muchacha, y Gladys, con un suspiro de agradecimiento, se precipitó hacia ella.

—Me alegra que haya venido —dijo la joven.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó Gladys, ansiosamente.

—¿Ve aquel barco? —Y la chica señaló el negro bulto de un barco destacando más allá de los tinglados y de las grúas.

—Sí.

—Es un barco japonés. Zarpa para el Japón al amanecer. Tiene que subir a él.

—¡El Japón! ¡Pero si no tengo dinero...! —exclamó Gladys, con voz que era un gemido.

—Hallará al capitán del barco en aquella caseta de madera. Tiene que hablar con él. Suplíquele, dígame que se encuentra en un grave apuro. Tiene que marcharse en ese barco...

—Está bien; lo intentaré.

La voz de Gladys delataba sus dudas.

La muchacha seguía plantada en la oscuridad y Gladys no sabía cómo darle las gracias.

—¿Y usted? Todavía no le he dado las gracias por lo que ha hecho. ¿Por qué me ha ayudado?

—Lo necesitaba.

La voz de la muchacha era grave y triste.

—Pero, usted...

—Yo vivo aquí. No me pasará nada.

—¿Y cómo podré agradecerérselo? ¿Qué puedo darle? No tengo dinero.

—No importa.

Gladys advirtió una vacilación en la voz de la joven.

—¿Puedo hacer algo...?

—¿Acaso tendría... alguna ropa?

Todas las prendas de vestir que Gladys poseía las llevaba puestas para protegerse del agudo frío. No tenía más que lo que llevaba; pero tenía que demostrar de algún modo su gratitud. Se sacó los guantes.

—Tome esto, por favor. Y estas medias —añadió, buscando en el bolsillo del

abrigo y sacando un par que había metido allí en sus prisas—. Son viejas y gastadas, pero acéptelas.

La muchacha las tomó.

—Gracias —dijo, sin alzar la voz—. ¡Buena suerte!

Sus manos se encontraron un momento en la oscuridad. Después la joven giró sobre sus talones y se alejó, resonando sus pisadas en las baldosas.

Gladys cogió sus maletas y avanzó despacio en dirección a la caseta. Pensaba, mientras tanteaba el camino en el cenagoso suelo, que sería incapaz de volver al Intourist Hotel en la oscuridad. Empujó la puerta de la pequeña caseta. Una bombilla eléctrica sin pantalla colgaba del techo. Había una mesa de madera llena de papeles. Al otro lado se hallaba sentado un joven japonés que vestía uniforme de la marina mercante. Alzó los ojos gravemente al entrar ella.

—Por favor —dijo Gladys—, ¿es usted el capitán de ese buque? Soy inglesa y tengo que subir a él. Es preciso que suba.

Él la miró, impasible. Después dijo en correcto inglés:

—Buenos días. Tenga la bondad de hablar despacio. ¿Qué es lo que desea? — Necesito ir al Japón en su barco.

—¿De veras? ¿Tiene dinero para pagar el pasaje?

—No. ¡Nada!

Sus negros ojos no pestañeaban ni mostraban la menor curiosidad.

—¿Ni bienes de alguna clase?

—No, nada en absoluto. Pero tengo que salir de aquí. ¡Es preciso!

El capitán asintió con la cabeza. Su cara no mostraba la menor huella de emoción.

—Ha dicho que es súbdita británica, ¿no? ¿Tiene pasaporte?

Gladys sacó su pasaporte del bolso y se lo tendió. Él lo hojeó cuidadosamente. Al observarle, Gladys tuvo la impresión de que el hombre había hecho lo mismo muchas veces.

—Un súbdito británico en apuros. No podemos consentirlo, ¿verdad? Sí, la admitiré en mi barco. Todo lo que tendrá que hacer será firmar algunos papeles. Si quiere venir conmigo, le buscaré un camarote.

Seis horas más tarde la aurora coloreaba las áridas y rojas vertientes de las colinas de la costa del Cuerno de Oro, mientras el vapor japonés se deslizaba lentamente hacia el mar abierto, dejando detrás a Vladivostok, como una voluta de humo. Apoyada en la borda, Gladys Ayward miró hacia atrás con ojos cansados, pero llenos de alivio. Le parecía que había pasado toda una vida cruzando el enorme continente de Rusia y Siberia. Ahora una impresión de libertad nacía en ella como un fresco manantial en primavera. Se preguntó quién sería la muchacha que la había socorrido. ¿Y el hombre que había llamado a su puerta? Sabía que no volvería a ver jamás a ninguno de los dos; que permanecerían eternamente como un enigma del pasado. Se

alegró de que hubiera gente buena en Rusia. Y les deseó suerte. Ella, por su parte, ya había recibido una buena dosis de aquella deslumbrante y ciega suerte.

## Capítulo III

Tres días después de salir de Vladivostok llegaron a su punto de destino, el pequeño puerto de Tsurugaoka, en la costa oriental. Más hacia el Sur estaba Kobe, y allí, según le explicó el capitán, podía coger un barco hasta China. También la informó de que tendría que permanecer a bordo mientras él se ponía en contacto con el cónsul británico o su representante.

Sin embargo, al poco tiempo de haber atracado, un joven inglés, bastante desconcertado pero extraordinariamente amable y cuyo rango en el Consulado jamás llegó Gladys a conocer, llegó para entrevistarse con ella. Después de unas pocas preguntas, la condujo con su equipaje a un pequeño restaurante próximo al puerto, donde pudiesen hablar con calma. El hombre estaba evidentemente turbado por aquel encuentro.

—Todo esto es bastante difícil —dijo—. Me pregunto qué es lo que podemos hacer por usted.

—Estaré perfectamente cuando llegue a Kobe declaró Gladys, con firmeza.

Después de sus aventuras en la U. R. S. S. concedía gran valor a las declaraciones hechas con voz firme. La experiencia le decía que cuando uno repite sus peticiones lo bastante a menudo y con la debida persuasión, siempre acaba ocurriendo algo.

La sorpresa del hombre se pintó en su cara.

—En tal caso —dijo—, le compraré un billete hasta Kobe y la acompañaré en seguida al tren.

Su alivio era visible mientras la acompañaba a la estación. Al asomarse a la ventanilla para charlar con él, Gladys tuvo la impresión de que era tan grande su alivio que casi se sorprendió de que no la besara al despedirse.

En el tren, desde el invariable asiento del rincón, vio deslizarse el paisaje, y comparó su hermosura y delicadeza con el salvaje desorden del continente que acababa de abandonar. De su paso por el Japón, nunca pudo identificar ni comparar la gente amable y feliz que conoció, a los furiosos guerreros que, años después, tenía que conocer tan de cerca. En el andén de Kobe vio un letrero escrito con caracteres europeos que rezaba: «Oficina de Turismo Japonés». Entró y se dirigió al empleado que había detrás del mostrador. Aunque no pudo sacar gran cosa en claro, cambió su cheque de dos libras y recibió una asombrosa cantidad de *yens*. Después volvió a salir a la luz brillante del sol de otoño. En la puerta de la estación, antes de que pudiera protestar, la cogió por su cuenta un conductor de *rickshaw*<sup>[3]</sup> que la hizo subir a un frágil carruaje de dos ruedas, apilando en él su equipaje, y salió corriendo por las calles de Kobe atestadas de tráfico. Los billetes crujían en su bolsillo. Se sometió a

aquel trato con ecuanimidad. Se sentía como un nuevo ejemplar de millonario occidental.

Con Intenso placer contempló la muchedumbre, los abiertos almacenes, las estrechas callejas donde colgaban brillantes rótulos escritos con los arabescos dorados y escarlata de los caracteres japoneses. Y de pronto le vino a la memoria que, estando en Londres, le habían dicho algo acerca de una organización cristiana japonesa. «Bando Evangélico Japonés». «Así se llamaba», dijo para sí. Mientras trataba de recordar otros aspectos de la organización vio, colgado en una rachada, entre los rótulos ilegibles de los comercios, una placa con una cruz de madera y, encima, las palabras: «Misión de Kobe».

Es posible que el muchacho de la *rickshaw*, con esa comprensión instintiva de la humanidad que comparten los psiquiatras, los conductores de taxi, los camareros y los policías, la hubiese llevado deliberadamente en aquella dirección; pues al oír su aguda exclamación, trotó obediente hacia la puerta de entrada. Ella se apeó. Un amable japonés que había en el interior de la casa hablaba un poco el inglés y ordenó al muchacho que la llevara a la casa de los misioneros ingleses, los cuales, dijo, estarían encantados de recibirla. Y en efecto, los Dyer, misioneros ingleses en Kobe, estuvieron muy contentos de conocer a su inesperada visitante. Escucharon el relato de sus aventuras y el señor Dyer frunció el ceño al enterarse de la vuelta que había dado y que la había llevado al Japón.

—Pero si ha pagado su viaje hasta Tientsin, tendrán que llevarla allí por mucho que se haya desviado —dijo, gravemente—. Déme los billetes que tenga y mañana veré a los señores de la agencia.

Hicieron que tomara un baño en un cuba de madera, a estilo japonés, donde por poco no murió hervida, y después la acostaron en un pequeño cuarto iluminado por un farol rojo y azul. Aquélla era la primera noche que dormía bien desde que salió de Inglaterra.

A la mañana siguiente, después de una sesión en la Agencia de Turismo Cook, el señor Dyer compareció con un sobre que contenía un billete marítimo de Kobe a Tientsin, que le habían cambiado por los no utilizados desde Chita. Casi lamentó marcharse del Japón. El país era soleado y amable, y los Dyer se habían portado como unos buenos amigos.

Tres días más tarde, desde el puente del pulido barquito japonés, contempló, por encima de un mar amarillo y terroso, una mancha oscura en el horizonte. El capitán japonés la había llamado al puente para que viera la puesta de sol. Aquella mancha era de un color púrpura oscuro. Igual podía haber sido una formación nubosa sin especial belleza o interés, pero Gladys permaneció contemplándola fijamente hasta que todo rastro de color hubo desaparecido del cielo y el negro pedazo de tierra fue absorbido por la noche. Allí estaba China. Con los mismos ojos debió *Sir Galahad* de

haber buscado el Santo Grial.

En Tientsin se encontró con una importante misión dotada de personal europeo que instruía a muchos chinos conversos. Sí; habían oído hablar de la señora Lawson. Por lo que ellos sabían, estaba en el territorio de Snansi, en la China septentrional, y su misión se hallaba en una vieja ciudad amurallada llamada Tsehchow. Estaba al Norte del Río Amarillo, en un territorio muy salvaje y montañoso. Necesitaría muchas semanas para llegar allí. Verían si lograban encontrarle un guía que la acompañaba parte del camino tierra adentro. Entretanto gustosamente cuidarían de ella.

\* \* \* \*

Siete días más tarde, cuando el tren salió de la estación de Tientsin, alejándose de los occidentalizados suburbios, Gladys tuvo la impresión de que las ruedas latían al ritmo de su propia emoción. Noventa millas hasta Pekín, y después, días y más días en tierras salvajes Mr. Lu, un joven serio, ataviado con un traje chino oscuro, la acompañaría parte del viaje. Tenía negocios en Shansi y también era cristiano. Ella había cambiado sus últimos *yens* para adquirir un pase que le permitiera viajar por el interior de China. Le había costado veinte chelines. Todo el dinero que ahora poseía eran seis chelines. Pero no se sentía en modo alguno preocupada por esto, mientras el tren avanzaba traqueteando, lentamente al principio, a través del llano y monótono paisaje.

Gladys Ayward estaba encantada con el paisaje. En las estaciones, ya cerca de Pekín, los vendedores de flores ofrecían ramos de capullos de loto, rosados o blancos, a través de las ventanillas. La impresión de unas costumbres y de una dignidad inmemoriales la abrumaban. Sí; era algo extraño: aquella todavía distante barrera de salvajes montañas; las ondulantes y cobrizas caravanas de camellos del Gobi, y, al fin, las elevadas murallas de Pekín, de cuadradas torres; Pekín, la ciudad de los templos y pagodas, de las estatuas y las tranquilas balsas que reflejaban las hojas de los lotos. Cada nueva escena la emocionaba.

Pasaron la noche en una posada de Pekín y, a la mañana siguiente, reemprendieron el viaje en tren. La vía férrea terminó, tres días más tarde, en Yutsa. Desde allí tuvieron que avanzar por medio de destartados ómnibus, por las noches se detenían en sendas posadas; Había terminado el alojamiento individual; ahora todos dormían en el *k'ang*, el lecho común de ladrillos bajo el cual la estufa desprendía aire caliente. Nadie se desnudaba, y todos procuraban, con filosófica

resignación, salvar algunas pulgadas de carne al hambre de pulgas y piojos. Por cierto que se ensañaron con Gladys, como los buenos *gourmets* devoran un manjar exótico.

La provincia de Shansi está delimitada, al Sur y al Oeste, por el Huang-Ho, el río Amarillo, que nace en la distante provincia de Kan-su y abre su colosal y serpenteante curso a través de tres mil millas de suelo chino antes de desembocar en el Océano por Shangtung, con tal fuerza que las tripulaciones de los barcos advierten a sesenta millas de distancia la uniforme coloración amarilla. Por el Norte y el Este la provincia está protegida por altas barreras de montañas, Shansi es la patria de la agricultura, la cuna de la civilización china. Aquí, en el valle de Wei y Fen-Ho, fue donde primero aprendieron los nativos el arte de la alfarería que, miles de años más tarde, debía producir las transparentes porcelanas que alcanzarían su increíble magnificencia durante las dinastías Ming y Sung.

El valle de Fen-Ho ha sido cultivado continuamente durante más de cuatro mil años, pues el mijo, el trigo y la cebada, que pueden desarrollarse con poca humedad, crecieron siempre allí en estado silvestre. El arroz no se convirtió en el principal alimento de los chinos hasta que se extendieron por el valle del Yagsté y el agua del río les permitió inundar sus campos. En el Noroeste de China, la gente sigue comiendo grano hasta el día de hoy, según pudo Gladys observar en las posadas, donde una especie de gachas formaban la base de todas las comidas. Su disgusto por éstas y las pulgas, no lograron, empero, desanimarla. Un mes después de salir de Tientsin llegaron a Tsehchow, la ciudad en que debía encontrar a la señora Lawson.

Dos ancianas señoras, una de ellas Mrs. Smith, cuidaban allí de la misión. Ambas frisarían los setenta años. El marido de la señora Smith había sido misionero durante muchos años, y, después de su muerte, ella había decidido continuar y se le había unido una amiga suya que era maestra. Dijeron a Gladys que la señora Lawson había permanecido con ellas durante varias semanas. Después se había marchado a la región salvaje y montañosa del Oeste, un país donde el cristianismo no había aún penetrado. Era un territorio prohibido; los pueblos estaban aislados; las pequeñas ciudades, amuralladas y fortificadas. Habían oído decir que la señora Lawson vivía por aquel entonces en Yangcheng, una ciudad amurallada que se levantaba a dos días de viaje, junto al viejo camino de mulas de Hornan a Hopeh.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —preguntó Gladys, cansadamente, pues los largos días de viaje la habían agotado.

Mistress Smith era un tipo de anciana que suele encontrarse en las tiendas de Bath, Harrogate o Cheltenham, pero raras veces en un rincón aislado del corazón de China. En realidad, su mansa apariencia encubría una competencia extraordinaria; era sobrina del arzobispo Lang, y era mujer de gran talento y mucha facilidad para el idioma chino y sus dialectos. Observó a Gladys a través de sus gafas.

—Querida, la única manera es en mula y cruzando las montañas —le respondió

—. La carretera termina aquí. Más adelante sólo hay caminos. Es muy pesado el viaje y hay inmensas regiones de terreno inhabitado. Hay un día de camino hasta Chowtsun, el primer pueblo que se encuentra, y otro hasta Yangcheng.

—Si puedo, saldré mañana —declaró Gladys.

Mistress Smith la contempló, reflexiva.

—Si estuviera en su lugar —sugirió amablemente—, no llevaría esas ropas europeas, querida.

Gladys contempló su vestido y su abrigo manchados.

—Es todo lo que tengo.

—Ya encontraremos otras cosas —dijo Mrs. Smith—. En las montañas hay bandidos/Conocerían que es usted extranjera y podrían pensar que es rica. La vestiremos con la chaqueta azul y el pantalón que lleva todo el mundo aquí. Donde usted va, no han visto nunca una mujer europea. Son gente muy sencilla y primitiva; creen que todos los extranjeros son demonios. Es mejor que no llame mucho la atención.

Al amanecer del siguiente día, Gladys emprendió la última etapa de su viaje. Durante nueve millas discurrieron por el llano, mas después el estrecho y serpenteante sendero empezó a remontar las montañas. Antes de anochecer habían llegado a Chowtsun donde debían hacer alto.

Nadie viajaba de noche. Los senderos eran demasiado empinados y abruptos, y, además, los viajeros temían a los bandidos y a los lobos en las tierras altas. Chowtsun, segura dentro de sus murallas —pues todos los pueblos de la provincia están amurallados—, estaba llena de posadas, de niños vocingleros y de recuas de mulas con sus arrieros. Aquella noche soplaba un aire fresco, y las estrellas, entre los negros picos, parecían más brillantes y más próximas.

Al amanecer partieron de nuevo, siguiendo un retorcido y estrecho sendero excavado en la falda del monte, Yangcheng permanecía sentado en su silla de roca —pequeña urna de civilización confuciana, apartada de la antigua ruta entre Hornan y Horbay— desde tiempo no registrado por la memoria de los hombres o por la historia. El camino de mula cruza la Puerta Oriental y sigue hacia el Oeste. Por tres lados la tierra desciende abruptamente, pero hay posadas y viviendas excavadas en las laderas. El lado Suri está cortado a pico millares de pies hasta el valle del fondo, y desde la muralla pueden contemplarse las montañas distantes. Al caer la noche se cierran todas las puertas y a los arrieros que llegan más tarde no se les permite la entrada en la ciudad. No pueden seguir adelante y tienen que pernoctar en una de las posadas a la sombra de las murallas o de las laderas.

En la Puerta Oriental el mulero de Gladys se detuvo e interrogó a un anciano que estaba sentado tomando el sol. El último señaló un pequeño sendero que torcía a la izquierda por fuera de la muralla. El mulero dirigió hacia allí los animales. A cien

yardas de aquel camino, a ambos lados del cual veíanse las paredes de los patios de casas particulares o posadas, se detuvo, indicando un edificio. Las cansadas mulas, con la sagacidad de su instinto, husmearon la pequeña entrada del patio y golpearon las piedras con sus herraduras.

Salió a su encuentro una señora menuda, de immaculado cabello blanco y con los ojos más azules que jamás viera Gladys. Vestía un traje azul corriente y pantalón. Miró a Gladys y entornó los ojos para protegerlos del sol.

—Bueno, ¿quién es usted? —preguntó, secamente.

—Soy Gladys Ayward. ¿Es usted la señora Lawson?

—En efecto. Pase.

Aquel brusco recibimiento no azaró a Gladys; por aquél entonces se había acostumbrado a las cosas extraordinarias. El mulero la ayudó a apearse, y entró en la casa detrás de Mrs. Lawson.

Las habitaciones de la casa de dos pisos daban a unas terrazas que caían sobre el patio. La casa estaba casi por completo en ruinas. Prácticamente todas las puertas estaban fuera de sus goznes; había montones de cascotes en el suelo y agujeros en el tejado, y suciedad por todas partes.

—Acabo precisamente de alquilarla —replicó la señora Lawson—. Me la dieron barata, porque está embrujada. Un poco rústica, pero quedará bien cuando la haya limpiado.

Empezó a revolotear como un pájaro, saltando de una habitación a otra. Gladys la siguió hasta lo que parecía el único sitio habitable de la casa. En aquel cuarto había una mesa y un par de sillas. No había otros muebles, a excepción de unas pocas cajas de embalaje y unos paquetes de jabón.

—¿Tiene apetito? —preguntó la señora Lawson.

—Estoy hambrienta —respondió Gladys débilmente.

La señora Lawson gritó algo en chino, y entró un anciano que fue presentado como «Yang el cocinero».

Yang le sonrió con su boca desdentada de viejo chino. Gladys le cobró afecto en seguida. Unos momentos más tarde, él hombre trajo una gran escudilla con la inevitable papilla, a la que había echado algunas verduras. Ella comió desafortunadamente y después salió a recoger su equipaje y contemplar el panorama. Al salir al patio, un grupo de niños chinos la vio y huyó aullando. Otros muchachos algo mayores aparecieron saltando un muro, la rodearon y comenzaron a parlotear con sus cantarinas voces.

Dos mujeres que estaban callé abajo cogieron puñados de barro seco y los arrojaron en su dirección. Consternada, Gladys volvió rápidamente al encuentro de la señora Lawson y le contó lo ocurrido.

—A mí me ocurre lo mismo cada vez que salgo —dijo ésta, tranquilamente—.

Generalmente, vuelvo a casa llena de los pies a la cabeza de barro y porquería que me han lanzado. Gracias a Dios, hasta ahora no me han tirado piedras. Aquí nos odian. Nos llaman *lao-yang-kwei*, o sea diablos extranjeros. Es algo a lo que tendrá que acostumbrarse.

## Capítulo IV

Jeannie Lawson tenía cinco pies de estatura, setenta y cuatro años de edad, y era en apariencia bastante delicada. Pero era una apariencia engañosa. Su mata de immaculado pelo blanco, fenómeno extraño en China, acabó de convencer a todos los campesinos de Yangcheng de que no sólo era un diablo extranjero, sino también un espíritu maligno. Aquel cabello los horrorizaba dondequiera que fuera, hecho que a Jeannie Lawson no la preocupaba en absoluto. Había llegado a China siendo una jovencita de veintiún años, se había casado con otro misionero, había tenido hijos y había visto morir al mayor de la peste; crió a los otros y los vio partir por el mundo. Había sobrevivido muchos años a su marido.

Era escocesa. Sus antepasados habían blandido la espada y el puñal durante siglos contra los invasores ingleses, y ella estaba dispuesta a blandir la palabra de Dios frente a todos los incrédulos. Como su famoso paisano John Knox, «capaz de infundirnos más ánimo en una hora que quinientas trompetas tocadas a nuestro oído», su sangre se encendía en el servicio de Dios. Para ella no se había hecho aquel cristianismo de los llanos, con sus clases de Biblia y sus labores de aguja y sus tomas de aspirina; en aquellas montañas había infieles a los que había que mostrar la luz de Dios, y la tarea que se había impuesto Jeannie era buscarlos y enseñarles la verdad, aunque tuviera que llevarlos a la iglesia arrastrándolos por la coleta. Si los pilluelos chinos seguían mofándose cada vez que salían a la calle, si las mujeres cerraban las puertas y escupían, y si los hombres les lanzaban barro, todo ello había que soportarlo con resignación cristiana; pero de vez en cuándo Jeannie hallaba pretexto para enzarzarse con ellos.

La pobre Gladys, durante las primeras semanas, encontró que su vida era una carga muy pesada. Dueña de una fortuna personal de seis chelines exactamente, a muchos miles de millas de su patria, sin hablar una palabra del idioma nativo, ultrajada y escupida cada vez que salías de casa, a menudo volvió deshecha en lágrimas a limpiarse el barro que cubría sus vestía dos. Entonces recordaba con nostalgia aquellos grupos de simpáticos japonesitos conversos de Kobe; limpios, sonrientes y virtuosos, entonando sus salmos y sus himnos con la alegre confianza de quien sostiene una conversación personal con el Altísimo.

Yangcheng no se parecía en nada a aquello. Un día, recién llegada, pudo ver claramente la diferencia. Aquel día paseaba por la ciudad. Dentro de las murallas la gente se había acostumbrado ya un poco a los «diablos extranjeros» y, aunque seguían apartándose a su paso, no se molestaban en arrojarles barro. Al acercarse Gladys a la plaza del mercado, vio que se estaba agrupando allí una muchedumbre.

Después vio a una mujer china que vivía en la casa de al lado de la suya, y le sonrió. La mujer la llamó con excitados ademanes, y como Gladys, complacida por aquella súbita muestra de amistad, se acercara a ella, la cogió por la muñeca y la arrastró a través del gentío. «Saltimbanquis —pensó Gladys—, o tal vez un hombre con un oso amaestrado». Jeannie Lawson le había contado que era frecuente ver a los artistas ambulantes actuando en la plaza del mercado.

El ímpetu de su carrera las llevó a través de la muchedumbre hasta la primera fila. A Gladys le intrigó lo que vieron sus ojos. Un hombre, con la cabeza rapada y arrollada la coleta a la frente, permanecía allí inclinado hacia delante y con los hombros encogidos en un gesto extraño y casi patético. Un soldado, dando la espalda a Gladys, se erguía cerca de él. Se quedó mirando asombrada, presintiendo la tragedia, y desorbitó los ojos al ver brillar en el aire el corvo acero de un sable. Petrificada, vio balancearse la hoja en alto, bruñida por el sol, y la vio caer. Rígida, presa de máximo terror, observó como la hoja daba en el blanco y como brotaba un chorro de sangre escarlata que saltaba y volvía a caer suavemente sobre las losas. Un gruñido de contenida emoción salió de la muchedumbre al rodar la cabeza. Gladys cerró fuertemente los ojos y sacudió la cabeza en un esfuerzo por borrar aquella imagen de pesadilla. Se desprendió de un tirón de la mano de la china, que se había quedado embobada contemplando la escena, dio media vuelta y se abrió paso frenéticamente entre los apretados y charlatanes espectadores. Anduvo primero a paso vivo y después echó a correr, desandando las calles, ahora desiertas, porque todos habían acudido a presenciar la ejecución. Con la cara bañada en lágrimas, cruzó la Puerta Oriental y bajó corriendo hasta su casa.

Jeannie Lawson estaba sentada a la mesa, escribiendo su diario, cuando ella entró, casi incapaz de hablar por el horror y la impresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeannie, sorprendida.

—Acabo de ver algo horrible, una cosa espantosa —sollozó Gladys—. Han matado a un hombre con un sable en la plaza del mercado.

Jeannie, veterana de más de cincuenta años en China, dejó tranquilamente el lápiz junto a su cuaderno.

—¿Y bien? —dijo, brevemente.

La voz de Gladys estaba empapada en llanto. Pestañeó con asombro.

—¡Le han cortado la cabeza con un sable!

La mirada de Jeannie seguía tranquila.

—Es la pena que se impone por ciertos delitos. Probablemente era un bandido, o un ladrón, o un asesino. Debieron de juzgarlo en el *yanten*<sup>[4]</sup>, ante el mandarín. A los que son declarados culpables casi siempre les cortan la cabeza.

—¡Pero es horrible!

—¿Espera que las cosas sean igual en China que en Inglaterra?

—No, pero...

—Escúcheme, Gladys Ayward. Usted no ha venido a China a reformar sus leyes. Ahora arrojarán el cuerpo a la ladera del monte para que lo coman los lobos y las aves rapaces. No habrá entierro cristiano. Y óigalo bien —añadió, decidida a no ocultarle nada—, clavarán la cabeza en la muralla de la ciudad para que todo el mundo pueda verla.

—¡Es horrible! ¡Es... feudal!

—Sí, es feudal. A veces transcurren meses sin una sola ejecución. De pronto hay una escabechina y en toda la muralla puede verse una hilera de cabezas. Hará bien en acostumbrarse a esto. Nosotros intentaremos cambiar estas cosas por medio del amor y las enseñanzas de Jesucristo, haciéndoles comprender la verdad y la justicia, pero no encerrándonos en casa con los ojos desorbitados.

Gladys no supo qué responder, pero, a pesar del consejo de Jeannie, jamás olvidó el horror de aquella escena.

Hubo un período de «establecimiento». Jeannie Lawson explicó su situación económica. Tenía una pequeña renta particular. El alquiler de la casa, habida cuenta de que era vieja y ruinoso y llena —según la leyenda local— de fantasmas y malos espíritus, ascendía al cambio británico a dos chelines y cuatro peniques anuales. El mijo, el trigo y las verduras costaban sólo unos *cash*. El valor del *cash* —pequeña moneda de cobre horadada en el centro, que se llevaban enhebradas en trozos de cordel— era la doscientava parte del dólar chino, que en aquel tiempo se cotizaba a un chelín y dos peniques. Económicamente, pues, gozaban de una relativa seguridad; pero ¿de qué les servía esta seguridad si no podían realizar la tarea que las había llevado a las dos a China? La brillante idea se les ocurrió un día que regresaban subiendo la ladera que conducía a la Puerta Occidental, después de una breve excursión por los alrededores. Recorrieron la estrecha calle principal, orillando el *yanten*. Estrechas callejuelas partían en todas direcciones de la calle principal y dentro del brazo de las murallas la vida de la ciudad discurría bulliciosa.

Era una escena que siempre fascinaba a Gladys. En aquel momento, a la caída de la tarde, la ciudad estaba abarrotada.

Las primeras recuas de mulas cruzaban ya las puertas en busca de alojamiento en las posadas de intramuros. La razón de existir de Yangcheng durante siglos había sido sólo ésta servir de puesto fortificado de vigilancia de una importante ruta comercial; un puesto de parada para las caravanas de mulas y los viajeros que pasaban por aquella. Tan grande era la afluencia de gente que otras posadas se habían creado fuera del recinto amurallado, y todas las noches Yangcheng estaba atestado de arrieros y mozos. El pueblo más próximo, en ambas direcciones de la ruta, distaba un día de viaje. Una recua estaba constituida normalmente por siete animales; dos arrieros y, casi siempre, más de veinte mozos de carga, con pesados fardos colgando a ambos

extremos del palo flexible que llevaban sobre los hombros, andaban detrás completando el convoy.

Al pasar las caravanas de mulas, Gladys expresó en voz alta sus pensamientos.

—Si pudiésemos hablarles a esos hombres, llevarían nuestro mensaje a centenares de millas por toda la provincia.

Jeannie Lawson anduvo unos pasos en silencio. Después se volvió de pronto a Gladys.

—Ha dado usted en el blanco —dijo—. Abriremos una posada. —Gladys se la quedó mirando fijamente, pensando que no había oído bien.

—¿Abrir una posada? —repitió, incrédula.

—¡Desde luego! ¿Cómo no habré pensado antes en ello? Nuestra casa fue construida para posada hace cientos de años. Tenemos muchas habitaciones. Hay tres *k'angs* construidos a propósito para mucha gente, dos en la planta baja y uno en la habitación grande de arriba. Tendremos que reparar el tejado. Podemos albergar como mínimo cincuenta hombres con sus caballerías. Tenemos cocinero. Es muy fácil alimentarlos.

Su voz estaba llena de entusiasmo.

—Pero no hemos venido aquí a hacer de hosteleras —dijo Gladys, dubitativamente.

—¿No ve lo que pretendo? —dijo Jeannie, con impaciencia—. Una vez los tengamos allí podremos explicarles relatos del Evangelio. A los chinos les gustan las narraciones. Todas las posadas ofrecen los mismos servicios: lecho y comida. Nosotras sólo podremos cobrarles el mismo precio, dos *cash* por una noche, pero como suplemento les contaremos historias. ¡Es una idea magnífica! —Eché a andar de nuevo—. Ahora lo primero que tenemos que hacer es arreglar el tejado. Después habrá que comprar provisiones...

Gladys se vio arrastrada por la corriente de su entusiasmo; no había alternativa. Yang, el cocinero, dijo que le parecía una buena idea. Era un viejo bonachón de arrugada cara de montañés y de aguda inteligencia de campesino, y si él decía que el proyecto era realizable, lo era sin duda alguna.

El tejado fue reparado y se limpió el vasto patio. Se renovaron las puertas de las habitaciones y se reconstruyó la balaustrada de la galería del primer piso. Se arreglaron las ventanas, lo cual no resultó difícil por cuanto tenían papel mate por cristales. Y pronto se almacenaron grandes cantidades de mijo, maíz y verduras.

—Ahora, un nombre —dijo Jeannie—. Tenemos que poner un rótulo exterior con el nombre de la posada. Todas lo tienen.

—Podríamos llamarla el León Rojo o el Ciervo Blanco —dijo Gladys, ligeramente—, aunque pienso que mi madre se sentiría un poco turbada si pensara que yo había venido a China para servir de camarera en el León Rojo.

Jeannie Lawson se echó a reír.

—¡Ya lo tengo! —dijo—. Un nombre maravilloso... «Posada de las Ocho Venturas». ¿No es bonito?

—Admito que suena más oriental que el León Rojo —convino Gladys. Pocos días después se inauguró oficialmente la posada. El aroma de la buena comida comenzó a brotar de la cocina de Yang, y ellas esperaron pacientemente la llegada de los primeros parroquianos. Los arrieros colmaban la posada de enfrente y las que había calle abajo. Muleros y mozos de carga pasaban y miraban el llamativo reclamo de la «Posada de las Ocho Venturas», pero ninguno entraba en la hostería de los «diablos extranjeros». Evidentemente, la estaban boicoteando.

Jeannie convocó un consejo de guerra. Decidieron que había que tomar medidas más convincentes o más coactivas.

—Usted —dijo Jeannie, señalando con el dedo a Gladys— será la encargada de hacer entrar a los parroquianos en el patio.

—Pero ¿cómo? —protestó Gladys—. Si ellos no quieren entrar en nuestro patio, ¿cómo puedo obligarles?

—No se trata de que quieran —respondió Jeannie, práctica—. Tiene que arrastrarlos al interior...

—¿Arrastrarlos?

La voz de Gladys había subido al menos una octava sobre el tono normal. Jeannie Lawson interrogó en chino a Yang. Él asintió con su calva cabeza.

—*Ai-ai* —dijo.

Por lo visto, según él, el hecho de hacer entrar a un parroquiano en una hostería de Yangcheng exigía una especie de psicología física que era única en el negocio de hospedaje. Algunos de los arrieros más precavidos reservaban una plaza en la misma posada para cada uno de sus viajes. Uno no debía tratar de atraerlos, pues hubiese sido poco ético. Pero había muchos transeúntes ocasionales. Cuando un mulero bajaba por la calle observando los letreros a derecha e izquierda, podía tenerse por cierto que no era un habitual. ¡Era una presa legítima! Entonces el posadero que permanecía bonachón y tranquilo a la puerta de su patio entraba en acción. Al pasar la mula delantera la agarraba del cabezal y procuraba arrastrarla hacia su patio. Las otras seguían automáticamente. Ésta, dijo Jeannie Lawson, sería la labor de Gladys.

—¿Y si me muerde? —gimió.

—Vamos, no sea tonta —replicó Jeannie—. Usted es la más joven y la más activa. Yo soy demasiado vieja y Yang estará ocupado con la comida. Tiene que hacerlo.

Lo más probable era que Gladys, en vez de ser atacada, recibiese ayuda de las sagaces mulas. Las pobres bestias, después de una dura jornada por las sendas montañosas, estaban deseosas de que las descargaran y les diesen agua y alimento. Su

instinto, formado durante milenios, les decía que una vez metían la cabeza en un patio al atardecer o entrada la noche, el trabajo había terminado. Allí es donde debían quedarse. Y no había zanahoria, ni promesa, ni halago capaz de hacerlas mover hasta la mañana siguiente. Por consiguiente, cualquier tirón hacia la puerta de un patio debía de merecer su absoluta aprobación. Jeannie Lawson no creía que opusieran mucha resistencia, aunque fuese un «diablo extranjero» quien tirase de la rienda.

A la siguiente tarde, confortada con aquel conocimiento y equipada con un pregón que debía vocear al paso de los arrieros, se plantó tristemente en el portal de la posada y esperó. El reclamo que le había sido concienzudamente enseñado por Yang decía así: *Muyo beatcha—muyo goodso; how—how—how; lai—lai—lai*. La traducción de este lúgubre refrán era la siguiente «No tenemos chinches; no tenemos pulgas bien, bien, bien; ¡entrad, entrad, entrad!». Gladys probó con las tres primeras caravanas que pasaron ante ella. Ni las mulas ni los arrieros le prestaron la menor atención. Resultaba evidente que aquellas palabras no tenían ningún poder mágico. Angustiada, se dio cuenta de que el ataque físico era también necesario.

Con las manos metidas en las anchas mangas de su chaqueta —hereditaria actitud adoptada por todos los posaderos chinos que esperan a sus parroquianos, desde que la primera mula cruzó las montañas—, Gladys permaneció a la sombra del portal. Una recua de mulas bajaba lentamente por la calle. Por lo visto el mulero estaba fatigado, pues seguía a dos o tres metros de la mula delantera. Ayward, el tigre de cinco patas, esperaba tensa en el umbral. La mula llegó a su nivel y Ayward atacó. Y saltó con tanto entusiasmo que rebasó la cabeza de la mula y se puso a la vista del arriero. Éste, a la luz crepuscular, reconoció en ella a uno de los «demonios extranjeros» y gritó lleno de terror; pero tenía la rienda atada a la muñeca y no pudo escapar. Gladys, recobrando el equilibrio, se agarró a la cabeza de la mula y se vio empujada por el gozoso morro de la cansada bestia al interior del patio, mientras él arriero era arrastrado por el resto de la recua. Las herraduras golpearon fuertemente las baldosas y el vapor brotó de los flancos de las bestias, que se juntaron en un cansado grupo. Gladys las contempló con temor. Nunca había estado tan cerca del morro de una mula, ni siquiera en el viaje desde Tientsin. Estiró una mano y palpó un belfo aterciopelado. Unos ojos pardos la miraron con reproche. «¡Fuera manos! —parecían decir—. ¿Comida? ¿Agua?». Gladys había capturado toda una caravana de mulas con sus solas fuerzas, pero un solo hombre. Los otros habían echado a correr.

En aquel momento, Jeannie y Yang salían de la cocina.

—¡Bravo! —gritó léanme, encantada—. Realmente, ¡lo ha hecho muy bien!

Y ésta fue la causa. El arriero había contemplado a Gladys con temor; pero la aparición del espíritu de los cabellos blancos era demasiado. Con un grito se desprendió de la rienda y salió del patio corriendo.

—¡Mire lo que ha hecho! —gimió Gladys—. Al menos teníamos un hombre. ¡Y

ahora lo ha asustado también!

Jeannie Lawson le dio unas palmadas en la espalda.

—No se preocupe; no van a abandonar sus mulas; son demasiado valiosas. Volverán, ya lo verá.

Y envió a Yang a la puerta de la ciudad a buscar a los arrieros, tranquilizarlos y llevarlos a la posada.

Volvió al cabo de diez minutos, y un vacilante chino entró recelosamente en el patio detrás de él. Yang había explicado que las señoras «diablos extranjeros» ofrecían aseado alojamiento, buena comida y, como suplemento extraordinario, historias que serían relatadas sin aumento de precio, todo por la exigua cantidad de dos *cash* por la noche. El arriero buscó a sus compañeros, desataron los fardos, abrevaron y dieron de comer a los fatigados animales y se dirigieron a la amplia estancia de la planta baja donde el caliente *k'ang* ocupaba la longitud de todo un muro. Yang les llevó la humeante caldera y vertió la comida en sus escudillas. Comieron ávidamente y reconocieron que el condumio era bueno, pero cuando entraron Jeannie Lawson y Gladys hubo un perceptible movimiento de retroceso hacia el rincón más apartado de la estancia.

Jeannie no se turbó. Tenía su auditorio.

—No tengáis miedo —dijo—. Quiero contaros una historia que os gustará. En la Posada de las Ocho Venturas las historias son de balde. —Los hombres parecieron interesarse un poco y Jeannie se encaramó en un escabel que había traído consigo—. La historia que voy a relataros esta noche —comenzó—, se refiere a un hombre llamado Jesús. Vivió hace muchos años en un lejano país llamado Palestina...

La posada había sido inaugurada. Y habían comenzado los relatos.

## Capítulo V

Su éxito como hospederas tuvieron que sudarlo. Noche tras noche, Gladys se plantaba en el hospital y arrastraba las recelosas caravanas. Cuando la reputación de la posada se hubo consolidado, era frecuente que en el patio se reuniesen seis o siete recuas de mulas, y que los dos pisos, que en junto contenían tres *k'angs*, se vieran abarrotados de durmientes; pero, durante las primeras semanas, prácticamente todos los parroquianos fueron entrados a la fuerza por Gladys.

También descubrió que aprender la lengua china era lenta tarea; pero Yang era un maestro muy voluntarioso. La llevaba por la cocina, diciéndole los nombres chinos de los diversos artículos haciendo que los repitiera. Atizador, palillos, niego, cacerola, huevos. De buen grado había aceptado la plaza de cocinero de Jeannie Lawson porque había oído hablar del Evangelio cristiano y deseaba instruirse en él.

Muy a menudo, ahora que los vecinos habían dejado de arrojarles pellas de barro, se aventuraban fuera de los límites de la ciudad y, por los senderos de montaña, llegaban a pueblos aislados que se encontraban a pocas millas de Yangcheng. Al cruzar las puertas de un pueblo desconocido, invariablemente eran recibidas con mofas y amenazas, y aunque Gladys al principio se ponía nerviosa, bajo la férrea disciplina de Jeannie Lawson pronto se acostumbró a aquellos recibimientos. También aprendió que, una vez fracasada la gente de los pueblos en su empeño de arrojar a los «diablos extranjeros», su curiosidad natural solían imponerse y se acercaban a escuchar mientras la señora Lawson hablaba. Y a los pocos minutos las mujeres estaban tan intrigadas que empezaban a hacer toda clase de preguntas, mientras contemplaban horrorizadas los grandes y libres pies y la extraña piel de sus visitantes. Hora tras hora, día tras día, Gladys practicaba el chino. No había otra alternativa; la señora Lawson era la única que hablaba inglés, y para el trabajo cotidiano había que entenderse en el dialecto de Yangcheng. Aprendió de memoria algún pasaje bíblico en chino, y de vez en cuando suplía a la señora Lawson en sus relatos nocturnos. Incluso Yang insistió en desempeñar un turno, aunque al principio aquello se prestó a grandes confusiones. En dos ocasiones lo sorprendieron explicando entusiasmado cómo Jesucristo había puesto un animal de cada especie en el Arca y había navegado hasta Belén. Gladys se levantaba con la aurora, pues los arrieros siempre se ponían encamino temprano. A aquella hora temprana sentía una inspiración como no había experimentado jamás. La clara y fresca luz primera parecía llevar una fragancia de paz. Era un comienzo opalescente en el cual los ruidos mañaneros —el canto del gallo, el ladrido lejano, los gritos infantiles, el choque irregular de las herraduras en las baldosas del patio— penetraban en su conciencia tan

agudamente como las francas notas de una amada sinfonía. El humo de las fogatas se alzaba lentamente en el aire encalmado, trepaba junto a las fuertes murallas y seguía ascendiendo hasta deshilacharse y desvanecerse en el cielo clarísimo. El sol descubría la silueta de nuevos riscos y contrafuertes en los picos de los montes. Hacía fresco. La niebla todavía colgaba en los valles y en tenues remolinos alrededor de las colinas. Pronto se levantarían el calor y el polvo, y comenzaría el ruido y el barullo entre los muros de la ciudad; pero en la mañana temprana aquella encumbrada región tenía una belleza que la encantaba de continuo.

También empezó a entender a los muleros, los mozos de carga y los *culíes*. Al principio, todos le habían parecido iguales: hombres con una sola cara, nombres inseparables del eterno e inmenso paisaje de la vieja China. En Yangcheng encontró Gladys que la vida era una inmensa y eterna aventura. El fondo bucólico de la montaña era enorme y parecía animado, y ella no era solamente una espectadora, un viajero curioso que cruza un paisaje exótico, sino que formaba parte integrante del conjunto y, al darse cuenta de ello, experimentaba una profunda satisfacción. Hasta que Jeannie Lawson riñó con ella, estuvo totalmente absorbida en su nuevo modo de vivir.

La riña fue absurda, sólo una pequeña diferencia de opinión; pero sus resultados eran imprevisibles. Por-aquel entonces, después de ocho meses en la Posada de las Ocho Venturas, Gladys se había acostumbrado a los súbitos ataques de mal humor de Jeannie. Generalmente lograba capearlos, perdiéndose de vista hasta que se habían evaporado. A Jeannie le gustaba dar un paseo todas las tardes; la mayoría de las veces Gladys la acompañaba, pero aquellos días trataba desesperadamente de hacer progresos en la lengua china y se pasaba varias horas repitiendo frases y palabras que había escrito fonéticamente en una libreta. En aquella ocasión, cuando Jeannie Lawson le pidió que fueran a dar un paseo, Gladys le rogó que la excusara, pues quería seguir estudiando. La señora Lawson fue presa inmediatamente de gran irritación. Gladys no logró calmarla. Trató de explicarle que lo que más le interesaba era aprender el chino y que, si lo lograba, podría ser más útil a la señora Lawson y a la Posada.

Jeannie no la escuchaba. Su terco humor alcanzó su punto culminante. Los reproches brotaron a chorros. Si Gladys no podía molestarse en dar un paseo, no hacía falta que se molestara permaneciendo allí. Por ella podía largarse, y cuanto antes mejor. Si quería, podía marcharse en aquel mismo instante. Y ella le ayudaría a hacerlo. Salió hecha una furia y regresó con un montón de cosas de Gladys, y comenzó a arrojárselas. Gladys acudió a Yang, llorando, y se ocultó en su cocina. Allí permanecieron los dos acurrucados oyendo la diatriba, mientras algunas de las cosas de la joven eran arrojadas al patio. Yang estaba muy disgustado. Como todos los chinos, respetaba a los ancianos, y desde luego Jeannie Lawson era lo bastante

anciana para recibir los mejores tratamientos.

—Tal vez es mejor que haga lo que ella quiere —aconsejó, ansiosamente—. Déjenos una temporada. Vuelva a Tsehchow y visite su Misión. Aquellas señoras se alegrarán de que pase unas vacaciones con ellas. Pase allí un tiempo y después vuelva. Estoy seguro de que enviarás a buscarla dentro de un par de días. La anciana habrá olvidado su enfado, y todos volveremos a ser felices.

—Pero ¿cómo llegar hasta allí? —Sollozó Gladys—. Son dos días de viaje. No puedo andar tanta distancia.

—Yo haré que un amigo mío le proporcione una mula y un hombre que la acompañe —dijo Yang.

—Pero ¿y si no vuelvo nunca?

En aquel momento una de sus maltrechas maletas voló por encima de la baranda y cayó en el patio.

Yang extendió las manos.

—Ambos conocemos a la honorable anciana —dijo, suavemente—. Olvidará y perdonará. La quiere a usted y la necesita. Es mejor que le haga usted comprender que le es necesaria...

Y encogió los hombros significativamente.

—Está bien —dijo Gladys, enjugándose las lágrimas—. Me iré.

El golpe de una puerta en el piso de arriba indicó que Jeannie Lawson se había encerrado en su habitación. Era la ocasión para Gladys. Recuperó la maleta y metió en ella los escasos objetos de su propiedad. Yang se la llevó calle abajo hasta la casa de aquel amigo suyo que tenía una mula. Se cerró el trato con unos pocos *cash*. Resollando aún, Gladys montó en la mula. Fue un triste viaje. Ni siquiera la vieja señora Smith, de la Misión de Tsehchow logró animarla.

—Todas conocemos a Jeannie —dijo—. Pierde los estribos durante un día o dos y luego lo olvida todo. Pase con nosotros unas breves vacaciones, querida, y después vuelva allá. Y fíjese en lo que le digo: Jeannie estará encantada de verla.

—Pero ¿y si no quiere volver a recibirme? —dijo Gladys, revelando su más profundo y oculto temor—. No tengo dinero. Me he enterrado en el corazón de China y no quiero volver a mi país. No puedo volver a Inglaterra.

—No se preocupe, querida —dijo la señora Smith, tranquilizadora—. Todo acabará bien. Conocemos a Jeannie. Incluso es posible que un mensajero venga a buscarla.

La profecía fue correcta. Tres días después por la mañana temprano, llegó un mensajero pero había sido enviado por el *yamen* de Tsehchow. El hombre habló excitadamente a la señora Smith y Gladys pudo observar cómo aquélla fruncía las cejas escuchándole. Parecía un poco alterada.

—Todo esto es absurdo —dijo—, pero al parecer Jeannie ha sufrido un accidente.

Un presentimiento de catástrofe invadió a Gladys.

—¿Qué es lo que dice?

—Que Jeannie Lawson está en alguna parte de la carretera, y... y...

—¿Y qué? —chilló Gladys, con voz llena de aprensión.

—Que se está muriendo —terminó la señora Smith—. Realmente, no sé qué pensar.

—Pero ¿dónde? —gritó Gladys, desconsolada—. ¿Dónde está? ¡Tengo que ir junto a ella!

Con breves frases la señora Smith interrogó al hombre. Éste se encogió de hombros. Se limitaba a repetir lo que sin gran interés había pasado de un mensajero a otro.

Gladys estaba bañada en lágrimas.

—Es culpa mía —sollozaba—. ¡No tenía que haberla dejado! ¡Tengo que volver en seguida!

—Vamos, no se trastorne, querida —dijo la señora Smith, amablemente—. Le buscaremos una mula y alguien que la acompañe, y podrán salir en seguida a su encuentro. Estoy segura de que la encontrará bien. Sé por experiencia cómo se alteran esos mensajes.

Por segunda vez recogió Gladys sus cosas dispuesta a salir precipitadamente. Montada en su mula cruzó el portal y se volvió para decirle adiós con la mano a la señora Smith. Al pasar junto al portero, éste se quitó el sombrero de paja y se lo puso en la cabeza.

—Si el sol le ataca el cerebro no habrá remedio para usted —le gritó—. ¡Buena suerte!

Pasó aquella noche en el pueblo de Chowtsun. Por el confuso informe que había llegado a Tsehchow, sabía que Jeannie Lawson había salido de Yangcheng para irse a las montañas. Como no tenía ningún objeto volver a aquella ciudad, ella y su guía tomaron un camino lateral que pasaba por varios pueblos amurallados, en todos los cuales pidieron noticias de la señora. Nadie sabía nada. El cuarto día, al oscurecer, se acercaron a la pequeña ciudad amurallada de Chin Shui. Habían descrito un amplio arco alrededor de Yangcheng y volvían a acercarse ahora a la ruta principal de tráfico. Se cruzaron con un hombre que salía de la ciudad y repitieron la pregunta cien veces formulada. Sí, aquel hombre había oído hablar de la anciana extranjera. Yacía muy enferma en una posada de Chin Shui. Probablemente ya habría muerto, pero aún podrían verla si se apresuraban.

Entraron a toda prisa en la ciudad y no les costó dar con la posada donde yacía el «diablo extranjero». El hecho era públicamente conocido. Cruzaron el portal, y allí, en el patio abierto y bajo la galería, encontraron a Jeannie Lawson. Su vista horrorizó a Gladys. Yacía junto a un montón de carbón adosado al muro. Estaba ennegrecida

por la sangre y el polvo de carbón, y al principio Gladys pensó que estaba muerta. Pero cuando corrió hacia ella gritando: «¡Jeannie, Jeannie!», la señora Lawson volvió débilmente la cabeza y sus labios se movieron.

—¿Es usted, Gladys? —murmuró—. ¡Gracias a Dios que ha venido!

Las lágrimas corrieron por las mejillas de la joven mientras trataba de acomodarla un poco.

Era casi de noche. Se irguió y gritó imperiosamente:

—¡Traigan una linterna para que pueda verla! ¡Traigan linternas en seguida! ¿No me oyen?

Los criados de la posada acudieron deslizándose recelosos al mandato de aquel segundo «diablo extranjero». Los encendidos farolillos de papel danzaron en la oscuridad. Trajeron agua caliente. Gladys lavó las heridas abiertas; y, poco a poco, obtuvo un relato de aquella mujer medio delirante. Por lo visto, el día siguiente a la partida de Gladys, persistiendo aún su mal humor, había dejado la posada de Yangcheng a cargo del cocinero, había alquilado una mula y había salido en dirección al Oeste. Había llegado a Chin Shui y tomado una habitación en el piso superior de aquella posada. Había salido a oscuras a la galería para gritarle al cocinero que le hiciera un revoltillo de huevos. Había extendido la mano para cogerse a la baranda, que pensó sería igual que la que bordeaba en Yangcheng la galería superior. Pero allí no había baranda; se había podrido hacía tiempo. Perdió, pues, el equilibrio y cayó pesadamente sobre la pila de carbón en un salto de veinte pies.

Al lavar y vendar Gladys sus heridas, con tiras arrancadas de su ropa interior se dio cuenta de la gravedad de sus lesiones. Parecía haberse roto los dedos de ambas manos. Tenía profundos arañazos en la cara y en el cuerpo y el polvo de carbón se había introducido en todas las heridas y raspaduras. Sin embargo, lo que era peor es que al parecer se había lesionado la columna vertebral, ya que el menor movimiento la hacía estremecerse de dolor. El grito que lanzó al caer había hecho que los chinos que había en la posada corrieran en su auxilio: la habían sacado del montón de carbón y colocado debajo de la galería; pero no sabían qué más hacer, y la anciana, a causa de la conmoción y del dolor, había sido incapaz de decírselo. Además, los chinos temían a «la vieja del blanco cabello». Estaban completamente seguros de que moriría en pocas horas y, por tanto, la dejaron sola. De vez en cuando fueron a darle agua, pero no comida. ¿Por qué iban a malgastar comida con un «diablo extranjero» moribundo? Ella tampoco la quería; estaba en pleno delirio.

Gladys también creyó que iba a morir, pero hizo todo lo posible para aliviarla. El médico europeo más próximo estaba en Luán, a seis días de viaje, y en las condiciones de Jeannie Lawson y a su edad era imposible que pudiese soportar semejante trayecto.

Seis semanas permaneció Gladys en la posada y apenas si dejó sola un minuto a

Jeannie. Su estado no parecía mejorar en absoluto. Las heridas cicatrizaron, pero persistían los dolores y a veces parecía mentalmente trastornada. Al cabo de aquellas seis semanas, Gladys decidió que, de un modo u otro, tenía que llevarla al hospital de Luán. Si no lo lograba, Jeannie nunca se pondría bien. Con ayuda del cocinero y de un mercader local, alquiló dos mulas y sujetó entre ambas una gruesa colcha. Puso en ella un lecho de paja y ropas de cama encima. Con ello logró construir una litera muy confortable. Con un mozo mulero —el que la había acompañado desde Tsehchow se había marchado hacía ya, tiempo— se despidió de las amistades que había hecho en Chin Shui y emprendió el largo viaje hacia Luán. Pasaron las dos noches siguientes en posadas chinas de la ruta, y a cada parada vigiló Gladys el traslado de la mujer enferma. Después llegaron a Yangcheng. Realmente, no fue una vuelta feliz al hogar.

Yang seguía regentando la Posada de las Ocho Venturas con éxito. En su vejez había encontrado un empleo que le aprovechaba y le divertía a un tiempo. Gladys escuchó su relato nocturno y se enteró, sin ser sorpresa de que había sido Noé quien alimentó con panes a cinco mil personas, cuando con su Arca pasó ante las costas de Galilea. Yang tenía por Noé y sus aventuras comerciales una simpatía que nada era capaz de destruir. Siempre estaba dispuesto a atribuirle un par de milagros, y, aunque aceptaba las correcciones de Gladys de buen grado y asintiendo con su calva cabezal le quedaba a aquélla la impresión de que, en cuanto le volvieran la espalda, Noé recuperaría a toda prisa su alto rango. Yang aceptó el estado de la señora Lawson con el típico fatalismo de los chinos. Los dioses lo habían querido así. Pronto descansaría en paz con sus honorables antepasados. Estaba muy satisfecho de seguir regentando la posada hasta el regreso de Gladys.

Cuando llegaron a Luán, después de proseguir el viaje con las mismas dificultades, Jeannie Lawson fue ingresada inmediatamente en el hospital. Había allí un doctor inglés y dos enfermeras británicas. Durante cuatro semanas Gladys permaneció junto a Jeannie, durmiendo en una habitación del hospital.

El doctor se expresó con absoluta franqueza.

—Temo —dijo— que se ha lesionado la columna vertebral y que poco podemos hacer por ella. Tiene setenta y cuatro años. La conmoción de la caída y aquella lesión han perturbado su mente. Tendrá períodos de lucidez, pero la parálisis aumentará poco a poco, y al fin morirá. No sabemos cuándo. ¿Unas pocas semanas? ¿Un par de meses? Su vida ha sido larga y útil; no debe llorar por ella.

Aquella tarde Gladys se sentó junto a la cama de su amiga y le cogió la mano. Era uno de los momentos de lucidez de Jeannie, quien tal vez adivinó la verdad en la mirada de profunda compasión de la joven. Impulsivamente, murmuró:

—¡Oh, Gladys, volvamos a Yangcheng! ¡Por favor, lléveme a casa!

Gladys contempló la marchita faz de la mujer que había sido su amiga y le había abierto las puertas de China; aquella mujer, ahora anciana y moribunda, que había

puesto su vida al servicio de Dios desde hacía tantos años. De joven debió de ser muy bonita, pensó Gladys, observando aquellos ojos que seguían siendo de un azul profundo y claro.

—La llevaré a casa hoy, Jeannie —dijo Gladys, dulcemente—. Ahora mismo voy a preparar la litera. Nos iremos juntos a casa.

Tres horas más tarde se pusieron en camino.

Yang estuvo contento de su regreso. Gladys no supo que tenían tantos amigos hasta que éstos acudieron a darle la bienvenida. Jeannie estaba más contenta, pero su estado empeoraba lentamente. La parálisis, según había anunciado el doctor, progresaba despacio siguiendo su curso.

Cada día moría un poco.

Aquella última noche de noviembre deliró sin freno. La anciana tenía la cara hundida, pero sus labios se movían, repitiendo constantemente, en truncadas frases, las grandes sentencias que la habían guiado en la vida desde el principio:

*La luz del cuerpo es el ojo: por tanto, si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Si, por tanto, la luz que hay en ti se vuelve oscuridad, ¡cuán grande es esta oscuridad...!*

Gladys salió a la galería y contempló la brillante y alta luna navegando en el claro charco del cielo.

Jeannie Lawson se moría. Era un hecho que tenía que aceptar. Apoyó la barbilla en la mano y el codo en la baranda. Sin embargo, era una suerte haber nacido. Qué cantidad enorme de probabilidades había en contra si consideraba los billones y billones de células de vida, las estructuras vegetales y animales, los vertebrados, los pólipos, las algas, las muertas y las no muertas que existen en el mundo. En las permutaciones de la estructura celular, las probabilidades del «no nacer» deben alcanzar cifras astronómicas. Nacer como ser humano, dotado de un alma, era ciertamente un don de Dios, Jeannie había poseído aquel don. Había saboreado el dorado lujo de solamente estar viva y disfrutado de todos los años que le fueron concedidos. Era triste que ahora la privaran de aquel don, que se sumiera de nuevo en el regazo de la materia, más allá de todo conocimiento práctico.

Gladys reflexionó durante mucho rato, a la luz de la luna, sobre las incógnitas de la vida y de la muerte, y, ciertamente, sobre su propia situación. Cuando muriese la señora Lawson, a se encontraría sola en la salvaje y montañosa provincia de Shansi. El alquiler de un año estaba pagado, pero la pequeña renta de la señora Lawson se extinguiría. Gladys no poseía más que unos cuantos peniques; sin embargo, en aquellos momentos no sentía miedo, sino una gran calma y una nueva dignidad. Pero

no habría querido que Jeannie muriese por la noche; esto la atemorizaba un poco. A la luz del día sería más soportable. Jeannie lo preferiría también; estaba segura de ello.

Oyó la voz de pronto dulce y resignada de la señora Lawson en el interior de la estancia:

*«Venid a mi, todos los que trabajáis y lleváis pesadas cargas, y yo os daré el descanso. Tornad mi yugo sobre la espalda y aprended de mí: porque Yo soy manso y humilde de corazón, y vosotros hallaréis el descanso en vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera».*

A la mañana siguiente el sol se alzó en el Este y el día descendió de los picos de las montañas; y, al mediodía, Jeannie Lawson murió.

## Capítulo VI

Las Semanas que siguieron a la muerte de Jeannie Lawson fueron de las más precarias que tuvo que experimentar en China. Del posible desastre la salvaron dos personas de lo más inverosímil: un cocinero y un mandarín. Yang depositó a Jeannie en su ataúd y lo cerró, y, como aquella era una ocasión solemne, logró que un anciano que poseía una máquina de fotografiar plana en la ciudad acudiera y sacara una foto. Muleros, vecinos, conversos y algunos muchachos ansiosos de que los retrataran se agruparon en el patio alrededor del féretro de «la vieja», y se tomó la fotografía que se reprodujo en un libro, circunstancia debida a que Gladys la envió a su madre, a Edmonton, pues si la hubiera guardado ella se habría perdido para siempre.

Después discutió con Yang la situación económica. El alquiler de un año estaba pagado. Los pocos cash que ganaban todas las noches de los arrieros apenas si cubrían sus gastos, no dejándoles ningún beneficio ni apenas con qué vivir. Sin embargo, la Misión existía y Gladys no tenía la menor intención de abandonar la posada si no era por la fuerza. Su conocimiento de chino progresaba diariamente; ahora hablaba con soltura los dialectos del distrito montañoso de Yangcheng. Cada provincia tenía su dialecto; a menudo los habitantes de pueblos de la montaña distantes veinte millas unos de otros no lograban entenderse. Raras veces salían del lugar donde habían nacido, y nada sabían, sino su propio dialecto y su propio folklore. En los años que siguieron Gladys tuvo que aprender cinco dialectos distintos de aquella provincia.

Habían transcurrido unas semanas desde la muerte de Jeannie cuando Yang sugirió a Gladys la idea de visitar al mandarín de Yangcheng para presentarle sus respetos.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella—. El mandarín no tiene el menor deseo de verme. Y por mi parte tampoco lo tengo de verle a él. Sería una pérdida de tiempo para todos.

De momento no se dio cuenta del complicado sistema de tasas, licencias y permisos de residencia en que descansaba la economía de la provincia. La experiencia de Jeannie Lawson las había protegido; ella había cumplido todos sus deberes oficiales.

—Su tiempo de luto ya ha pasado —insistió Yang—. Debería usted ponerse sus mejores vestidos e ir a hacerle una visita de cumplido. Es necesario. Es un deber de cortesía.

—¡Pero yo no he hablado con un mandarín en mi vida! —protestó Gladys—. No sé lo que he de decirle. ¿Cuántas reverencias se le tienen que hacer? ¿Quién habla

primero? Entérate de todas estas cosas y lo pensaré. De todos modos, no puedo comprarme un vestido nuevo.

Yang se fue a la ciudad y regresó una hora más tarde muy alicaído. Por lo visto, nadie sabía las leyes a que debía obedecer un «diablo extranjero» femenino para hablar con un mandarín. Todos los demás, desde los *culíes* hasta los funcionarios del Gobierno, tenían un protocolo establecido: tantas reverencias, tantos saludos. Pero Gladys era un ejemplar extraño. Yang suspiró tristemente y explicó que sin duda habría que dictar una ley especial para ella, y que, entretanto, no le podía garantizar que el mandarín la recibiera. Era lamentable, pero de momento tendría que continuar siendo una mujer vulgar e inferior. Gladys tuvo la impresión de que el hombre se sentía contrariado por la poca importancia de ella...

El mandarín de Yangcheng era un personaje. En aquella parte montañosa de Shansi meridional, la ciudad más importante era Tsehchow. A varios días de viaje de aquella, formando un J tosco círculo alrededor de la capital, había las cuatro ciudades menores hermanas: Yangcheng, Chin Shui, Kaoping y Lingchuang, pequeñas ciudadelas amuralladas y encaramadas en las altas montañas. El mandarín de Yangcheng gobernaba la ciudad y el distrito por decreto del gobernador y señor de la guerra de T'ai Yuan, capital de Shansi, situada muy hacia el Norte. El gobierno de T'ai Yuan prestaba obediencia nominal a los nacionalistas. Yangcheng estaba en lo más profundo de la región montañosa. Las noticias viajaban con la misma velocidad con que podía andar un hombre. El mandarín, en su calidad de magistrado, mandaba en la libertad o la prisión, la vida o la muerte de todos los habitantes de su territorio. En aquella sociedad feudal, era un amo absoluto y era por todos obedecido. Por ello fue tanto más sorprendente que fuera él quien iniciara el acercamiento a una mujer extranjera que había querido vivir bajo su autoridad.

Gladys estaba ocupada en una habitación del piso superior cuando oyó gran conmoción en el patio. Salió a la galería a mirar y vio a Yang que corría hacia el portal. Desde allí se volvió a gritarle:

—¡Viene el mandarín! ¡Viene el mandarín!

Parecía muy asustado y ella vio cómo se balanceaba su coleta al cruzar el portal. Y fue lo último que vio de él durante tres horas, pues aunque Yang había insistido en que ella se entrevistara con el mandarín, le falló el valor completamente en el instante en que su deseo se veía cumplido.

Gladys se arregló el moño sobre la nuca y rápidamente puso un poco de orden en su túnica. Era una lástima que la sorprendiera así, completamente desprevenida, pero al fin pensó que era culpa de él si no la había avisado en debida forma.

Corrió escaleras abajo y salió al patio justo cuando empezaba a entrar la comitiva. Era tan magnífica que hubo de detenerse, paralizada por una mezcla de temor y de entusiasmo. Los *culíes* llevaban la silla de mano que tenía las cortinas echadas contra

las miradas indiscretas. A su alrededor venían los sirvientes del mandarín vestidos de azul oscuro, mientras otros del séquito se mantenían a respetuosa distancia: un acompañamiento de vistosos y distinguidos caballeros, de cara afilada, gorros ajustados y negros y almendrados ojos.

Avanzó uno de los servidores y abrió con cuidado la portezuela de la silla de mano, extendiendo el brazo para ayudar a bajar al mandarín. Gladys abrió unos ojos como platos al aparecer el hombre. Era magnífico. Alto, de negro cabello, con una cara pálida y marfileña y un bigote caído en las puntas, llevaba una bata de anchas mangas que caían hasta sus zapatos negros y puntiagudos. Una larga, lustrosa y negrísima coleta caía a su espalda.

Sus negros y brillantes ojos se encontraron con los de ella, y Gladys cerró la abierta boca, tragó saliva y se inclinó profundamente. Cuando se irguió jadeante, él la estaba mirando con expresión ligeramente preocupada, mientras su séquito se agrupaba detrás de él como un ramo de flores en un jarrón. Como al parecer no podía haber un posible tema de conversación entre ambos, Gladys pensó que lo mejor era hacer otra profunda reverencia. Se dobló, pues, por la cintura, contó hasta cinco, recobró la posición vertical y decidió que ya había hecho bastante incluso para el mandarín de más rancia alcurnia y prosapia.

—He venido a pedir su consejo —dijo él, al fin.

—¡Oh! —exclamó Gladys.

Comprendió que no era una respuesta muy inteligente, pero tan estupefacta había quedado con aquella aparición que no se le ocurrió nada mejor. Incluso la sorprendió oír su propia voz.

—¿Sabe usted que desde hace muchas generaciones se ha practicado en esta provincia la costumbre de vendarse los pies? —prosiguió él.

—¿De veras? —murmuró ella.

Aquel mandarín chino era pura y deliciosamente evocador. Se sintió satisfecha de poder entenderle.

—Los pies de las mujeres son vendados a poco de nacer —explicó él.

—¡Oh! —repitió Gladys, dándose cuenta de que su parte en la conversación no era muy activa. Sabía algo de la costumbre de vendar los pies, pero, como ignoraba el rumbo que tomaría la conversación, no sabía qué actitud tomar.

—Ahora hemos recibido una orden del Gobierno Central —dijo él— según la cual esta costumbre debe cesar inmediatamente.

—¿Han recibido una orden?

—Todas las mujeres de la provincia tienen los pies vendados. Por consiguiente, sólo alguien que tenga los pies grandes y libres debe encargarse del trabajo de inspección.

Con súbita aprensión Gladys contempló sus propios pies; medía treinta y pico. En

Inglaterra habrían pasado por pequeños; aquí eran gigantescos.

—Ciertamente, ningún hombre puede encargarse de este trabajo. Tiene que ser una mujer. Usted tiene amigos en otras provincias que podrían proporcionarnos esa mujer. ¿Quiere escribirles y preguntarles si podrían enviarnos a una mujer a tal objeto?

—Lo haré con mucho gusto —respondió Gladys, como una autómata.

Una pasajera oleada de pánico la invadió al advertir que, a excepción de la señora Smith, de Tsehchow, no conocía a nadie en China; pero descartó aquel pensamiento, procurando que el temor no se reflejase en su cara.

—No es un cargo muy bien retribuido —explicó el mandarín—. El trabajo consiste en una medida de mijo al día y un cuarto de penique para comprar verduras. Se proporcionará a la mujer una mula para viajar a los pueblos apartados y la acompañará una guardia de dos soldados. ¿Me encontrará esa mujer? Es muy importante.

—Haré todo lo que pueda —replicó Gladys, y, pensando que la cortesía lo exigía, hizo una nueva reverencia.

Todos se hicieron mutuas reverencias, o al menos así le pareció a ella. Todo resultaba muy elegante. El mandarín volvió a su silla de manos y la comitiva salió del patio. Gladys sentía que le faltaba la respiración. Y le habría faltado del todo si se hubiese dado cuenta de que acababa de ganarse el empleo de inspectora de pies oficial de la provincia de Yangcheng de Shansi; de hecho, un humilde y despreciable servidor de su Alta y Poderosa Eminencia el mandarín de Yangcheng, En su empeño de encontrar un inspector de pies femeninos, escribió cartas a toda China: a la misión de Tientsin, a Luán, a Hong Kong, a Shanghai, a todos los lugares donde pensó que podía existir una comunidad cristiana. Las respuestas fueron casi todas las mismas. Primero: ninguna muchacha adecuada, de pies grandes, sabía hablar el dialecto. Segunda: no sabían, o no querían, montar en mula. Tercero: no querían, o no podían, subsistir a base de una dieta del mijo. A las muchachas de pies grandes o pequeños, desde Hong Kong a Tientsin o a cualquier lugar de China, les gustaba el arroz. No podían disfrutar de la vida sin arroz. Ahora bien, en Yangcheng y su provincia no había arroz, y Gladys no creía que estuvieran dispuestos a emplear sus mulas en el acarreo de aquel alimento especial a través de los montes para satisfacción de un ser tan bajo como una inspectora de pies. Y las chicas, por lo visto, no lo estaban a pasar con una dieta de grano por todos los mandarines de Shansi.

Aproximadamente dos meses más tarde, el mandarín, acompañado de su séquito, entró de nuevo en el patio de la Posada de las Ocho Venturas. Se apeó de la silla y sus seguidores formaron un grave semicírculo a su espalda.

—¿No ha encontrado ninguna mujer? —preguntó, con reproche.

Gladys decidió que aquella vez omitiría las reverencias y las pantomimas.

—Sigo intentándolo —dijo, humildemente.

Las cejas como negras das de pájaro del mandarín se contrajeron ligeramente.

—¿Por qué no la ha encontrado? —dijo, fríamente.

Gladys le explicó todas las razones que habían dado las Misiones. No sabían montar mula; no querían montar en mula; no les gustaba el grano: pensaban que el lugar era muy alejado y muy solitario...

Con despectivo movimiento de su abanico el mandarín le impuso silencio.

—En tal caso será usted nombrada inspectora —anunció.

—¡Yo! —exclamó Gladys, con voz ahogada.

En tales momentos le faltaban las palabras.

—Usted es la única mujer de la provincia que tiene los pies grandes. ¡Tiene que aceptar el empleo!

Gladys abrió la boca y la volvió a cerrar. Buscó en su imaginación cualquier tema a que agarrarse.

—Pero yo soy cristiana... Yo no soy china. Yo no sé nada de pies...

—Es muy sencillo. Viajará usted de un pueblo a otro y dará a conocer el bando del Gobierno. Reunirá a las mujeres en el centro del pueblo o en sus casas, y les examinará los pies. Si los de las niñas aparecen vendados, les quitará las vendas. Me comunicará cualquier obstáculo que pongan los jefes de los pueblos y yo pondré el remedio. Contará usted con mi autoridad y me informará directamente. El Gobierno Central tiene el máximo interés en desterrar esa reprobable costumbre, y debe usted ponerse inmediatamente al trabajo. ¿Está conforme?

—Debe usted comprender, Excelencia —dijo—, que si acepto este encargo intentaré convertir al cristianismo a las gentes de los lugares adonde vaya.

Se hizo un corto silencio. Los del séquito que se mantenían en segundo término parecieron helarse de miedo. Ella se preguntó si habría cometido un error imperdonable. Entonces dijo él tranquilamente:

—Nada me importa su religión ni a quién la predique. Éste es un asunto que afecta a la conciencia de cada cual. Lo importante es que realice la tarea encomendada. El Gobierno Central está impaciente.

Gladys se había familiarizado ya lo bastante con las condiciones locales para comprender que probablemente el Gobierno Central exigía hechos y cifras con referencia a los pies vendados en aquella provincia montañosa. Sonrió interiormente. Esto era algo que tendría que escribir a los suyos: inspectora de pies a las órdenes de un mandarín. Su madre nunca lo creería. Se inclinó profundamente. —Espero poderle ser útil-dijo—. Acepto complacida el encargo.

Al levantarse sorprendió un destello divertido en los ojos de él.

—Gracias —dijo el mandarín—. La mula y los soldados estarán a su disposición mañana por la mañana y siempre que los necesite. Le deseo buena suerte.

Todos se inclinaron y sonrieron. El importante «diablo extranjero» de ultramar había aceptado actuar como representante del mandarín. Ahora podrían mandar una breve respuesta al estúpido subsecretario de T'ai Yuan. Se había evitado la crisis. Todos habían salvado la «cara». La comitiva se despidió.

Yang salió para mirar a Gladys con cierta curiosidad temerosa.

—Ahora es usted una persona importante —dijo—. Trabaja para el *yanten* y está al servicio personal del mandarín. Se inclinó profundamente y humildemente.

Era la primera vez que Gladys le impresionaba realmente.

—¿Importante? ¿Con ese salario? —exclamó Gladys—. ¡Una medida de mijo y un cuarto de penique al día! No me haré rica con esto, ¿verdad?

—Es un honor —insistió Yang, decidido a exprimir hasta la última gota de orgullo cívico de aquel nombramiento—. Es la inspectora de pies personal del mandarín.

—¡La inspectora de pies personal del mandarín! —repitió ella.

Los viajes de Gladys a los pueblos apartados no comenzaron en seguida. Ante todo había mucho que inspeccionar en el mismo Yangcheng y en las casas y cuevas de extramuros. Lo que Yang había presumido resultó cierto. El nombramiento oficial del *yanten* y la presencia física de dos soldados bastante brutos le daban una importancia que jamás había previsto ni esperado. La gente se levantaba cuando les dirigía la palabra y los pies de las niñas eran desatados a gran velocidad cuando lo exigía.

Nunca olvidaría el primer pueblo que visitó como inspectora oficial. Levantábase junto a un río de curso rápido que discurría por una estrecha garganta; las casas eran de un solo piso, estaban construidas con piedras y barro y tenían verdes tejados. Pequeños caminos polvorientos iban de unas a otras, y los suelos de las oscuras habitaciones eran de piedra apisonada, sobre la cual se alzaba un único lecho común de ladrillo. Sobre las toscas mesas veíanse la china vajilla azul y los inevitables palillos de madera. Había niños por todas partes: menudos, macilentos, ruidosos, morenos y parlanchines; algunos cogidos aún al pecho de la madre, otros revoloteando como un enjambre humano junto a los flancos de la mula. Era un pueblo aislado, agradable. Los montes se alzaban abruptos todo alrededor, pero en el pueblo los ciruelos y los melocotoneros estaban en flor, y pequeños campos de mostaza amarilla, algodón verde oscuro y mijo de un verde brillante jalonaban una de las laderas de la montaña.

La gente del pueblo empezó a reunirse en cuanto cruzaron la puerta. Los soldados preguntaron por el jefe del pueblo. Cuando apareció le comunicaron la orden del mandarín. Era un anciano arrugado, con una rala barbita de macho cabrío; un campesino cuyas experiencias y edad lo habían elevado a su cargo que lo hacía responsable ante el mandarín. Escuchó y asintió con la cabeza gravemente. Ordenó el

«pregonero» del pueblo que convocara a todos a la plaza. Esto presentó algunas dificultades, pues los campesinos estaban en los campos, o en sus casas, o cuidando a sus animales. Cuando todos estuvieron presentes, el jefe les informó, con aguda y quebrada voz, que la costumbre de vendar los pies cesaba desde aquel momento: los pies de las niñas que pudiesen aún recuperar su aspecto normal serían librados de las vendas. El mandarín era quien daba estas órdenes. Los soldados, que se sentían muy orgullosos de su pequeña autoridad, repitieron la proclama y explicaron claramente que quienquiera que desobedeciese la orden sería metido en la cárcel, lo cual les resultaría bastante incómodo.

Después se volvieron a decirle a Gladys que había llegado el momento de la inspección. Ella no sabía muy bien lo que tenía que hacer, pero, como de algún modo tenía que empezar, cruzó la plaza en dirección a la primera casita que se ofreció a sus ojos. Una muchedumbre se apretujó detrás de ella. Confortada con la presencia de los dos rudos soldados, entró por la puerta abierta. Los soldados permanecieron en el exterior. La casa era limpia y aseada, pero carecía de muebles; sólo unas cuantas cacerolas y utensilios; la ropa acolchada de la cama estaba amontonada en un rincón del *k'ang* de ladrillo donde dormía la familia. Una niña de ojos negros, de unos tres años, cogida a los pantalones de su madre, miró nerviosamente a Gladys. Una sola mirada bastó a ésta para comprender que tenía los pies vendados.

—¡Ésa! —dijo Gladys, tratando de imprimir un tono autoritario a su voz—. ¡Quíteme las vendas de los pies!

Dos vecinas y una abuela habían aparecido ahora en la estancia. La madre se subió la niña a la falda, y las cuatro mujeres empezaron a deshacer las vendas.

Para disimular su propio nerviosismo, Gladys se puso a hablar ininterrumpidamente, improvisando un comentario a cada vuelta de la venda.

—Esto es. Vamos, ¡aprisa! Si Dios hubiese querido que las niñas tuvieran unos horribles pies deformes y pequeños, las habría creado así desde un principio, ¿no es cierto? Los pies son para andar, ¿no? Y no tiene que importarles lo que digan los maridos. Que lo prueben ellos y verán cómo andan con unos piecitos como muñones. El hombre que vuelva a decirnos que lo hagáis, irá a la cárcel en seguida; ahora, ésta es la ley...

Cayeron los últimos vendajes, mostrando unos pies diminutos y blancos con los dedos gordos retorcidos bajo las plantas.

—¡Mirad qué pies! —exclamó Gladys—. Desgraciados, completamente desgraciados. ¿Cómo esperan que las pobres criaturas anden bien con esos pies?

Casi empujó a las mujeres y arrodillándose, separó los dedos de la planta. La niña la miraba con ojos tímidos y muy abiertos.

—¡Así! —dijo Gladys, dulcemente—. Cinco preciosos deditos dispuestos a ir al mercado.

Con suavidad, empezó a darle masaje al pie. De pronto brotó de la niña una risa cascabelera y comenzó a agitarse satisfecha.

Se había roto el embrujo. Las mujeres se aproximaron, parlotando alegremente. En los años que siguieron, Gladys pudo comprobar lo independientes y corajudas que eran las mujeres de aquellas montañas: Incluso entonces se mostraban convencidas. «Sí, es una buena ley», decían. Y todas querían incluso ayudar en el masaje y referían los dolores e inconvenientes que les habían acarreado sus propios pies durante los últimos diez años. Una de las vecinas salió corriendo hacia la casa de al lado a explicar lo que había ocurrido, y, antes de que Gladys hubiese terminado su primer examen, la noticia había corrido ya por todo el pueblo. Al proseguir, vio pronto a las amas de casa exhibiendo a sus hijitas sin vendas en los pies. La parte que en esta reforma social correspondió a los soldados al repetir la orden: «¡Fuera; vendas de los pies, o a la cárcel!», nadie lo sabrá jamás, pero todo el mundo se mostró bien dispuesto.

Gladys se alojó aquella noche en la casa del jefe, y durante el resto de su viaje escenas semejantes se repitieron muchas veces.

Aquéllos fueron para Gladys años de gran; contentamiento. Con la Posada de las Ocho Venturas como base y una pequeña, comunidad cristiana creciendo a su alrededor, sus excursiones por la montaña eran siempre estupendas aventuras. Las semanas se convertían en meses y los meses en años, y de cada uno de los días sacaba su cosecha de dichas.

\* \* \* \*

Durante su segundo año de permanencia en Yangcheng, llegó un simpático joven llamado Lu-Yung-Cheng. Era un converso enviado de Tsehchow por la señora Smith, quien dijo que pagaría su salario, que importaba nueve peniques al mes. Resultaría útil, aunque sólo fuera para vigilar la romántica interpretación que de las Escrituras hacía Yang. Unas dos semanas después de su llegada, hallábase él y Gladys en el patio cuando llegó precipitadamente un mensajero del *yamen* agitando un trozo de papel escarlata. Hablaba con tanta prisa que Gladys lo entendía a duras penas.

—Pero ¿qué significa ese papel? —le preguntó a Lu-Yung-Cheng.

—Es una orden oficial del *yamen* —respondió Lu-Yung-Cheng, nervioso—. Ha estallado un motín en la cárcel de hombres.

A Gladys aquello le interesó poco.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo.

—Tiene que venir usted en seguida —dijo el mensajero, apremiante—. ¡Es de la máxima importancia!

Gladys lo miró fijamente.

—Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con el motín de la cárcel? No puede tener ninguna relación con mis funciones de inspectora de pies.

—¡Tiene que venir en seguida! —reiteró el mensajero, a grandes voces—. Es una orden oficial.

Se apoyaba ora en un pie, ora en el otro, impaciente.

Lu-Yung-Cheng la miró, inquieto.

—Viniendo esa orden del *yamen*, tiene que ir.

Y en su voz había un temblor temeroso.

—Está bien, vaya usted y averigüe de qué se trata —dijo Gladys—. Sin duda es un asunto propio de hombres. Yo no sé nada de cárceles, ni he estado jamás en ellas. Aunque realmente no sé lo que podrá usted hacer.

Por la cara de Lu-Yung-Cheng comprendió que la perspectiva no le seducía.

—¡Aprisa! ¡Por favor, aprisa! —chillaba el mensajero.

De mala gana Lu-Yung-Cheng lo siguió hasta la puerta. Entonces Gladys vio que miraba rápidamente hacia atrás y se volvía presto hacia la izquierda, mientras el mensajero tomaba hacia la derecha. También pudo oír el ruido que hacía al salir huyendo calle abajo.

A los dos segundos el mensajero había advertido la huida y se precipitaba nuevamente en el patio gritando: «¡Ai-i-i!», y sacudiendo furioso los puños. Corrió hacia Gladys. Era un hombrecito gordo, sin ninguna educación.

—¡Tiene usted que venir! —chilló—. Es un papel oficial. ¡Vamos! ¡Venga conmigo! Si se niega, le pesará.

—Está bien —dijo ella, serenamente—, iré. No sé lo que le habrá pasado a Lu-Yung-Cheng. Tal vez se ha sentido enfermo. Pero, realmente, no sé qué puedo tener yo que ver con un motín en la cárcel...

Echaron a andar de prisa calle arriba y cruzaron la Puerta Oriental. A pocas yardas de aquella puerta, el blanco muro exterior de la cárcel flanqueaba la calle. Del otro lado brotaba una baraúnda infernal: voces, gritos, alaridos y horribles ruidos.

—¡Dios mío! —exclamó Gladys—. Realmente es un verdadero motín.

El alcaide de la cárcel, pequeño, pálido, fruncidos los labios con preocupación, acudió a recibirla en la entrada. Detrás de él se agrupaban media docena de empleados a sus órdenes.

—Celebramos que haya venido —dijo, rápidamente—. Hay un motín en la cárcel; los presos se están matando unos a otros.

—Así parece —dijo ella—. Pero ¿por qué Khan hecho venir? Yo no soy más que una misionera. ¿Por qué no lo sofocan los soldados?

—Los presos son todos asesinos, bandidos, ladrones —dijo el alcaide, con voz temblor.

Los soldados tienen miedo. Son pocos para ellos.

—Crea que lo lamento —dijo Gladys—. Pero ¿qué quieren que haga yo? No sé por qué se le ocurrió llamarme...

El alcaide dio un paso al frente.

—Tiene usted que entrar y hacer que cese la lucha.

—¡Que yo tengo que entrar...! —exclamó Gladys, quedándose boquiabierta y con los ojos desorbitados por el asombro—. ¡Yo! ¡Yo entrar ahí! ¡Está usted loco! ¡Si entrara me matarían!

Los ojos del alcaide la miraban con fijeza hipnótica.

—¿Y cómo podrán matarla? Usted les dice a todos que ha venido porque tiene al Dios vivo en su interior...

El alcaide hablaba tartamudeando y torciendo los labios con angustia. Gladys sintió un tenue y frío cosquilleo en la espalda. Al tragar saliva le pareció que tenía arena en la garganta.

—¿El... el Dios vivo? —balbució.

—Así lo predica usted en todas partes, en las calles y en los pueblos. Si predica la verdad, si su Dios la protege de todo mal, puede sofocar este motín.

Gladys se lo quedó mirando fijamente. Su mente se debatía confusa, buscando el modo de explicar sus creencias a aquel hombre sencillo e ignorante. Una pequeña célula de su cerebro empezó a encenderse y apagarse como transmitiendo un mensaje telegráfico: «¡Es verdad! Tú has predicado que tu Dios cristiano te protege de todo mal. Si fallas ahora, habrás terminado en Yangcheng, Desacredita ahora tu fe, y la habrás desacreditado para siempre». Era como un terrible desafío. De algún modo, tenía que salvar su prestigio. ¡Oh, esa gente sencilla y estúpida! Pero ¿cómo podría entrar en la prisión? ¡Con todos aquellos hombres —asesinos, ladrones, bandidos— alborotados y matándose unos a otros! A juzgar por el ruido, ahora más fuerte aún, se había desencadenado allí un pequeño infierno humano. ¿Cómo podía ella...? «Tengo que probarlo —dijo para sí—. ¡Tengo que probar! ¡Oh, Dios mío, dame valor!».

Contempló el pálido semblante del alcaide convencida de que ahora el suyo tenía el mismo, color.

—Está bien —dijo—. Abra la puerta. Entraré a verles.

Y se calló, por miedo de que le fallara la voz.

—¡La llave! —gritó el alcaide—. ¡La llave, pronto!

Avanzó uno de los ordenanzas, con una gruesa llave de hierro. Parecía hecha para abrir el más oscuro y negro calabozo del mundo. Chirrió fuertemente en la cerradura, y se abrió la inmensa puerta de hierro enrejada. Literalmente, la echaron dentro. Estaba a oscuras. La puerta se cerró a su espalda, y oyó girar la pesada llave. Se hallaba encerrada en una cárcel con una horda de enfurecidos criminales que, a juzgar por el estruendo, se habían vuelto completamente locos. Ante ella apareció un negro

túnel de unas veinte yardas de longitud. Su otro extremo salía, al parecer, a un patio, y pudo ver figuras que corrían ante la boca. Avanzó con pasos vacilantes, hasta que se detuvo de pronto, yerta de miedo.

El patio tenía unos sesenta pies cuadrados, y había unas extrañas construcciones en forma de jaula a sus cuatro lados. En el recinto se desarrollaba una furiosa y cruel batalla. Varios cuerpos yacían en el suelo. Un hombre, sin duda: muerto, yacía a pocos pies de donde ella se encontraba, manando todavía sangre de una gran herida en el cráneo. Había sangre por doquier. Dentro de las construcciones en forma de jaula se sostenían pequeñas guerras privadas. Sin embargo, el grupo más numeroso vigilaba a un preso que blandía un hacha enorme y manchada de sangre y que, en el momento de mirar ella, avanzó contra los otros, y éstos se desparramaron corriendo en todas direcciones. Gladys se quedó allí plantada, horrorizada ante aquella forma macabra de «fiera». Evidentemente, el hombre del suelo y del cráneo roto había sido «liquidado» por él. Nadie había advertido la presencia de Gladys. Durante medio minuto permaneció inmóvil, sin que ni una sola célula de su cerebro le ofreciese la solución de su problema. El hombre atacó de nuevo; el grupo se dividió y aquél eligió a uno de ellos y empezó a perseguirle. El hombre corrió en dirección a Gladys y se escabulló. El loco del hacha se detuvo a pocos pasos de ella. Sin ningún plan preconcebido, sin saber apenas lo que hacía, Gladys dio dos pasos adelante, con aire resuelto.

—Dame esa hacha —dijo, furiosa—. ¡Dámela inmediatamente!

El hombre se volvió a mirarla. Durante tres largos segundos las irritadas pupilas negras de unos ojos inyectados en sangre se fijaron en ella. Avanzó dos pasos. Y de pronto, tímidamente, le tendió el hacha. Gladys se la arrancó de la mano y se quedó con ella colgando rígidamente a un costado. Recordó que había sangre en la hoja y pensó que la mancharía el pantalón. Los otros presos —debía de haber albergados allí cincuenta o sesenta— la miraban desde todos los rincones del patio. Toda acción había cesado en aquel momento intensamente dramático. Gladys se dio cuenta de que tenía que aprovechar su psicológica ventaja.

—¡Todos vosotros! —gritó—. Acercaos. Vamos, formad en una hilera.

Tenía la vaga impresión de que aquella voz le pertenecía, aunque nunca la había oído tan aguda. Les gritaba, les empujaba como un pequeño sargento mayor enfurecido, como una maestra de escuela con una clase de chicos rebeldes.

—¡En fila inmediatamente! ¡Tú, el de allá abajo! Vamos, a formar en seguida delante de mí.

Obedientes, fuéronse acercando los presos formando ante ella en un tosco grupo. Ella los contempló, amenazadora. Hubo un silencio. De pronto se había esfumado el miedo en ella y en su lugar había una inmensa piedad que hacía brotar lágrimas de sus ojos. ¡Eran tan desgraciados! ¡Estaban tan abandonados! Un conjunto de caras

escuálidas: pómulos angulosos, labios fruncidos; caras contorsionadas por la miseria, el dolor y el hambre; ojos sombríos de miedo y desesperación, se fijaron en los suyos. Eran despojos de humanidad, medio hombres vestidos de harapos, revestidos de polvo, llenos de piojos; eran más animales que hombres, y las jaulas donde moraban alrededor del patio eran las propias de las bestias. Se habría echado a llorar al ver que criaturas humanas podían ser tan desdichadas. Con un esfuerzo, apretó los labios y volvió a asumir el mando. Su miedo había desaparecido, es cierto; pero sabía que tenía que mantener su autoridad.

—Deberíais avergonzaros —les dijo, tratándolos como una madre irritada a sus hijos rebeldes—. ¡Tanto ruido y tanto jaleo! ¡Jaleo! —agitó los brazos señalando los cuerpos y la sangre del campo de batalla—. El alcaide me ha enviado para averiguar lo que ha pasado. Ahora, si limpiáis el patio y me prometéis portaros bien en lo sucesivo, le pediré que por esta vez sea benévolo con vosotros. —Intentaba apartar los ojos de las inmóviles figuras de los muertos, sabía que debía concentrar toda su atención hasta que se hubiese desvanecido el último resto de violencia—. Bueno, ¿qué ha pasado aquí? ¿Por qué habéis empezado a luchar de esta forma?

No hubo respuesta. Algunos habían bajado la cabeza.

—Entonces, delegad en uno para que hable por todos —prosiguió—. Él me explicará lo que ocurre. Luego empezaréis en seguida a limpiar el patio. Idos a aquel rincón y elegid vuestro delegado. Yo esperaré aquí.

Los presos se dirigieron al rincón que les había designado y se pusieron a hablar entre ellos. Momentos más tarde uno de los hombres más altos y de apariencia ligeramente mejor que los demás, se acercó. Como los otros, iba vestido de harapos.

—Me llamo Feng —dijo— y hablo por ellos.

Mientras quitaban la sangre con trapos y colocaban los cadáveres en posiciones menos espectaculares, Gladys escuchó el relato. Después supo que aquel hombre había sido sacerdote budista, y que lo habían condenado por hurto a otros sacerdotes, sentenciándolo a ocho años de prisión. Le explicó que nadie sabía en realidad por qué y cómo había empezado la algarada. Les dejaban el hacha —y mostró la herramienta que Gladys tenía aún en las manos— una hora al día, para que cortaran sus alimentos. Alguien había discutido por su posesión, alguien más había intervenido, y de pronto, sin que nadie supiera exactamente por qué, el volcán de la ira había entrado en erupción y la lava de sangre había empezado a correr por todos lados. Él no podía explicar aquel extraño suceso. Tal vez era que muchos de los hombres hacía largos años que estaban allí, dijo. Sabía por experiencia que, a menos que sus parientes o amigos les manaran comida, se morían de hambre. Y era duro apoyarse contra una pared y sentirse morir de hambre mientras otros comían. Algunas veces cogían a uno de ellos, lo sacaban a la plaza y lo ejecutaban: Aquel terror pesaba sobre muchas cabezas. No sabía explicar aquella explosión, pero los muros eran altos y las puertas

eran sólidas; nunca veían el mundo exterior, mujeres o montañas, árboles en flor o una cara amiga; a veces el espíritu quedaba tan oprimido que estallaba en un salvaje arrebato de violencia. Aquello, pensaba, era lo que había ocurrido. Todos estaban arrepentidos.

—¿Qué hacéis todo el día aquí dentro? —preguntó Gladys, seriamente.

—¿Hacer? Aquí no hay nada que hacer.

—¿Ninguna ocupación de alguna clase?

—¡Ninguna!

—Sin embargo, los hombres deben trabajar, deben tener algo que hacer. Hablaré de ello al alcaide.

En aquel momento se dio cuenta de que el alcaide y su gente estaban detrás de ella. Hasta más tarde no supo que había una pequeña abertura hacia el final del túnel y que por ella lo habían oído todo. El ruido de la algarada se había extinguido, y habían pensado que ahora ya podían entrar sin riesgo y tomar parte oficial en el tratado de paz. El alcaide se inclinó ante Gladys.

—Lo ha hecho usted muy bien —dijo, agradecido—. Debemos darle las gracias.

—¡Es una pena! —dijo ella, amargamente—. Esos hombres están encerrados aquí día tras día, semana tras semana, sin hacer nada, ¡sin tener nada absolutamente que hacer!

—No la comprendo.

Su asombro rayaba en lo cómico.

Gladys, sin embargo, tenía la impresión de que el hombre estaba agradecido y decidió explotarlo en beneficio de su punto de vista.

—Es natural que haya algaradas si, año tras año, no tienen nada en que ocupar el tiempo. Tiene que encontrarles alguna ocupación.

El alcaide seguía completamente turbado.

—¿Ocupaciones? —repitió.

—Tienen que hacer algún trabajo. Tenemos que conseguir telares para que puedan tejer; tenemos que encontrarles cualquier clase de trabajo, de modo que puedan ganar un poco de dinero y comprarse comida; y cuando salgan se habrán dignificado un poco.

El alcaide asintió con la cabeza. Si estaba convencido o no, ya no habría podido decirlo.

—Lo discutiremos más adelante —dijo, amablemente.

—Les he prometido que no habrá represalias —advirtió ella.

El alcaide volvió a asentir con un movimiento de cabeza. Unos cuantos cadáveres raras veces provocaban una investigación oficial, ni constituían siquiera una traba al sistema penal chino.

—Mientras el hecho no se repita —dijo—, olvidaremos todo esto.

—Magnífico —dijo Gladys, y se volvió a Feng—: Ahora me marcho —dijo— pero volveré. Os prometo hacer todo lo que pueda para ayudaros.

Ella vio brillar los negros ojos de aquel sacerdote ladrón.

—Gracias —dijo él—. Gracias, *Ai-weh-deh*. En aquel tiempo ella no sabía lo que significaba la palabra *Ai-weh-deh*. Aquella noche se lo preguntó a Lu-Yung-Cheng cuando éste regresó del largo paseo que súbitamente había querido dar.

—¿*Ai-weh-deh*? —dijo, con curiosidad—. Significa la virtuosa.

Y fue conocida por *Ai-weh-deh* durante todos los años que permaneció en China.

## Capítulo VII

El episodio de la cárcel aumentó considerablemente el prestigio de Gladys en Yangcheng. Su nombramiento oficial de inspectora de pies le había conferido alguna importancia, pero sofocar un motín en la cárcel le había dado una dignidad de otra clase. Se dio cuenta de que los mercaderes que permanecían en las puertas de sus tiendas y hasta entonces habían ignorado su presencia, ahora le hacían amables reverencias a su paso. Sus dos soldados se mostraban tan satisfechos como si les hubieran aumentado la paga. Había ganado mucha «categoría».

Tampoco olvidó la promesa hecha a los presos. En el fondo, el alcaide era un hombre cortés y amable, y en los años que siguieron se hizo muy amigo de ella. Si el régimen de su cárcel era horrible, se debía a que todas las prisiones de China tenían un régimen espantoso. Y, aunque fuese sólo para evitar sucesivas algaradas, estaba dispuesto a escuchar las sugerencias de Gladys. Era imposible realizar una reforma en gran escala, porque en el prepuesto del *yamen* no había dinero para el mejoramiento de las prisiones. Gladys tampoco tenía dinero, pero se las ingenió para conseguir un par de telares viejos, que le dieron unos amigos del alcaide, y un suministro de hilo. Con ello obtuvo tela de algodón y enseñó a los presos a hacer las bandas que se llevaban en Shansi; también obtuvo una muela, de forma que pudiesen moler grano y ganarse con ello unos cuantos cash. Los visitaba con regularidad, casi todos los días cuando estaba en Yangcheng; les enseñaba higiene, y les leía relatos. Pensó para sí que eran los únicos feligreses que podía estar segura de encontrar siempre «en casa». Logró hacerse con algunos conejos domesticados, y los tuvieron en conejeras y sacaron crías. Pero quizá su mayor triunfo fue cuando un amigo de colegio del alcaide, un hombre de estudios de cierta reputación, visitó Yangcheng.

—Es cristiano —dijo el alcaide, dándose importancia—. Tal vez podría convencerle de que predicara en su misión.

—Excelente idea —respondió Gladys al punto—. Y le diré más, ¿por qué no llevamos a todos sus presos a escucharle?

—¿Quiere decir que saquemos a los, presos de la cárcel? —El alcaide estaba azorado—. ¡Es imposible!

—¿Y por qué es imposible? Algunos de ellos no han salido de aquel patio en diez años o más. Sería un gran acontecimiento para ellos. Y les haría bien.

—Pero, es que son presos...

—Podría llevarlos custodiados. Esto le gustaría a su amigo... si es un buen cristiano.

Desde el día en que Gladys sofocó el motín, de la cárcel, el alcaide la miraba con

cierra respeto. Al menos en aquella ocasión su religión había sido eficaz, mientras la de él había fracasado. A regañadientes, y después de insistir ella, consintió en que los presos salieran por aquella sola vez.

Gladys nunca olvidaría el domingo en que los reclusos asistieron al oficio. Atados con gruesas cadenas, desfilaron por la calle principal y cruzaron la Puerta Oriental. La gente se alineaba en las aceras para verlos pasar. Cruzada la puerta, con el mundo de la montaña y del viento alzándose y hundiéndose a su alrededor, la tropa se detuvo instintivamente y se quedaron mirando con un ansia hambrienta. Durante dos minutos los soldados que los custodiaban los dejaron permanecer así, murmurando entre ellos y mirando hacia la libertad. Después descendieron por la estrecha calleja hasta la Posada de las Ocho Venturas, cruzaron el patio y penetraron en el amplio vestíbulo del rondo, que había sido habilitado como sala misional.

Allí permanecieron sentados en el suelo, mientras el amable amigo del alcaide les dirigía la palabra durante tres largas horas. Acaso fue aquél el más dichoso servicio religioso practicado en la provincia de Shansi. Al final, a través de su portavoz, los reclusos dieron gravemente las gracias a Gladys por aquel privilegio, y, al son de sus cadenas, volvieron a la cárcel.

Fue también durante aquel segundo año de permanencia en Yangcheng cuando tuvo su primer y pequeño altercado con el mandarín. Acababa de regresar de una de sus inspecciones en la montaña, y bajaba por la calle principal repitiendo el discurso que se proponía endilgarle. Como él era el jefe, tenía que enterarse de algunas cosas y ponerles remedio. «Excelencia —le diría humildemente, pero con firmeza—, desearía discutir con usted sobre la condición de las mujeres». Haría una pausa, para dejar bien sentada la cuestión. «¿Es justo —proseguiría— que los hombres puedan pegar a sus mujeres? ¿Es justo que el marido tenga la facultad de vender a su mujer, y aún de matarla? Como su más leal y obediente servidora, tales hechos han llegado a mis oídos en mis viajes por los pueblos de las montañas. Respetuosamente, me atrevo a pedirle que me diga si intenta hacer algo sobre estas cuestiones. Ya sé que tiene un origen inmemorial, pero esto no las hace menos repelentes».

Interrumpió el curso de sus pensamientos al ver a una mujer sentada en la acera y con los pies en la calzada. Era una mujer morena basta, sucia. Pesados pendientes de plata colgaban de los lóbulos de sus orejas. En el pelo, agujas de jade y de plata. Llevaba también un collar de plata y muchas ajorcas. Sus pantalones bombachos se sujetaban al tobillo con brillantes bandas verdes. Esas bandas fueron las que primero llamaron la atención a Gladys aunque eran corrientes en la indumentaria del Shansi, nunca las había visto de aquel color. Al punto pensó que aquella mujer debía proceder de un pueblo que aún no había visitado, y se dirigió a ella con intención de obtener la respuesta a aquella pregunta. Al acercarse, observó que un niño se apoyaba en la rodilla de la mujer; una lastimosa piltrafa de niño, envuelto en un trozo de paño

sucio. Tenía las piernas como palos, el vientre hundido típico de la mala nutrición, y la cabeza y el cuerpo cubiertos de úlceras. Gladys se sintió horrorizada. Su condición hacía incluso imposible determinar su sexo. Las palabras amables se detuvieron en su garganta.

—Mujer, no tiene derecho a estar ahí sentada con un niño en estas condiciones —le dijo, severamente.

Los negros ojos de la mujer la miraron con insolencia.

—Cuídese de sus asuntos —respondió.

—Son mis asuntos —insistió Gladys, indignada, recordando su cargo oficial—. El sol le está dando demasiado tiempo en la cabeza y puede morir.

—¿Y qué le importa a usted si se muere o no? —se burló la mujer—. Si se muere, pronto tendré otro.

Gladys la miró fijamente. De sus palabras dedujo que la mujer no era la madre de la criatura. Recordó vagamente que había oído algo de gente así. ¿Traficantes de niños? Sí, esto era: gente que compraba y vendía niños. En las montañas de Shansi se los consideraba como demonios y sólo se hablaba de ellos en voz baja.

La frase siguiente de la mujer vino a confirmar su sospecha, pues le dijo, provocadora:

—¿Le gustaría? Puede tenerlo por dos dólares.

Gladys advirtió al punto que, teniendo en cuenta el precio corriente en el mercado, era barato. Una linda niña, apta para el matrimonio, costaría al menos noventa dólares; e incluso una niña pequeña costaría diez. Pero ¿quién podía querer aquella criatura débil y enfermiza?

—Yo no tengo dos dólares —replicó—. Está enfermo y lo más probable es que se muera, y ello me costaría otros dos dólares de entierro. Total, son cuatro dólares.

La mujer puso la cara larga. Sus ojos eran duros.

—Se lo daré por un dólar y medio.

—Tampoco tengo un dólar y medio, y, además, no quiero el niño.

Se alejó, seguida por las risotadas de la mujer. Ninguno de los que pasaban por la calle se había detenido a escuchar su conversación. Pero, mientras andaba en dirección al *yamen* sintió crecer en su interior la indignación, indignación que no se desvaneció aunque, como de costumbre, tuvo que esperar más de una hora antes de que el mandarín le concediera audiencia. Cuando sonó el gong y el soldado franqueó la enorme puerta, su impulso de contarle lo de la traficante de niños se había hecho irresistible. Sin embargo, sabía que no se puede protestar inmediatamente a un mandarín, por muy grave que sea la querrela. La cortesía era lo primero. Así, pues, hizo una profunda reverencia ante la imponente figura vestida de escarlata, obedeciendo al antiguo ritual que así lo imponía a los pequeños empleados cuando se dirigían al Alto y Poderoso.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. Y usted, ¿está bien?

—Sí, estoy bien. ¿Ya ha comido usted?

—Sí, ya he comido. Y usted, ¿ha comido?

—Sí, muchas gracias. ¿Siguen bien sus honorables parientes?

—Sí, mis viejos parientes siguen bien.

Esto se prolongó durante un minuto y después, terminados los cumplidos, ella le tendió la hoja de papel rojo que contenía su informe. Era un informe muy breve, porque en aquellos primeros tiempos, antes de que aprendiera a escribir en chino, tenía que valerse de alguien que le dibujara los caracteres. Sus informes desde luego, eran obras maestras de concisión. Éste rezaba:

«Gladys Ayward ha estado en Chowtsun. Gladys Ayward ha regresado de Chowtsun».

Los nombres del distrito o del pueblo podían variar con cada viaje, pero el informe era siempre el mismo. Todos los detalles de su trabajo los daba verbalmente. La boca del mandarín esbozó una sonrisa al tomar el papel. Al verle así, con su brillante atuendo escarlata, el cuello alto, el gorro rojo y las anchas mangas, ella necesitaba siempre algunos segundos para sobreponerse a un sentimiento de temor.

—¿Tiene algo que explicarme? —dijo él.

Gladys respondió:

—¿Qué hace usted con los traficantes de niños?

Las negras y finas cejas se elevaron ligeramente.

—No la comprendo.

—A pocas yardas de este *yamen* una mujer intentó venderme un niño por dos dólares. ¿Qué hacen ustedes acerca de esto?

Gladys tuvo la intuición de que su pregunta le molestaba. El hombre anduvo hasta el fondo de la estancia y volvió antes de responder:

—No hacemos nada.

—No lo comprendo —dijo Gladys—. ¡Es una cosa mala!

—Si realmente es una vendedora de niños, pertenece a una banda de gente malvada y temeraria. Si uno se cruza en su camino, son capaces de cometer horribles crímenes. Será mejor que lo olvide. Es una cosa que no le incumbe.

—Pero...

—Bueno, explíqueme lo que ha hecho en el distrito de Chowtsun.

Era una orden, y Gladys habló de las mujeres que había visto y de los discursos que había pronunciado. En ello empleó media hora. Cuando hubo terminado, el mandarín asintió con la cabeza. Tomó un pequeño martillo y golpeó el gong. Era la señal de que abrieran las puertas: la audiencia había terminado. Cuando ella se volvió para marcharse, él la detuvo con un gesto de la mano.

—Sobre esa traficante de niños... La ley dice que Ai-weh-deh erguirá la cabeza y pasará al otro lado de la calle. Y no repetirá mis palabras a nadie. Puede marcharse.

Las puertas se hablan abierto y Gladys se dirigió a ellas. Le había disgustado profundamente aquel hombre por quien sentía tanto respeto. Se volvió al llegar al umbral.

—Tengo que informarle —dijo— que no he venido a China sólo para observar sus leyes. He venido por amor a Jesucristo y obraré según los principios de Sus enseñanzas, sin importan me lo que usted diga.

Salió a tiempo, antes de que el sorprendida mandarín pudiera replicar. Meses más tarda cuando su intimidación era mucho mayor, él le recordó aquella entrevista y le confesó que su actitud había incrementado su amistad y su respeto. Fue la primera vez que, en el ejercicio de su cargo, alguien se había atrevido a discutir su autoridad de mandarín. Y, desde luego, había sido la primera vez en toda su vida que una mujer le hablaba en tales términos.

Gladys bajó a paso vivo por la calle principal. La mujer estaba todavía allí y, cuando vio, a Gladys, la llamó:

—¡Señora de buen corazón! Hela aquí de nuevo. Le venderé la criatura por un chelín.

Gladys se detuvo y la miró fijamente.

—No tengo un chelín.

—Entonces, ¿cuánto me daría?

—No tengo dinero, y, ¿qué haría con el niño?

—Pero lo quiere, ¿verdad?

Gladys comenzó a replicar a aquella observación, pero se interrumpió de pronto. Efectivamente, quería la criatura.

—¿Cuánto me daría usted? —preguntó la mujer, con tono lastimero.

Gladys hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta. Tenía alguna calderilla que en junto importaría unos nueve peniques. Sacó la mano.

—Le daré estos nueve peniques, pero ni uno más.

La mujer extendió la mano para coger el dinero.

—Es suya.

Se levantó y echó a correr calle abajo. Gladys miró la criatura. Su edad era indeterminada: pensó que tendría entre cuatro y seis años.

—Ven conmigo —le dijo.

La criatura no se movió. Parecía comprender poco. Gladys la cogió por el pescuezo, y se la llevó por la calle principal, cruzó la puerta y llegó hasta la posada. La niña, aterrorizada, fue a acurrucarse en el rincón más oscuro de la estancia. Gladys llamó al cocinero, Yang, para enseñarle lo que había traído a casa.

Él observó al semidesnudo renacuajo durante unos minutos en silencio.

—¡Buena cosa ha hecho! —exclamó—. ¿Para qué quiere una criatura así? No tardará en morir.

—Traiga un poco de comida —dijo Gladys—. ¡Pobrecilla! Parece medio muerta.

Yang fue a buscar una escudilla de mijo y la colocó en el suelo cerca del infante, que la contempló con ansia, la cogió de un salto y volvió a retirarse a su rincón, donde empezó a comer con los dedos.

—Esta criatura nos traerá disgustos —dijo Yang.

Gladys advirtió que, al menos, había dicho «nos», y esto le dio un poco más de confianza.

Durante tres semanas el infante reaccionó como un animalito salvaje. No dejaba que nadie lo tocara; mordía, arañaba y gritaba cuando alguien intentaba lavarlo, vestirlo o meterse con él de alguna forma; huía de la casa a la primera oportunidad y se negaba a entrar de nuevo, prefiriendo comer y dormir en un rincón del patio. Gladys desesperaba de poder convertirlo algún día en algo semejante a un ser humano. Era una niña, una pequeña salvaje de ojos negros, que todo lo odiaba.

Después de tres semanas de continuo esfuerzo, Gladys se dio por vencida. Comprendió que tendría que traspasar la niña a alguien mejor dotado que ella, por si podía hacer algo. Una tarde, al anochecer, volvía a la Posada, cuando pasó junto a una joven sentada a la puerta de su casa, que lloraba al hijo muerto que tenía en la falda.

Gladys se detuvo y la miró. Impulsivamente, le dijo:

—Yo tengo una niña que puedo darle a cambio. Nada conseguirá con llorar sobre un cadáver.

La mujer levantó los ojos llorosos.

—No la entiendo —murmuró.

—Déme su hijo muerto y yo lo enterraré.

El otro está en la Posada de las Ocho Venturas. Vaya a buscarlo.

La mujer no protestó cuando Gladys le arrancó el niño muerto de la falda. Con el niño en brazos, desanduvo el camino que había hecho. En Yangcheng los entierros de recién nacidos se hacen con poca ceremonia. Se busca un agujero en la falda de la montaña, se mete en él la criatura, se tapa la entrada con piedra y tierra, y la tarea ha terminado. A veces, en el profundo y seco foso que rodea la ciudad, podía verse a los perros husmeando un bulto; entonces se podía tener la seguridad de que alguna niña recién nacida había sido arrojada allí. Los niños eran tratados como pequeños dioses: pero nadie quería a las niñas.

Cuando Gladys regresó a la Posada, se encontró a la mujer que la esperaba en el patio. Yang, muy satisfecho, estaba junto a ella. La mujer tenía a Ninepence<sup>[5]</sup> —que éste era el apodo que le había dado Gladys— cogida de Da mano. La niña estaba transfigurada. Ahora tenía la cara y ropa limpia. Gladys la miró asombrada. La mujer

le sonrió. Hizo avanzar a la niña y puso su mano en la de Gladys.

—Aquí tiene a su niña —dijo—. La querrá siempre cuando sepa lo que ha hecho por ella.

Gladys se inclinó a mirar al pequeño renacuajo que tenía al lado. Ninepence estaba allí para quedarse.

\* \* \* \*

Aunque fue bautizada con el nombre chino de Mei-en-Gracia Hermosa, para Gladys siempre se llamó Ninepence. No supo de su pasado hasta muchos años después. Con el transcurso de los meses se fue convirtiendo en una hermosa niña, con todo el encanto y desfachatez de las niñas. Y gracias a Ninepence aumentó la familia. Una tarde llegó corriendo al patio, brillándole los negros ojos de emoción.

—¿Está lista la comida? —le preguntó a Gladys, que estaba en la galería.

—Casi, casi.

Solían tener preparada la comida de la noche al atardecer, para que estuviera dispuesta cuando llegaran los arrieros.

—¿Será una buena comida? —preguntó Ninepence, ansiosamente.

—Claro que será buena. ¿No lo es siempre? —Por lo general a Ninepence le importaba poco la comida—. Vamos, sigue jugando; ya te llamaré cuando esté lista.

Ninepence miró hacia arriba, gravemente.

—Si yo comiera un poco menos de la cena ¿comerías tú también un poco menos?

Gladys no tenía la menor idea de lo que se proponía.

—Sí, desde luego.

—Entonces, si ponemos los dos «menos» en un plato, habría para otra persona, ¿verdad?

—Ninepence —dijo Gladys, severamente—, ¿qué es lo que te propones?

—Es que —dijo Ninepence, frunciendo las cejas por el esfuerzo— ahí fuera, en el portal, hay un niño pequeño que no tiene ni un «menos» en su plato.

Gladys contempló a la chiquilla, plantada en mitad del gran patio, una figurita pequeña, uniformada de azul, con una cara muy grave.

—Ninepence —dijo—, si tú estás dispuesta a quedarte sin, yo también lo estoy. Ve a buscarlo.

Ninepence dio un grito y un muchachito harapiento de unos ocho años salió de debajo de la galería. Pestañeó al levantar la cabeza para mirar a Gladys. Iba envuelto en sucios harapos, como una copia en masculino de Ninepence di día en que ésta llegó. Ninepence lo había descubierto mendigando en la calle. Desde aquel día su apodo fue Less.

Era lo bastante mayor para contarle a Gladys su historia. Los bandidos habían saqueado su pueblo en Horbay. Habían matado a los hombres y se habían llevado a las mujeres. La madre de Less estaba embarazada. Sus dolores comenzaron durante la marcha forzada y los bandidos la abandonaron en un hoyo. Gladys no quiso pensar en lo que comprendería el muchacho de la agonía de su madre; el caso es que la vio morir y que, después de tirar en vano de sus vestidos, la dejó y se volvió al pueblo. Lo encontró en cenizas. Sólo cadáveres yacían entre las ruinas. Vagó entonces por las montañas, mendigó su alimento, se unió a los arrieros en sus viajes y vino a parar a Yangcheng. Allí, en la Posada de las Ocho Virtudes, se convirtió en el segundo hijo amado de Ai-weh-deh, la Virtuosa.

El tercero llegó durante la primavera del año siguiente. Habían salido a lavar la ropa en el primer chorro de agua tibia, pues al llegar la primavera toda la ciudad lavaba sus ropas entre las peñas de la orilla del río a unos centenares de yardas de la Puerta Oriental. Gladys sacudía concienzudamente las acolchadas prendas con un palo, esperando que los piojos no escaparían a todos sus golpes, cuando oyó que Ninepence y Less gritaban a su espalda, en la orilla. Se volvió a mirar; traían a un chiquillo de unos dos años cogido de las manos.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó Gladys—. Llevadlo inmediatamente con los suyos.

—¡Pero si no es de nadie! —replicó Ninepence—. Hemos mirado por todas partes, y por aquí no hay nadie.

Gladys los contempló.

—Entonces, tal vez habrá venido de la ciudad. De alguien tiene que ser.

—¿Podemos llevarlo a casa con nosotros? —preguntó Ninepence, esperanzada, y revelando ahora su verdadero interés.

—¡Qué! —exclamó Gladys, severamente—. ¡Esto es imposible! ¿Quieres que me denuncien al mandarín por raptora de niños? ¡Jamás oí nada semejante!

—Es que va perdido —insistió Less—. Hemos buscado por todas partes.

—Esperad hasta que acabe de lavar. Después buscaré a sus padres.

Pero no los encontré.

Así, pues, eran tres los chiquillos que tenía a su cuidado, Bao-Bao, un precioso montoncito de carne, se había unido a la familia. En los años siguientes, Gladys se convertiría en madre adoptiva oficial de otros dos, y era madre oficial de innumerables chiquillos. En 1936 cuando se desbordó el Río Amarillo y los refugiados acudieron a las montañas, trajeron con ellos un niño llamado Francis, que no era de nadie y a quien nadie quería. Len-Hsiang era una niña de ocho años, «procedente» de un caso legal en el tribunal del mandarín. La niña no tenía padres, y el mandarín pensó que era una buena idea hacerla ingresar en la familia de Gladys.

—¿Es que no tengo aún bastante niños? —dijo Gladys, un poco irritada.

—Usted es la persona más indicada para cuidarla —dijo el mandarín con aquella su enérgica suavidad oriental que no admitía réplica.

Fue el alcaide de la cárcel quien solventó el problema de su educación. Tenía tres niños y no había escuela en Yangcheng. Los niños recibían la instrucción en casa, si es que recibían alguna.

—Por consiguiente, ¡tenemos que abrir una escuela! —dijo el alcaide—. Si todos los padres hacen una donación para formar su salario, podemos traer un maestro de Luán.

Así comenzó la escuela, y fue cinco años después de su inauguración que Gladys supo la historia de Ninepence. Se había convertido en una niña muy bonita, y el hermano Less velaba por ella como una osa sobre su oseño. Fue él quien informó a Gladys de que, durante dos o tres días sucesivos, un nombre había esperado a Ninepence a la puerta de la escuela e intentado hablarle, e incluso cogerla del brazo en una ocasión. El chico estaba muy preocupado.

Gladys también se inquietó. Le dijo que el día siguiente se encontrarían a la puerta de la escuela y, si el hombre aparecía, Less podría señalarlo. El hombre se presentó, en efecto, y, aunque no intentó molestar a la niña estando Gladys presente, los contempló con aguda e insolente mirada. Gladys no sabía qué hacer; por consiguiente, como hacía siempre en tales ocasiones, se fue a ver a su amigo el mandarín.

—No serviría de nada detenerlo si no lo cogemos *infraganti* —dijo el mandarín, reflexivamente—. Pero destacaré un soldado junto a la puerta de la escuela todos los días, y si ese hombre intenta de nuevo coger a la muchacha, ella debe gritar y lo apesaremos.

El hombre, cómplice infeliz, cayó en la trampa el día siguiente. Al cruzar Ninepence la puerta de la escuela, la cogió del brazo y trató de arrastrarla tras él. Less, que venía detrás, se arrojó encima de él como un perro rabioso y le clavó los dientes en el brazo. El alboroto fue tremendo. Cuando acudió el soldado unos segundos después, tuvo no poco trabajo en hacer que Less soltara su presa. El hombre fue llevado a la cárcel. El mandarín inició una investigación el día siguiente y la interesante historia fue revelada. El hombre que había intentado raptar a Ninepence no era más que un agente de un tío malvado. Tan simple era el hombre que la única manera que se le había ocurrido de poder hablar con Ninepence fue llevándosela al salir de la escuela. Por lo visto, la madre de Ninepence había sido muy dichosa con su marido y su hijita. Pero el marido había muerto, y la suegra, que no quería una nieta, había hecho que madre e hija ingresaran en otra familia. Entonces había muerto también la madre de Ninepence, dejándola como una pequeña hembra no deseada en un hogar al que no la unía ningún lazo de sangre. Por tanto la habían despedido, y la niña había pasado por varias manos cuando la traficante de niños la había encontrado

en la calle principal de Yangcheng.

El hecho de que la «diabla extranjera» había comprado y cuidaba de Ninepence llegó rápidamente a oídos de la abuela, que tenía una hacienda en la montaña, en un pueblo distante muchas millas de Yangcheng. Sin embargo, no dieron ningún paso para recobrarla: ¿de qué podía servirle a nadie una niña? La filosofía china respecto a los niños de sexo femenino obedecía a una vieja tradición. El nacimiento de una niña era considerado como un desastre, y parientes y vecinos comentaban amargamente la desgracia. Odiada por todos excepto la desdichada madre, que de todos modos no tenía voz en el asunto, la pobre criatura era a menudo muerta a poco de nacer. Y si la dejaban vivir, lo haría como una esclava y mirarían de casarla lo antes posible. Tan pronto como se había prometido, se la consideraba como perteneciente a otra familia. Una niña suponía, pues, una pérdida de tiempo y de dinero porque, ¿quién brindaría amor y afecto a una criatura que pronto pertenecería a otro? Si una mujer no le daba un hijo a un hombre, pronto era sustituida por una segunda, una tercera, una cuarta que pudiera remediar el fallo. Cuando nacía un niño, ¡ah!, entonces era diferente. Un viejo poeta chino escribió ochocientos veinticinco años antes de Jesucristo:

*... Y se les darán cetros por juguete,  
y cuando lloren, ¡qué música en su llanto!  
Ellos harán el país grande y serán reyes  
y príncipes de la tierra...*

Incluso cuando los arrieros le hablaban a Gladys de sus familias, aquélla advirtió que las niñas no eran contadas como miembros de ellas. Un hombre podía tener dos hijas y cuatro hijos; pero si le preguntaban el número de su progenie, diría orgullosamente: «¡Tengo cuatro hijos!».

Si, por consiguiente, el malvado tío de Ninepence hubiese logrado eliminarla, es muy dudoso que Gladys hubiese conseguido obtener una reparación legal. Lo ocurrido era muy sencillo. Su abuela y su abuelo habían muerto, dejando una hacienda y dinero, con sólo dos presuntos herederos: el malvado tío y Ninepence. Resulta penoso considerar lo que le hubiese ocurrido a Ninepence de haber sido raptada, Pero ahora, que se había puesto en claro su propósito, se disponía incluso a impugnar los derechos de Gladys sobre la niña ante el tribunal del mandarín.

El mandarín informó a Gladys de la demanda presentada contra ella, después de oír las pruebas preliminares. Tendría que comparecer ante el Tribunal a defender sus derechos sobre Ninepence.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? No sé nada del procedimiento judicial chino — protestó.

El mandarín continuó impertérrito e inexpresivo.

—Antes de hablar, míreme —dijo, cortésmente—. Sólo dirá «Sí» o «No». Si yo muevo ligeramente la cabeza a un lado, dirá «no». Si asiento ligeramente, dirá «Sí». ¿Comprendido?

—Sí, lo comprendo. ¡Pero no puedo perder a Ninepence! Me pertenece. La quiero. He cuidado de ella todos estos años.

—No se la arrebatarán —dijo el mandarín, en voz baja—. Yo soy el juez en este asunto y puedo prometérselo. Pero todo debe hacerse en debida forma. Cuando la citen, debe acudir ante el tribunal y hacer lo que le he dicho.

Llegó el día del juicio. El mensajero del *yamen* le llevó el papel colorado, y Gladys se presentó ante el tribunal. Escuchó los prolijos informes legales de los abogados que representaban al malvado tío. Le hicieron muchas preguntas y, antes de contestar, observó atentamente los ligeros movimientos de cabeza del mandarín.

La vista duró quince días, y aún transcurrieron varios más antes de que el mandarín anunciase su meditada sentencia.

Ai-weh-deh fue designada curadora legal de Ninepence. Sus abuelos habían dejado tierras y dinero. Todo ello sería dividido, la mitad para Ai-weh-deh como curadora legal, y la mitad para el malvado tío; Ai-weh-deh podía elegir lo que más deseara: las tierras o el dinero. Ésta fue la sentencia y el malvado tío pareció conformarse. La tierra no tenía para Gladys ninguna utilidad, pero el dinero, que ascendía casi a doscientos dólares, representaba una pequeña fortuna.

Todo lo reservó para Ninepence. Una parte fue gastada en su educación, y el resto, guardado como dote para cuando se casara.

## Capítulo VIII

La amistad entre el mandarín de Yangcheng y la pequeña excamurada de Belgrave Square es probablemente una de las más curiosas en toda la historia de las relaciones entre Oriente y Occidente. Aunque ella hablaba su idioma con la misma facilidad que un nativo, transcurrieron años antes de que lograra penetrar en los recovecos de su mente. Era un hombre enigmático.

Desde su *yamen*, ejercía la autoridad civil casi del mismo modo en que se ejerciera en tiempos de Confucio. Sus ayudantes y consejeros ostentaban antiguos y honrosos títulos que definían su función en relación con los transportes, la sanidad, las vías de comunicación, el agua y los deberes domésticos.

Uno de los departamentos interiores estaba destinado a las mujeres. No eran esposas, ni siquiera concubinas, sino simples esclavas, jóvenes y adorables criaturas compradas con los fondos del *yamen* para los antiguos y honorables placeres del amor. Gladys no se impresionó al conocer el significado del departamento de las mujeres. Era una costumbre que databa de muchos siglos, y todo era muy digno. Las jóvenes estaban bajo la vigilancia de mujeres mayores, la mayoría de las cuales habían sido doncellas del *yamen*, y cuyas hijas seguirían prestando el mismo servicio. Eran muchachas alegres y simpáticas, que cantaban canciones tocaban instrumentos y aprendían a bailar. Gladys tenía muchas amigas entre ellas, y, a menudo, cuando iba a visitar al mandarín, pasaba al departamento de las mujeres para charlar y tomar té. Es casi seguro que al principio, para el mandarín de Yangcheng, Gladys Ayward era un ser tan extraño como si hubiese venido de la luna. Ante todo era una hembra, lo cual, a los ojos de un hombre, significaba que social e intelectualmente era menos que polvo. Sin embargo, al llegar a sus oídos las noticias de sus hazañas y al recibir, mes tras mes, el bombardeo de sus instancias, súplicas, consejos y casi amenazas, llegó a brillar como un nuevo planeta lanzado en su órbita. Y a medida que su relación aumentó, el mandarín de Yangcheng fue descubriendo, para su gran asombro, que no solamente era una excelente consejera, sino una amiga. Dado el promedio cultural de China desde tiempo inmemorial, era un hombre inteligente, pero su campo quedaba circunscrito a las contemplativas enseñanzas de una educación formal.

Gladys entró en su *yamen* trayendo consigo el viento de otros mundos. Para él era una mujer de mundo, y extranjera. Nunca olvidaría ella su primera y amable reprimenda, después de haberle lanzado un apasionado discurso de propaganda cristiana.

—Ai-weh-deh —le dijo, suavemente—, ustedes envían misioneros a nuestra tierra, cuya civilización es mucho más antigua que la suya.

Creen que somos una nación de incrédulos y bárbaros, ¿no es cierto?

Ella entornó los ojos y le dirigió una mirada escrutadora. Rápidamente se dio cuenta de que aquél intelectual combate sostenido en cortés y florido lenguaje era parte integrante de las relaciones sociales chinas, igual que las reuniones a la hora del té.

—De ningún modo —respondió.

El mandarín metió las finas manos en las amplias mangas de seda de su bata.

—Hemos producido un arte grande y una gran filosofía. El discurso del mandarín sobre China es más hermoso y descriptivo que cualquier otro en el mundo. Nuestros poetas ya cantaban cuando Bretaña era una rocosa avanzadilla al borde del mundo conocido, y América estaba solamente habitada por sus aborígenes de piel roja. Y, sin embargo, vienen ustedes a enseñarnos una nueva fe. Me parece muy extraño.

Ella no dejó de advertir la amable ironía de sus palabras, y, como de costumbre, se dispuso a discutir con él de buen grado. Sin embargo, hasta muchos años después no se dio cuenta de que asistía al final de una era china que había durado cuarenta siglos.

Con una sonrisa y un gesto amable que de antemano la absolvía de cualquier sentimiento de culpa que pudiera derivar de su pertenencia a una sociedad tan ruda y bárbara como la Occidental, él le explicaba su propia educación, y así conoció ella algunas de las interminables fatigas que tuvo que soportar antes de llegar a ser mandarín de Yangcheng.

Hijo de una familia bastante acomodada de una pequeña ciudad de la China Septentrional, había campado por sus respetos durante los siete primeros años de su vida. En los largos y ardientes veranos, con otros chicos, se había bañado en los ríos y los arroyos, chapoteando en las pozas, hecho volar la cometa en el cielo azul y cazado saltamontes y langostas. Había visto balancearse las linternas en las bodas y los entierros, y en las épocas de la recolección y de la trilla; había jugado al aro y apostado *cash* de cobre, imitando a sus mayores, y todos los años había esperado impaciente los catorce días de fiesta del Año Nuevo. Cuando tenía seis años, su padre había consultado a los astrólogos para saber el día más propicio para el comienzo de su vida escolar, y cuando el día quedó elegido, se acabaron las horas de su joven libertad. Una mañana, elegantemente vestido con una bata azul, una túnica roja, pantalón amarillo y gorro de marinero con borla escarlata, recién afeitada la cabeza y colgando a la espalda la lustrosa coleta, se presentó a su maestro. Después abrió su primer libro escolar. Era un libro de primer grado y hablaba del deber filial, de la naturaleza del hombre, de la necesidad de la educación. A causa de estar impreso el tal libro con tres caracteres en cada línea se le conoce por el *Clásico de los Tres Caracteres*, contiene quinientos caracteres distintos, todos los cuales deben aprenderse de memoria. Desde la salida hasta la puesta del sol, con intervalos para

comer, trabajaba con sus compañeros. Sólo las clases de escritura ofrecían intervalos a aquel prodigioso trabajo de memoria, y la lección consistía en copiar millares de caracteres diferentes sobre papel de arroz y con un pincel de cuatro pelos, repitiendo la copia centenares de veces hasta que los caracteres quedaban grabados indeleblemente en la memoria. En los viejos tiempos el estudio del *Clásico de los Tres Caracteres* era a lo más que llegaban en el camino de la educación millares de estudiantes chinos. Hace mil años fue introducido aquel libró como texto de primer grado, y desde entonces ha permanecido siempre Igual. El estudio de seis de tales libros constituye la educación de cualquier muchacho que pretendía seguir una carrera.

Y como sus padres eran moderadamente ricos y él deseaba sobresalir en la ciencia, que comprendía que podía lograr con paciencia y práctica, el mandarín había decidido proseguir sus estudios. La base de su cultura era Confucio. «Lo que Confucio enseña es verdadero; lo contrario a sus enseñanzas es falso; lo que no enseña es innecesario».

En todas sus discusiones sobre filosofía y ritual chinos aparecía un hecho que confundía a Gladys. ¿Por qué esos códigos tan elaborados de buen comportamiento social y esa fina antología del pensamiento puro de los grandes sabios de China transmitidos de generación en generación, no habían producido una sociedad propicia a los dioses? ¿Por qué, mientras se discutía, había en todas las provincias hombres celosos y ambiciosos que luchaban por el poder? ¿Por qué?, repetía ella, ¿por qué?

Él extendía sus largas y delicadas manos.

—El hombre de estudios y el soldado existen. Teorizando no los borraremos de la existencia. Sin embargo, esperamos que al fin, y con toda seguridad, el hombre perfecto...

Nunca se cansaba de explicar el concepto chino del «Hombre Eminente».

El segundo de los cuatro volúmenes clásicos trata de ese hombre modelo. El libro se llama *Hombre Verdadero*. Fue compilado por un nieto de Confucio, según su calendario, unos trescientos treinta y ocho años antes del nacimiento de su profeta cristiano.

—En este libro se describe el concepto del hombre perfecto, el hombre que en todas las circunstancias muestra un carácter noble que puede servir de modelo de virtud para las generaciones futuras. Él hombre perfecto nunca está satisfecho de si mismo. El que está satisfecho no es perfecto.

—A mí me parece —decía Gladys— que la única preocupación de Confucio y de sus demás sabios fue la de moldear la vida sobre la tierra. Nosotros, en Occidente, creemos en la vida ultraterrena. Creemos que el hombre tiene un alma a imagen de Dios que es eterna. ¿Estarían sus profetas dispuestos a morir por sus creencias?

El mandarín de Yangcheng cogió un pálido loto amarillo del vaso en que flotaba y

contempló el cerúleo aspecto de la corola.

—«Amo la vida y amo la justicia —citó en voz baja—. Pero si no puedo conservarlas las dos, antes daría la vida y me aferraría a la justicia. Aunque amo la vida, hay algo que amo más que la vida. Aunque odio la muerte, hay algo que odio más que la muerte.

»Esto lo escribió Mencio —añadió—, un maestro que vivió doscientos años después de Confucio. En grandeza de pensamiento sólo lo supera el mismo maestro. Creía que el hombre es bueno por naturaleza. “Todos los hombres son naturalmente virtuosos —escribe—, igual que el agua fluye hacia abajo; la maldad del mundo los contamina”».

El mandarín volvió a dejar el capullo de loto sobre el agua y delicadamente sacudió unas gotitas de las puntas de sus dedos.

—Es preciso estudiar esos grandes libros con diligencia y aprenderlos de memoria antes de entrar en la sala de exámenes —dijo—. Uno debe adquirir estilo literario y elegancia en la escritura; uno debe ser hábil en la poesía y extraordinariamente cuidadoso, pues una sola falta le hace perder un grado. Por último, antes del examen, se debe estudiar el Sagrado Edicto de K’ang-shi y aprenderlo de memoria al pie de la letra, Si se pasa este examen se obtiene el título de «Talento Cultural», pero, para grados más avanzados, existen cinco volúmenes más que hay que aprender de memoria y comprender los Cinco Clásicos, reconocido por el pueblo chino como las más nobles obras de la Humanidad desde el comienzo de los tiempos, a las que nada puede añadirse ni sustraerse nada.

—¿Y se pasan ustedes la mayor parte de su vida aprendiendo unos cuantos libros viejos? —observó Gladys.

—Tengo entendido que una gran parte de su religión se funda en un libro viejo —replicó el mandarín, amablemente—, pero es cierto que el estudio puede absorber toda una vida. Algunos no alcanzan el Grado Superior hasta los sesenta años y diez más.

—¿Y el mundo exterior? —preguntó Gladys—. ¿Qué me dice de la geografía, las ciencias, la literatura, la historia, las matemáticas, la filosofía de otros países?

El mandarín encogió delicadamente los hombros.

—Para el chino estudioso esas cosas no existen. Están fuera de los límites de nuestro conocimiento y son consideradas superfluas.

En todas sus conversaciones con el mandarín, Gladys nunca experimentaba ningún sentimiento de inferioridad, o insuficiencia. Tenía la impresión de que existía un equilibrio entre sus conocimientos prácticos y la clásica erudición de él.

## Capítulo IX

Para Gladys Ayward, aquellos primeros años en Yangcheng transcurrieron en paz y sin prisa. Sobraba tiempo para pensar, para dormir, para rezar. Los pandes acontecimientos estaban por venir: ella no los olvidó jamás.

Hubo un tiempo en que el Río Amarillo se desbordó, ahogando a centenares de personas, dejando a millares sin hogar, pasando a grandes riadas por Yangcheng, y de allí a Tsehchow, Chin Shui y las otras ciudades de la provincia. Hubo un tiempo en que el Río Amarillo, que formaba la frontera occidental de Shansi se heló, y las tropas comunistas procedentes de Yenan y la provincia de Shensi pasaron sobre el hielo. Fue un invierno muy riguroso, el más frío que recordaba la memoria de los vivos. Siempre se juzga el invierno por el número de chaquetas que uno tiene que ponerse, y aquél fue un Invierno de «tres-chaquetas», capaz de helar el té en la misma tetera. Hubo una lucha muy enconada por la posesión de la capital, T'ai Yuan, muy hacia el Norte, y las tropas comunistas se infiltraron en dirección Sur hasta Yangcheng. Los soldados de guarnición en la ciudad, que dependían del mandarín, decidieron en tal ocasión ir a la caza de bandidos lejos de aquélla, y regresaron, un poco cabizbajos, cuando hubieron pasado los tres días de ocupación comunista. El avance de los comunistas fue poco más que una operación de reconocimiento; no causaron ningún daño en la ciudad, aunque hicieron bastante en otras partes; no se les volvió a ver hasta que llegaron los japoneses.

En 1936, Gladys decidió naturalizarse china. No quería que nada la separara de la población y pensaba que era mejor ser una «china extranjera» que un «diablo extranjero». Con ayuda del mandarín, envió su documentación, realizó las formalidades del caso y se convirtió en ciudadana china. Aquello no produjo ninguna diferencia en su trabajo ni en sus relaciones con la gente de Yangcheng, pero le hizo sentirse más identificada con el ambiente.

Ocurrió un suceso triste. Su vieja amiga, la señora Smith, de la misión de Tsehchow, que iba a hacerle una visita, se puso enferma en el camino entre Tsehchow y Yangcheng. Los *culíes* encargados de su mula dudaron entre seguir a toda prisa hasta Yangcheng o regresar a Tsehchow, y al fin decidieron seguir adelante. La anciana señora deliraba al llegar y murió aquella misma noche sin recobrar el conocimiento. Gladys sintió mucho la pérdida de la señora Smith, que había sido para ella una buena amiga. Su muerte fue causa de que un año más tarde llegaran nuevos misioneros a Tsehchow, los Davies, y Gladys hizo él viaje desde Yangcheng para darles la bienvenida.

Jean Davies, una robusta moza escocesa de Pertshire, nunca olvidó la primera

impresión que Gladys le produjo: «... una cosita menuda y delgada con grandes y negros ojos que miraban fijamente —decía— y que hablaba en un dialecto de Shansi como si hubiera nacido en la región».

Y era verdad. Gladys no había aprendido simplemente el idioma, sino que se había asimilado como una piedra incrustada en una fruta. El idioma había crecido envolviéndola. Nunca lo escribió muy bien, pero hablaba, pensaba y soñaba en dialecto *shansi*; no había ya ninguna barrera de lenguaje entre ella y la gente con quien vivía.

La llegada de la familia Davies —marido, mujer y un hijo pequeño— que iba a vivir en una misión a sólo dos días de viaje de su residencia, era para Gladys una suerte. Se hicieron grandes amigos, unidos por el mismo interés y el mismo trabajo. David y Jean, cuando se hubieron establecido, empezaron también a vestir y a «vivir» en chino. David Davies era un galés de treinta y tres años, delgado y fuerte. Como Gladys, visitaba los más apartados pueblos para fundar en ellos comunidades cristianas; su parroquia, dentro de la cual aquéllas crecían aisladamente, abarcaba más de cinco mil millas cuadradas. En muchos de los pueblos apartados los campesinos no habían visto jamás un hombre blanco, ¡y no hablemos de una mujer blanca!

David Davies era un hombre valeroso y decidido. Vivía en China desde hacía muchos años y había tenido ya ocasión de demostrar su empuje. Nacido en una granja de Gales del Sur, había servido en las Reales Fuerzas Aéreas durante los últimos años de la guerra de 1914-1918; al terminar ésta volvió a Gales, a trabajar en los muelles de Cardiff, y allí pasó aquellos desdichados años del veintipico. Luego rasó a China, como empleado de la Aduana Internacional, y entonces le vino la idea de emprender una labor de misionero. Siempre había sido un hombre temeroso de Dios, pero fue la vista de la desesperada pobreza, de la ignorancia y de las necesidades del *culi* chino lo que le decidió. El puesto de Aduana en que estaba destinado se hallaba junto al río Yangtsé; el río se alimentaba en sus fuentes con las nieves del Himalaya, y su corriente tenía una fuerza tal que una lancha de veinte mil caballos no podría remontar su corriente más que a paso de tortuga. A través del puesto de Aduanas se realizaba un importante contrabando de armas: las tropas comunistas que dominaban los territorios al Norte del río estaban dispuestas a pagar grandes sumas por armas y municiones. Muchos de los compañeros de Davies —y los había de varias nacionalidades— hacían la vista gorda ante aquel tráfico. Pero David Davies tenía los ojos bien abiertos. No creía que fuese parte de su tarea el ayudar a los comunistas a conseguir armas. En una ocasión descubrió un importante alijo de rifles y ametralladoras en un barco que se dirigía río arriba. Confiscó la carga y la entregó a las autoridades internacionales. Desde aquella fecha los comunistas, que tenían espías en todas partes, lo miraron con malos ojos.

Lo capturaron con absoluta desfachatez durante la visita de una cañonera británica, tres días antes de que expirara el plazo de servicio de David como agente de aduana. El comandante del barco estaba comiendo con él en su *bungalow* aquella noche, cuando las tropas comunistas bajaron rápidamente por las laderas de los montes a ambos lados del río y enfilaron su artillería y ametralladoras. Ordenaron al comandante naval que volviera a su barco, inmovilizado ahora por los cañones que lo apuntaban. A David Davies lo llevaron a una casa de la montaña y, sencillamente y a estilo oriental, le informaron de que sería ejecutado por la mañana. Al amanecer del día siguiente, sacaron un chino al que también habían hecho prisionero y le cortaron la cabeza en el prado, sin duda para convencer a David Davies de que nada podía esperar. Casi en el mismo instante, un buque mercante británico, con defensas de sacos terreros y piezas de artillería emplazadas en todas partes —y que había sido llamado por radio la noche anterior desde la cañonera— llegó remontando la corriente, de aquella forma, caballescica e intimidatoria que sin duda es inherente a la actuación de la Real Armada. La artillería emplazada alrededor de la casa en que David Davies estaba prisionero abrió fuego al punto, levantando surtidores de agua junto al cuque mercante. Pero su fuego reveló el emplazamiento de la artillería, y el mercante respondió con todo su armamento, con lo cual los impasibles orientales empezaron a agitarse al ver que los árboles y arbustos, y cuerpos humanos y trozos de la casa, empezaban a volar por los aires a su alrededor. El comandante de la cañonera eligió aquel momento psicológico para echar el ancla, y sus obuses del 4,7 empezaron a caer en el jardín frente a la casa, para mayor estrago de los artilleros comunistas. Durante aquella confusión, David Davies pensó que su presencia no era realmente necesaria e hizo rápido mutis por la puerta trasera. Nadie advirtió su fuga, y pronto hubo subido la ladera de la montaña y se halló en campo libre en menos que canta un gallo. Cuando tres días más tarde volvió a la civilización, mucho más abajo del lío, se enteró de que varios marineros habían sido muertos o heridos durante aquella acción, pero que ambas embarcaciones habían logrado escapar río abajo. Expirado su tiempo de servicio en la Aduana Internacional, regresó a Inglaterra.

A su regreso a China, su vida de misionero comenzó bajo los mismos peligrosos y teatrales auspicios. Al revés de Gladys, que había empleado un mes en ir de Tientsin a Shansi y había hecho la mayor parte del viaje en mula, la familia Davies llegó en tren hasta Pao Ai Hornan, una ciudad al Sur del Río Amarillo, y después siguió hacia el Norte en literas llevadas por mulas, cruzando las montañas hasta Tsehchow. Suponían que el equipaje venía detrás, y, al ver que no llegaba, David Davies volvió al Río Amarillo a averiguar lo que pasaba. No ocurría nada que no pudiera remediarse con un poco de ejercicio. Con la ayuda de un par de muleros cargó su equipaje en una caravana y emprendió el viaje de regreso. En un paraje solitario de toda la montaña, una docena de bandidos salieron de detrás de las rocas, y David

Davies pasó por la turbadora experiencia: de ver un revólver «Máuser» alemán apuntando precisamente a su estómago. En su maleta los bandidos encontraron una navaja de afeitar y la emplearon para abrir los otros bultos. Una vez cargado el botín en sus caballos, comenzó entre ellos una discusión sobre el futuro de David Davies. Algunos de los bandidos pensaban que su captura les daba la magnífica oportunidad de pedir un rescate; otros insistían en que era mejor destruir las pruebas..., matarlo y arrojarlo a un barranco. Pero en definitiva, después de un poco más de discusión, un hombre que parecía ser el jefe se volvió a él y le gritó: «¡Vete!», con lo cual David, agradecido, se largó lo más de prisa que pudo. Desde una elevación cercana los vio marchar con todos los bienes que había logrado acumular lentamente para ir a China; pero al menos su esposa todavía no se había quedado viuda.

Pasaron los años. A veces, Gladys pasaba meses sin ver a los Davies, pues el viaje desde Yangcheng era largo, y su trabajo la llevaba a menudo a las regiones más apartadas.

Los arrieros que traían noticias y rumores no eran expertos en asuntos políticos. Sólo cuando las caravanas que pasaban en dirección Sur comenzaron a mencionar que la gente de Luán temía un ataque japonés, supieron los de Yangcheng que los japoneses habían invadido el Norte de Shansi. Pero incluso cuando llegaron noticias de batallas libradas en el Norte, nadie pudo creer que también ellos se verían afectados. Y por esto, en aquella mañana de primavera de 1938, cuando los pequeños aviones de plata llegaron zumbando sobre las montañas, todos salieron para mirarlos, pues la mayoría no habían visto nunca un aeroplano y éstos parecían muy bonitos, como si bajaran del sol.

Gladys no salió de la posada porque en aquel momento estaba arrodillada rezando en una de las habitaciones superiores, con el cocinero y cuatro conversos. No oyó los aeroplanos hasta el último minuto, y entonces todo el mundo pareció transformarse en un caos confuso de estampidos, sacudidas y ruinas. La gente, en las canes de Yangcheng, agitaban todavía las manos saludando, cuando los puntiagudos cilindros de metal empezaron a desprenderse del vientre de los aparatos y a caer en la ciudad. Entonces las aclamaciones se convirtieron en gritos de dolor y de pánico cuando los cascotes y la metralla empezaron a hacer estragos entre ellos. Los aviones subían y bajaban, muy lentamente, sobrevolaban el valle y volvían atrás. Casi era imposible fallar el blanco. Una bomba, sin embargo, falló el suyo, pues cayó fuera de las murallas de la ciudad y fue a dar en un ángulo de la «Posada de las Ocho Venturas». Nueve personas que se encontraban en la calle quedaron muertas en el acto. En el cuarto del piso superior, donde Gladys, Yang y los otros cuatro estaban rezando, el suelo cedió de pronto y todos cayeron entre un montón de maderos, tejas, polvo y argamasa, quedando enterrados bajo los escombros en la habitación de abajo.

Gladys no recordaba haber perdido el conocimiento; recordaba sólo que había

oído débiles voces y que poco a poco fue dándose cuenta de que estaba tendida boca abajo con un gran peso sobre la espalda. No sentía ningún dolor, pero le costaba respirar. Podía oír voces cercanas que decían; «¡Roguemos al Señor! ¡Reguemos al Señor!», y pensó rápidamente; «Ahora no hay tiempo para rogar al Señor. ¿Por qué no hacen algo para sacarme de aquí? ¿Por qué no me sacan?».

Entonces oyó una voz que reconoció vagamente y que decía:

—¡Están ahí! ¡Yo sé que están ahí! ¡Debajo de los escombros!

Le pareció que pasaban horas antes de que apartaran los escombros. Al final llegaron hasta ella. Una pesada viga la tenía sujeta contra el suelo; no se había matado por milagro. Se sentía magullada y enferma, pero se sacudió el polvo y ayudó a sacar al cocinero y a los otros. Yang no se mostró muy cristiano en el lenguaje ni en el comportamiento. Empleó palabras que Gladys desconocía que existieran en el dialecto de Shansi. Las mujeres estaban aterrorizadas. Todas habían sufrido cortes o contusiones, pero ninguna estaba gravemente herida. Los aeroplanos se habían marchado, pero ahora reinaba el pánico y la confusión en todas partes.

Un hombre llegó cojeando.

—En la ciudad es horrible —dijo—. Todo está en ruinas; todos están muertos; es horrible, ¡horrible!

—Tenemos que ir a ver si podemos hacer algo —dijo Gladys, tristemente—. Y ahora deje de lamentarse y échenos una mano.

En su cuarto guardaba un botiquín. Contenía una botella grande de Lysol (rota), un frasco de permanganato potásico cristalizado, un bote de ácido bórico, y algodón hidrófilo, mucho algodón hidrófilo. Rápidamente rasgó las dos las sábanas para convertirlas en vendas, y salió en dirección a la Puerta Oriental.

No estaba preparada para el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Las murallas y la puerta y estaban intactas, pero el centro de la ciudad aparecía del todo pulverizado. Muertos y moribundos, heridos y conmocionados, yacían por todas partes, pues las calles habían estado repletas de gente. La calle principal estaba llena de cascotes, bajo los cuales yacían los cuerpos medio enterrados; los que estaban aprisionados gritaban pidiendo auxilio. Durante dos segundos permaneció inmóvil en la puerta, acobardada momentáneamente ante la tarea que tenía delante. ¿Qué podía hacer con sus ridículas vendas y su botella de permanganato? Pero la indecisión sólo duró un segundo, dando paso a una súbita resolución. Se volvió, autoritaria, al grupo de curiosos que charlaban en la puerta.

—Les necesito a todos —dijo, agriamente, y los hombres la miraron sorprendidos y después la siguieron obedientes—. Manos a la obra. Todos tienen que ayudar. Ustedes dos levanten aquellos escombros; alguien está enterrado allí. Ustedes tres vayan a buscar jarras de agua, de agua caliente. Ustedes: uno, dos, tres, cuatro, cinco..., abrirán un camino en la calle principal. Llevarán fuera de la ciudad a todos

los muertos. ¿Comprendido? Bueno, empecemos a trabajar.

En aquella confusión de cascotes, ruina y dolor, Ai-weh-deh logró implantar un poco de orden en los primeros auxilios. Una mujer yacía a pocos pasos de ella, manándole sangre la cabeza. La miró con ojos angustiados. Gladys se arrodilló a su lado, colocó una buena compresa de algodón sobre la herida y la sujetó con un trozo de venda. La herida no era grave.

—Ya está, querida. Ahora siga echada unos minutos hasta que se sienta mejor, y después se levántese y váyase a casa. ¿Comprende?

La mujer asintió, agradecida. El terror desapareció de sus ojos.

—Sí —dijo, débilmente, y en su voz vibró una clara nota de alivio.

—¿Dónde vive?

—Fuera de las murallas, en la calle de los Tres Cisnes.

—¿Cree que podría llegar hasta allí si alguien la ayudara?

—Lo intentaré.

Gladys llamó a uno de los hombres que quitaban escombros.

—Escuche —dijo—, dentro de un par de minutos esa mujer estará en condiciones de andar. La acompañará a su casa, en la calle de los Tres Cisnes. Si no puede andar, llévela a cuestas. Acomódela en su casa y vuelva aquí; hay más trabajo para hacer, ¿entiende?

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, Ai-weh-deh —dijo, obediente.

Ayudó a la mujer a levantarse, ésta sé cogió a su cuello, y echaron a andar. Gladys prosiguió su trabajo.

Los dos primeros hombres habían desenterrado a una tendera de debajo de los escombros de la primera casa. La llamaron. A Gladys le bastó una mirada para comprender que estaba muerta.

—Llévenla fuera de las murallas. Después vuelvan y sigan trabajando.

En una distancia de diez yardas vendó las heridas de doce personas. Le habían traído un cubo de agua caliente y disolvió en ella unos cuantos cristales de su preciosa botella de permanganato, empleándolo como antiséptico.

—Ustedes tres, métanse en ese agujero. Seguro que hay alguien; ¿no oyen sus voces? Y ustedes registren aquel edificio y asegúrense de que no hay nadie dentro, un viejo estaba sentado en la escalera del y amen, con la cabeza-entre las manos. Estaba cubierto de polvo, pero no parecía herido, Al trepar Gladys sobre los escombros, levantó la cabeza y la miró con ojos opacos.

—Así, pues, Dios aún vive —gruñó—. Todavía está usted aquí.

—Yo no soy Dios, y a Él no pueden matarlo —replicó Gladys—. ¿Y qué hace ahí sentado, buen anciano, cuando hay tanto quehacer?

—He estado trabajando —dijo él, cansadamente—, y ellos aún siguen haciéndolo

ahí.

Gladys miró en la dirección señalada. En la esquina, entre los cascotes, vio a su viejo amigo, el alcaide de la cárcel. Fue a su encuentro. Estaba sucio y aturdido.

—¿Ai-weh-deh? —dijo con voz fatigada—. Ya sabía yo que si no había muerto estaría metida en el jaleo.

Se pasó una manga por la frente, dejando una mancha de polvo.

—¿Tiene gente que le ayude? —preguntó Gladys.

—Todos los presos —respondió el alcaide—. Se están portando muy bien.

Mientras hablaba, Feng, el sacerdote budista, apareció en la esquina llevando un hombre cargado a la espalda. Sonrió al pasar junto a Gladys con su carga.

—A los heridos los llevamos al *yanten* —explicó el alcaide, desalentado—. ¡Hay tantos! ¿Cuánto tiempo podremos continuar así?

—Hasta que el trabajo esté terminado —afirmó Gladys, impaciente—. Pero tenemos que organizar un poco nuestra labor, enterrar a los muertos y limpiar la ciudad. ¿Dónde está el mandarín?

—En el *yanten*, ayudando.

—Vayamos a hablarle.

Pasaron por encima de los escombros y encontraron al mandarín, vistiendo aún su túnica escarlata, hablando con un grupo de atribulados funcionarios. Al ver a Gladys, despidió a los otros y se sentó para hablar con ella. Todo lo que ella le dijo le pareció bien. Media hora más tarde funcionaba un «comité de auxilio». Lo constituían el mandarín, el alcaide de la cárcel, Gladys y Lu Tchen, un pequeño mercader muy avisado. Llenos de polvo, sudor y sangre, se sentaron alrededor de una mesa para trazar los planes de socorro de la ciudad. Para ello carecían de experiencia; ningún desastre de la historia podía compararse con éste. Hacía muchos siglos los hombres de Yangcheng habían construido sus murallas a conciencia. Habían levantado la parte exterior con grandes piedras cuadradas, cuidadosamente ajustadas entre sí, y construido detrás de ella un segundo muro, llenando el hueco entre los dos con una masa sólida de granito, con lo cual quedó tan ancha y sólida que un caballo con su carro podía circular por lo alto. Si los cañones llegaban a las montañas, era lo bastante gruesa para resistir el fuego, y desde luego era totalmente inexpugnable por medio de flechas, lanzas y proyectiles lanzados con catapulta. Pero la muerte que caía de los cielos... ésta era evidentemente enviada por Dios, y contra ella no había defensa posible.

—Tenemos que emplear a los arrieros —dijo Gladys—. Debemos detenerlos en las puertas de la ciudad, decirles que guarden sus bestias donde puedan fuera de la ciudad, y hacer que nos ayuden a quitar los escombros. Todavía hay gente con vida debajo de las ruinas. Debemos rescatarlos y despejar la calle principal.

—Hay cientos de personas sin hogar y muchos heridos —dijo el alcaide con

desaliento.

—El templo de Lang Quai y el de los budistas en el centro de la ciudad no han sufrido daño —dijo el mandarín—. En uno pueden alojarse los que han quedado sin hogar; en el otro podemos poner los heridos.

—Debemos reunir todos los comestibles, disponer una cocina comunal, y que los cocineros preparen la comida —dijo Gladys.

—Los comerciantes darán alimentos y vestidos a los hambrientos y sin hogar —añadió Lu Tchen.

—Las mujeres deben ser reclutadas para cuidar a los heridos —prosiguió Gladys—, aunque temo que muchos de ellos morirán. Todo esto debemos anunciarlo por medio del pregonero. También dirá a los que tengan parientes en el campo que salgan de la ciudad y vayan a vivir con ellos.

—Yo cuidaré de que los arrieros y mis presos despejen la calle principal desde la Puerta Oriental a la Occidental —dijo el alcaide—. Si no lo hacemos así las caravanas de mulas se detendrán a uno y otro lado de la ciudad.

El mandarín movió la cabeza en señal de asentimiento, pero aún pareció preocupado.

—Tengo otras malas noticias —dijo—. He recibido informes de que los japoneses han conquistado Luán y avanzan sobre Tsehchow. Es casi seguro que desde Tsehchow marchen sobre Yangcheng. Y tengo entendido que son bastante despiadados.

—Bueno, aún nos quedan unos días antes de que lleguen —dijo Gladys, rápidamente—. No tenemos que perder más tiempo.

## Capítulo X

Los japoneses entraron en una ciudad desierta, pues la fama de su crueldad les había precedido. Incluso en Yangcheng las noticias de sus bombardeos y sus brutalidades fueron la comidilla del día. Y la gente desfiló hacia los pueblos apartados y las cuevas de la montaña, llevándose con ellos cuanto pudieron. El alcaide de la cárcel y sus guardias encadenaron a sus presos y los condujeron a un pueblo solitario de la montaña; el mandarín, sus esposas y su familia se trasladaron a una pequeña aldea cercana, y Gladys, con su pequeña comunidad cristiana de unas cuarenta personas, salió para Bei Chai Chuang, diminuto pueblo amurallado de ocho casas, que se hallaba a varias millas al Sur de la montaña que flanqueaba la ruta de las caravanas.

Bei Chai Chuang se levantaba junto a un alto picacho, como un nido de golondrinas en un alero de un tejado. Ningún camino conducía allí y el terreno rocoso que había que cruzar para llegar al pueblo no formaba ningún sendero entre las montañas. En las hoyas y grietas resguardadas del viento, la gente del pueblo cultivaba mijo y maíz, algodón y lino, criaban gallinas y cerdos, vacas y corderos, y en la estación adecuada hallábanse perdices y faisanes en los montes. Vivían frugal y sencillamente. Jamás un soldado japonés descubrió Bei Chai Chuang y vivió para contarlo. En realidad, ningún soldado japonés se apartó nunca del grueso de sus fuerzas en la montaña durante aquella guerra cruel, pues cada campesino era un guerrillero y ninguno sentía compasión por los que consideraban invasores de su país.

Gladys tenía muchos y viejos amigos en el pueblo. Siempre era bien recibida en él, y, en aquella ocasión, los granjeros, a pesar de las muchas bocas que había que alimentar, se mostraron hospitalarios y escucharon con horror los relatos del bombardeo. Llevaban en Bei Chai Chuang más de una semana cuando llegaron las noticias de que los japoneses habían dejado la ciudad atrás y habían desaparecido ruta adelante.

Gladys decidió ir a recoger algunas cosas. Había alejado las escrituras de la casa y varios pases y documentos enterrados en el patio, dentro de una caja. Pensándolo bien, creyó que en Bei Chai Chuang estarían más seguros que en Yangcheng.

Tardó varias horas en llegar a Yangcheng y se acercó tomando precauciones. Próxima ya a la ciudad, advirtió que la Puerta Occidental estaba cerrada; rodeó la muralla pasando por una estrecha cornisa de la roca que caía hasta el valle, del lado de la duda d en que estaba el *yanten*, y así llegó a la Puerta Oriental. Las casas de extramuros estaban completamente abandonadas; sobre toda la ciudad parecía suspendido un aire de fantástico silencio. Caía la tarde y las sombras se alargaban

cuando por el estrecho sendero se dirigió a la «Posada de las Ocho Venturas». El letrero todavía chirriaba al viento, pero necesitaba una nueva mano de pintura. Gladys recorrió las habitaciones; todo estaba tal como lo había dejado; la esquina en que había caído la bomba parecía bostezar de cara al cielo. Cogió un palo y empezó a remover la tierra en un rincón del patio, en busca de la caja. Casi la había desenterrado cuando sintió, más que oyó, cierto movimiento en la entrada del patio. Se volvió, alarmada. En el portal, con su sucia túnica, sus calzones y su gorro negro y redondo, estaba el aguador. Ella lo conocía bien. Era un viejo de barbilla de chivo y delgado y enjuto semblante. No le gustaba aquel nombre; sabía que era ladrón y le consideraba un tipo ruin. Se preguntó si habría permanecido allí durante la breve ocupación japonesa; no le habría extrañado mucho, pues aquello le habría dado una buena oportunidad para el pillaje.

—¿Cuándo se marcha usted? —preguntó él, con vocecilla destemplada.

Ella frunció las cejas.

—¿Por qué tengo que marcharme? Ésta es mi casa. Dormiré aquí con una de mis vecinas.

—No hay ningún vecino. Todos los que han vuelto están en la ciudad, y las puertas están cerradas. No podrá entrar.

—¿Y qué importa? Dormiré aquí.

Le molestaba su actitud. ¿Qué le importaba a él dónde fuera y lo que hiciese? Apartó un poco más de tierra y sacó del agujero la caja de los documentos. Abrió la tapa y examinó el contenido, preguntándose si valía la pena conservar aquellos trozos de papel. Comenzada la guerra, nada tendría ya mucho valor.

—Los japoneses vuelven —dijo el aguador, cloqueando como una gallina vieja.

Gladys lo miró irnos instantes fijamente, sin hablar.

—¿Trata de asustarme? —dijo, fríamente—Porque no lo conseguirá.

—Ya están en la Puerta Occidental —dijo él, con una risotada.

—Entonces, ¿por qué no se ha marchado? —replicó Gladys.

—A mí no me harán nada. No perderán el tiempo con un viejo. ¡Y le aseguro que están ya en la Puerta Occidental!

—¡Tonterías! —comenzó Gladys.

Y como si aquella palabra hubiese sido la señal para comenzar el ruido, en aquel preciso instante se oyó una terrible explosión al otro extremo de la ciudad. Fue algo tan imprevisto que ella dejó caer la caja y echó a correr. Cruzó la puerta del patio y, mientras corrían, una sucesión de nuevas explosiones pareció poner alas a sus pies. Subió por el camino hasta la Puerta Oriental. Estaba cerrada y atrancada. Era inútil seguir el camino hacia el Este; conducía a Tsehchow, que debía estar en manos del enemigo. Bei Chai Chuang caía hacia el Sudoeste. Tenía que rodear de nuevo la muralla y seguir aquella dirección. No perdió más tiempo, sino que anduvo sobre la

peña a la sombra de la muralla. El fuego proseguía. Estaba anocheciendo y, al dar la vuelta al último contrafuerte, se detuvo en seco.

En la Puerta Occidental se desarrollaba una batalla. Ante ella unos cincuenta soldados japoneses, en su uniforme caqui, agazapados detrás de las rocas o en campo abierto, disparaban contra la parte alta de la muralla, encima de la puerta. En lo alto pudo ver soldados nacionalistas chinos que respondían al fuego y que, de vez en cuando, lanzaban granadas de mano que estallaban con gran estruendo. Gladys sintió como si una mano helada brotara de su estómago y le atenazara el corazón. Entre ella y el lugar del combate se extendía el pequeño cementerio donde poco tiempo antes habían enterrado los muertos por el bombardeo. Se deslizó rápidamente en busca del refugio de las lápidas y montículos. Se acurrucó allí, pensando que, entre todos los escondrijos, un cementerio era el que debía ofrecer menos sospechas. «¡Pero yo todavía no estoy muerta» se dijo para sí, con determinación! Pe algún modo tenía que cruzar el campo de batalla y seguir el camino de mulas hacia el Oeste. Si esperaba hasta que fuese noche cerrada no podría ver nada, y sospechaba que el grueso del ejército japonés no debía andar muy lejos de aquella patrulla. A lo mejor elegirían aquel pequeño cementerio para vivaquear durante la noche. Ésta era una idea inquietante. Era más fácil deslizarse entre aquella patrulla avanzada que entre el grueso de las tropas. La primera estaba demasiado ocupada con los chinos para que le prestaran mucha atención. Aquí podía estar la solución. Si pasaba sin hacer ruido por detrás de ellos, acaso ni siquiera la verían. Lo malo era que tenía que acercarse mucho, pues la escarpada ladera de una montaña le impedía dirigirse hacia la derecha.

Al otro lado del camino había un pequeño campo de trigo verde de casi dos pies de alto. Gladys tenía la impresión de que, si lograba refugiarse en él estaría a salvo. Se puso en pie, aspiró aire y echó a andar rápidamente. Se deslizó detrás de las filas de soldados japoneses, decidida a emprender carrera si uno le salía al paso o aparecía detrás de un montículo. Cerca ya de su objetivo, no pudo contenerse más y echó a correr como loca, cayendo de cabeza en el campo de trigo. Después se alejó a rastras, sin sentir las piedras que le lastimaban las manos. Llegó a la ladera del monte al otro lado del campo y, oculta a la vista, anduvo hasta llegar de nuevo al camino principal que se dirigía hacia el Oeste. El camino descendía hasta estrecharse y convertirse en una escarpada garganta, a una milla de la ciudad, que cruzaba durante un trecho entre los montes. Ambos lados estaban cortados a pico. En la mala estación un torrente se deslizaba por el lecho rocoso, pero en el buen tiempo —como ahora— aquel lecho se empleaba como camino y no solía usarse el sendero que corría por lo alto de las rocas. «Supongamos —pensó ella, con súbito pánico— que me tropiezo con otra partida de japoneses en esa garganta. Estaría perdida. ¿Qué camino tomarán? ¿El lecho del torrente o el sendero alto?».

Permaneció allí plantada hasta que pasó el acceso de pánico. Ahora ya no tenía miedo; sabía que necesitaba ayuda. «Tendrás que ayudarme, Señor», dijo en voz alta. Después cerró los ojos y empezó a dar vueltas en un pequeño círculo, mientras decía: «Tomaré el camino que; encuentre frente a mí al detenerme. ¿Me oyes, Señor? El camino que tenga delante cuando deje de girar..., por él iré». Siguió girando hasta que empezó a vacilar, y se detuvo. Estaba justo frente al arranque del camino alto, excavado en la ladera de la garganta. Comenzó a trepar apresuradamente. Ahora las largas sombras del ocaso llenaban ya el cañón, dándole un aspecto gélido y fantasmal.

Había andado tal vez media milla, casi la mitad del camino, allí donde la garganta torcía bruscamente hacia la izquierda, cuando oyó unos ruidos inconfundibles a su frente y más abajo. Era el ruido de un ejército en marcha: el ruido de ruedas y pies y herraduras sobre la roca. Se tendió boca abajo y observó por el borde del cañón. Una sensación de inmensa alivio por haber elegido el buen camino la invadió de pronto. ¡Parte del ejército imperial del Japón desfilaba allá abajo! Era una larga columna de soldados que remontaba lentamente el lecho del torrente. Pasaban a cincuenta pies debajo de ella y los contó. Unos quinientos hombres formaban el batallón, y llevaban mulos de carga y artillería ligera. Sospechó que los cañones pronto apuntarían a las puertas de Yangcheng, y se preguntó qué ocurriría cuando aquellas puertas cayesen derribadas. Aquel pensamiento la llenó de angustia. Los soldados siguieron su camino entre las sombras de la garganta y Gladys dejó que se perdieran de vista antes de ponerse en pie y seguir adelante.

Casi sin aliento llegó al lugar donde el sendero alto se unía al lecho del torrente, cruzó éste y tomó el camino que remontaba la ladera. ¡Cuando llegó a la cima su corazón latía fuertemente! Era casi noche cerrada; las estrellas comenzaban a brillar sobre los picos. Sintió en ría cara el fresco soplo de la brisa y el alivio que sentía por haber escapado al enemigo en La garganta la hizo reír. Siguió la cima en dilección a Bei Chai Chuang y se dio cuenta de que no sabría encontrarlo de noche; además, el flecho de dormir en la montaña no la preocupaba.

A la mañana siguiente contó a los del pueblo lo que había ocurrido en Yangcheng. Muchos tenían parientes a los que consideraban lo bastante imprudentes para haber vuelto a la ciudad, y se angustiaron. Pero nada podían hacer. Los hombres de Bei Chai Chuang hicieron reconocimientos diarios en la dirección de Yangcheng, y el quinto día volvieron con huellas noticias. Las puertas estaban abiertas: el pregonero, en los caminos exteriores de la ciudad, batía el gong y gritaba: «Se ruega a todos los ciudadanos que regresen y limpien sus patios».

La pequeña banda de Gladys estaba entusiasmada. Evidentemente, los japoneses se habían retirado hacia Tsehchow y ellos podían volver a sus hogares. Gladys tenía menos confianza, pues no le gustaba aquella orden de «limpien sus patios».

Insistió en que todo su grupo permaneciera en el pueblo mientras ella iba a investigar. Con una de las mujeres de Bei Chai Chuang como acompañante, volvió a recorrer el camino de la montaña y a bajar a la ciudad. Desde la altura contempló las viejas murallas y tuvo miedo de pronto. Mientras bajaban por las rocas hasta el camino de mulas se fue afirmando en su convencimiento de que algo horrible guardaban los viejos muros. Lo sintió intuitivamente en sus huesos, en la sequedad de su boca. La ausencia de movimiento, la ausencia de ruido, la ausencia de humo, la ausencia de vida, todo contribuía a producir una sensación de opresión física.

La Puerta Occidental estaba abierta, y cruzaron lentamente bajo el arco, confirmando su intuición a cada paso.

Un reducido grupo se agitaba frente al *yanten*. Se abrió paso y en la cámara interior encontró al mandarín. Su cara estaba gris.

—Hay que enterrarlos —dijo, ella, simplemente.

Él asintió con la cabeza y se pasó una mano delgada por la frente.

Un gran foso fue cavado frente a la Puerta Occidental, al borde del cementerio en que yacían las víctimas del bombardeo. Los muertos fueron amontonados en él. En el patio del la Posada de las Ocho Venturas, Gladys encontró otros tres cadáveres. Ayudó a enterrarlos en la ladera de la montaña, a alguna distancia de allí. Permaneció en la ciudad hasta bien avanzada la tarde; pero, abrumada de pronto por la tragedia que le producía una enorme desazón en el cerebro, comprendió qué no podía soportarlo más y decidió de pronto no pasar la noche en Yangcheng, sino volver en seguida a Bei Chai Chuang. Volvió a cruzar la ciudad, adelantó a la lúgubre procesión de ciudadanos que llevaban los muertos a la hoya, y salió por la Puerta Occidental, casi incapaz de sobrellevar tanto dolor.

Podía volver y vivir en aquella ciudad; tal vez podría reconstruir el tejado de la posada; pero nunca volvería a ser lo mismo. Ninguna limpieza, ninguna reconstrucción borraría nunca el recuerdo de su muerte, ni los recientes horrores se esfumarían en su memoria. El tiempo de la paz había terminado. Aquel remoto territorio batido por el viento que ella había llegado a conocer y a amar, era ahora un campo de batalla. Con un profundo suspiro dio media vuelta y lentamente comenzó la ascensión a los montes camino del pueblo de Bei Chai Chuang.

Como de costumbre, se levantó a poco de amanecer. Habían transcurrido diez días desde el saqueo de Yangcheng. Salió a la galería y bajó la escalera de piedra hasta el patio, dejando la habitación que compartía con otras diez mujeres y los niños. En la cocina engulló un tazón de mijo, con ayuda de los palillos, y bebió un té abrasador de una tacita china. Fuera de la casa hacía frío, pues el sol todavía no había salido y el aire era aromático y fino. Permaneció allí un instante respirando profundamente, contemplando el valle a sus pies y las distantes alturas. Después

entró corriendo en su improvisado hospital a comenzar la tarea cotidiana. Al penetrar en la cueva, los diez pacientes volvieron la cabeza para saludarla.

Ella se mostraba alegre y animosa y tan parecida como le era posible a las autoritarias enfermeras que recordaba de su infancia.

—Buenos días —dijo—. ¿Han dormido bien? Es hora de que tomen sus medicinas.

La cueva hospital estaba dentro del recinto del pueblo. La propia muralla estaba construida siguiendo tan de cerca el contorno de la montaña que, desde alguna distancia, no se lograba distinguir la piedra natural de la erigida por el hombre. La cumbre del monte se erguía en lo alto como un candil, y debajo del pueblo de la ladera formaba una escarpada pendiente.

Junto a la montaña, dentro de la muralla y, en el centro del pueblo estaba la cueva. Ordinariamente los hombres de Bei Chai Chuang la empleaban como establo para sus animales, y cuando llegaba la pesada nieve invernal acumulaban allí sus provisiones. Con su ayuda, Gladys la limpió y convirtió en hospital. El saqueo de Yangcheng lo había hecho necesario, Muchos heridos se habían arrastrado hasta allí o habían sido llevados a refugiarse en el pueblo. Ella de momento no lo sabía, pero en las próximas semanas muchos accidentes habían de requerir su atención. Los aviones japoneses de patrulla ametrallaban y bombardeaban lo que bien les parecía, y los destacamentos de soldados disparaban sobre todos los campesinos que veían trabajando en los campos o en las laderas de los montes. Francis, uno de sus niños, fue sorprendido por el ataque de un avión y recibió un balazo en una mano y perdió tres de sus dedos.

Pronto corrió la noticia del hospital improvisado en Bei Chai Chuang por Ai-weh-deh, y los enfermos y los heridos se dirigían a él. La mayoría sufrían heridas de bala y ella las trataba como podía, de un modo primitivo pero eficaz. Tenía aceite de castor, azufre, el inevitable permanganato potásico y una jeringa de metal que le habían dado en Tsehchow y que era casi tan grande como aquélla con que su padre rociaba los rosales del jardín de Edmonton.

En la cueva, Chung Ru May, una mujer cristiana que había venido de Tsehchow y a quien había sorprendido el súbito avance japonés, hirvió el agua y disolvió los cristales. Gladys llenó cuidadosamente la jeringa y se volvió al primer paciente. Era un joven granjero de los campos cercanos a Yangcheng. Una bala le había atravesado la pantorrilla. Sonrió al acercarse ella y se remangó la pernera de algodón azul.

—Mantenga la jofaina debajo —ordenó Gladys.

Lavar las heridas con permanganato era su tratamiento habitual. Y el remedio resultó eficaz, pues sólo uno de sus pacientes murió. También era un joven granjero. Una bala japonesa le había destrozado el codo y penetrado después en el estómago; Ni su paciencia ni sus cuidados podían salvarle.

La ofensiva de primavera de los japoneses por las viejas rutas de Shansi en

dirección al Río Amarillo fue evidentemente una incursión preliminar. A principios de otoño sus fuerzas evacuaron Tsehchow y se retiraron a Luán. Después de cruzar Yangcheng, presionaron hasta Ghowtsun. Allí capturaron a mucha gente, y entre ellos a Hsi-Lien, el arriero amigo de Gladys. El rápido avance de una patrulla lo había sorprendido en casa con su familia, su esposa y tres hijos. Riendo entre dientes, los rechonchos soldados japoneses lo habían empujado al exterior.

—Aquí tenemos un robusto arriero —dijeron—. Nos servirás para acarrear municiones y no te haremos ningún daño, ni a ti ni a tu familia. ¿Entendido?

—Es que no puedo —balbució Hsi-Lien—. Yo soy cristiano. Soy pacifista. Si llevo vuestros proyectiles, os ayudaré a hacer la guerra. Ni puedo hacerlo.

Lo llevaron ante un oficial, y Hsi-Lien repitió su confesión de fe y confirmó su negativa al ayudarlos.

—En tal caso —dijo el oficial japonés, alegremente—, te enseñaremos cómo tratamos a los cristianos que se niegan a colaborar.

Lo ataron a un poste frente a su casa, atrancaron la puerta de modo que su esposa y sus tres hijos no pudieran salir, y prendieron fuego a aquélla. Se burlaron de él cuando los gritos de la mujer y los niños encerrados estuvieron a punto de volver loco a Hsi-Lien. Y lo dejaron allí atado mientras la casa seguía ardiendo, y regresaron a Yangcheng a practicar la matanza en mayor escala dentro de los muros de la ciudad, ya que no en forma más dramática. Cuando se hizo de noche sus vecinos bajaron de las colinas y lo desataron. Perturbado, loco de desesperación, se lanzó a la montaña. Había oído decir que Gladys estaba en Bei Chai Chuang.

Cayó encima de ella cuando estaba preparando su jeringa y su aceite de castor, su azufre y su permanganato potásico para los heridos. El dolor había que hablase incoherentemente, y transcurrieron varias horas antes de que lograsen sacarle toda la historia. Gladys escuchó en silencio. Poco podía hacer para consolarle, pero al menos podían enterrar los cadáveres en sepultura cristiana. Un pequeño grupo formado por Gladys, Chung Ru Mai, dos robustos granjeros y el desolado Hsi-Lien emprendieron el camino hacia Chowtsun. Llegaron al amanecer y, con unos cuantos del pueblo, se reunieron en el patio lleno de negros escombros.

Gladys se encaramó en un montón de piedras, levantándose un poco encima de los demás. Todos inclinaron la cabeza mientras recitaba un pasaje de la Biblia:

*Que vuestro corazón no se turbe; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones: si no fuera así, os lo habría dicha. Yo voy a preparar un lugar para vosotros. Y si voy y preparo un lugar para vosotros, volveré y os recibiré en mi mismo; que donde yo esté también estéis vosotros. Y a donde voy, vosotros lo sabéis, y conocéis el camino.*

Y contempló a Hsi-Lien, el arriero, que permanecía con la cabeza gacha y corriéndole las lágrimas por las mejillas —un hombre ahora sin hijo, ni hija, ni esposa, ni hogar— y su corazón se llenó de piedad por él. Cuando regresó a Bei Chai Chuang, se lo llevó con ella.

\* \* \* \*

Durante el otoño, el invierno y los comienzos de la primavera de 1939, Gladys repartió su tiempo entre Bei Chai Chuang, Yangcheng los pueblos de la provincia en que había fundado pequeñas comunidades cristianas.

Su trabajo de inspectora de pies había terminado. Era una tarea de lujo que no sobrevivió al bombardeo. Había cosas que hacer más importantes que inspeccionar los pies. La Posada de las Ocho Venturas también declinaba. El tráfico de mulas por la antigua ruta había casi cesado, porque, estando Luán en manos del enemigo, no podían llegar más lejos de Tsehchow. Yang, el cocinero, había desaparecido, y con él se había esfumado la animación del lugar. Cuando los japoneses ocuparon Yangcheng por primera vez, se había marchado a su pueblo natal de la montaña. Y ya no volvió. Gladys no llegó nunca a saber lo que había sido de él, pero le llegaron rumores de que había muerto. Éstos no decían de qué había muerto. Era viejo y acaso falleció por causas naturales, pero, sin saber qué, no acababa de creerlo. Era un viejo tipo tan rebelde y tan inquieto, que el hecho del tumbarse en la cama y morir tranquilamente no se acordaba con su temperamento. A ella la abrumaron aquellos rumores había sido un í amigo fiel cuando más necesitaba de la amistad, Aquellos días andaba siempre escasa de dinero. De vez en cuando su madre le enviaba un cheque y, estando tan alto el cambio, unos pocos chelines le duraban meses. Además, el dinero importaba poco, porque ya era costumbre en la región y entre los chinos, en aquellos años calamitosos, que el que tenía comida la compartiera con los que carecían de ella.

En aquella primavera de 1939, la noticia de que los japoneses volvían a avanzar en las montañas hizo soplar una ráfaga de pánico en las calles de Yangcheng. Reacios a abandonar sus hogares y su tren de vida, sus habitantes habían ido regresando lentamente, esperando que algún milagro los preservara de un nuevo avance japonés. Pensaron que el primer desastre podía ser cuestión de mala suerte y que acaso no volvería a ocurrir. Las órdenes del mando nacionalista chino en el distrito destruyeron todas sus ilusiones. Su consigna, apoyada por el Alto Mando, era dura: «¡Política de la tierra quemada! —rezaba—. ¡Incendiad vuestras cosechas! ¡Destruid vuestras casas! ¡Que el invasor no tenga dónde cobijarse!». Desesperados, los campesinos observaron cómo los soldados prendían fuego a los campos de verde mijo y de maíz que eran la base de su subsistencia.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —suplicaban—. ¿Cómo podremos vivir sin grano?

—Marchaos a los montes —era la respuesta—. Vivid en las cuevas de las montañas y plantad vuestro grano en cualquier prado o valle en que encontréis tierra fértil. ¡Caed sobre el invasor como langostas! ¡Matad a sus hombres! ¡Robad sus provisiones! Coged los rifles de sus muertos y volvedlos contra los japoneses. Sólo de este modo podemos salvar a China.

El mandarín estaba muy preocupado. Le envió recado de que fuera a verle.

—Esta política de destrucción es difícil de cumplir. Hemos hecho casi todo lo que los soldados deseaban, pero hay la Pagoda del Escorpión.

—¿Y qué? —dijo Gladys—. Es vieja y fea.

—Como tal vez ya sabe, hay una leyenda unida a su historia. Hace cientos de años, así se refiere, un escorpión gigante rondó por esos montes aniquilando a mucha gente. Mientras dormía, trajeron grandes bloques de piedra y construyeron la pagoda a su alrededor y encima de él, dejándolo aprisionado para siempre. Y ahora la gente de la ciudad teme que si se destruye la pagoda se escapará el escorpión. Gladys lanzó un bufido de impaciencia.

—¿Quiere decir que usted cree ese cuento de viejas?

Él sonrió.

—No; yo no lo creo. Por esto deseo que usted y sus cristianos realicen el trabajo de derribarla.

—Con muchísimo gusto —dijo Gladys, vivamente, con la satisfacción un poco egoísta del buen cristiano a quien se permite destruir una obra idólatra—. Traeré incluso hombres de Bei Chai Chuang. La emprenderemos con ese horrible templo de paganos mañana a primera hora.

—Cuando haya terminado —dijo el mandarín—, voy a dar una fiesta a la que me gustaría que asistiera. Probablemente será la última que se celebre en Yangcheng, ya que nada dejamos que sea utilizable, y tengo algo que decir que deseo que usted escuche.

A la mañana siguiente varias docenas de robustos cristianos atacaron la Pagoda del Escorpión con diversas herramientas. No les costó mucho separar las piedras y derribarla a ras del suelo. Cuando el mandarín celebró su fiesta, Gladys tuvo la sorpresa —aunque como de costumbre era la única mujer presente, privilegio de que había disfrutado durante muchos años— de verse sentada junto al mandarín, en el sitio de honor a su derecha. Esto no había ocurrido nunca. Todos los personajes importantes de Yangcheng estaban presentes: el alcaide de la cárcel, dos ricos mercaderes, varios; funcionarios; una docena en total. La comida fue sencilla, muy distinta de los suntuosos banquetes de que había disfrutado antaño y que duraban horas.

Cuando tocaba a su fin, el mandarín se levantó y pronunció su discurso. Recordó

la llegada de Ai-weh-deh a Yangcheng; cómo había trabajado para ellos; lo que había hecho en favor de los pobres, de los enfermos y de los presos: cómo había predicado la nueva fe llamada Cristianismo, que él había discutido con ella muchas veces. Gladys se sentía turbada por sus alusiones. Se parecía tanto a un presidente de comité local en Inglaterra, que se preguntó, humorísticamente, si no iría a entregarle un diploma o una tetera de plata. Pero, después de hablar unos minutos más, se volvió gravemente a ella y le dijo con toda seriedad:

—Quisiera abrazar su fe, Ai-weh-deh. Quisiera hacerme cristiano.

Alrededor de la mesa brotó un murmullo de asombro. Gladys quedó tan sorprendida que apenas si podía hablar. Los invitados movieron la cabeza y sonrieron, y ella comprendió que esperaban que contestase. Se levantó y, balbuceando, manifestó su sorpresa, su gozo y su agradecimiento. El mandarín comprendió su confusión y la ayudó a salir del paso.

—Hablaemos de los detalles más adelante, Ai-weh-deh —le dijo.

Ella volvió a sentarse, convencida de que había hecho su conversión más importante desde que llegó a China, pero sin saber aún de fijo si creerlo o no. La conversación pasó después a la proximidad de los japoneses y al modo de evacuar la ciudad. El alcaide de la cárcel planteó su problema. Cuando el enemigo llegó por vez primera, se había llevado a todos sus presos al campo y los había tenido esposados en una cueva de la falda de la montaña. Alimentarlos y vigilarlos había sido tarea muy difícil, y no creía que pudiese volver a hacerlo. ¿Debía dejarlos en libertad o ejecutarlos?

Los invitados discutieron el dilema. La opinión general era que la ejecución era el plan más seguro; entre los presos había asesinos y hombres sin entrañas. Sólo Gladys protestó. ¿No existiría otro sistema? ¿Por qué no dejarlos en libertad vigilada o bajo fianza, encomendados a la custodia de sus amigos o parientes? Ellos serían los responsables de su comportamiento. El mandarín se mostró favorable a esta solución y el alcaide asintió con la cabeza. Intentaría el plan, pero si los japoneses se acercaban demasiado y aún había presos sin fiador, tendría que cortarles la cabeza.

Al día siguiente se fijaron edictos en las puertas Oriental y Occidental anunciando aquel procedimiento; los amigos y parientes podían reclamar un preso si garantizaban su futura buena conducta y pagaban noventa centavos en concepto de fianza. El pregonero voceó por las calles las mismas instrucciones.

Gladys visitó la cárcel el día siguiente. La gente había respondido, pero todavía quedaban doce presos sin amigos ni parientes que los reclamaran. Al entrar en el lúgubre patio, Feng, el sacerdote budista, y otro hombre llamado Sheng-Li, con el cual había sostenido muchas conversaciones, acudieron a saludarla. Dado el promedio cultural, Sheng-Li era un hombre educado. Sabía leer y escribir y conocía bien la economía china. Y tan versado había sido en este arte particular que había

falsificado un *tucheng*, un sello de piedra empleado por la mayoría de los ricos para sellar sus documentos oficiales. Cada sello lleva su marca distintiva. Sheng-Li había falsificado el *tucheng* de un rico comerciante y, empleándolo con discreción, había obtenido una buena renta hasta que se descubrió el fraude.

Era un hombrecillo alegre y Gladys lo apreciaba mucho. Lo habían condenado a quince años de prisión, lo cual de vez en cuando le hacía sentirse triste. Impulsivamente, dijo ella que se constituiría en su fiadora. Pagó los noventa centavos y el liberto Sheng-Li saltó de contento, pero, cuando ella se disponía a salir del patio, advirtió con dolor que los ojos desolados de Feng evitaban mirarla. Suspiró, resignada. ¿De qué servía la amistad si no podían encontrarse otros noventa centavos? «También saldré fiadora de Feng», dijo, y halló su recompensa inmediata en la expresión del semblante del hombre. No dijo nada; no tuvo necesidad de hablar; la dicha y la gratitud resplandecían en él. Seguida por los dos hombres recién libertados, regresó a la Posada de las Ocho Venturas a hacer los preparativos de marcha a Bei Chai Chuang. Aquella vez se proponía salir antes de que negasen los japoneses.

A la mañana siguiente fue a despedirse del mandarín y del alcaide de la cárcel. El alcaide seguía preocupado; todavía le quedaban ocho presos, dos de ellos convictos de asesinato, y ningún fiador se había presentado a reclamarlos.

—¿Cómo cometieron di crimen? —pregunto ella.

—En la Pagoda Verde —explicó el alcaide— los ídolos llevaban valiosas joyas en las orejas y en los ojos. Fueron sorprendidos en el acto de robarlas por uno de los sacerdotes. Lo asesinaron cuando trataban de escapar.

—¡Hum! —murmuró Gladys, reflexivamente, pues pensó que no se sentiría muy tranquila en su compañía.

Fue a ver a los restantes presos de la cárcel. Ocho pares de ojos abatidos se fijaron en ella. Los interrogó a todos y se enteró de que todos tenían parientes en pueblos lejanos, de modo que no había posibilidad de que la noticia del indulto llegara a sus oídos antes de que aparecieran los japoneses. Ella volvió a decir «¡Hum!», varias veces para sí, y consideró el riesgo antes de volverse al alcaide.

—No puedo pagar noventa centavos por cada uno de esos hombres, pues no tengo tanto dinero; pero, si está usted conforme, puedo llevármelos y responder de su conducta. Enviaré recado a sus parientes en cuanto llegue a Bei Chai Chuang, y se los mandaré cuando me den seguridades.

El alcaide asintió con la cabeza; no sólo estaba de acuerdo con cualquier solución que se diera a su problema, sino que había llegado también al firme convencimiento de la razón de casi todas las decisiones de Ai-weh-deh.

Emprendieron el camino de Bei Chai Chuang: Gladys y su grupo de cristianos; Sualan, una linda esclava, y la pequeña banda de ladrones, villanos y asesinos, que

nada descontentos formaban la retaguardia. Los antiguos presos no le proporcionaron ningún disgusto. Permanecieron tranquilamente en Bei Chai Chuang mientras los mensajeros iban a sus respectivos pueblos a obtener los Compromisos de garantía de sus parientes. Al fin sólo se quedaron Feng y Sheng que permanecieron con ellos mucho tiempo.

Gladys estaba en Bei Chai Chuang cuando le llegó la noticia de que al comienzo de la primavera uno de sus conversos de un pueblo próximo a Chin Shui había sido atacado por los bandidos. Aunque en realidad era un hombre pobre, los bandidos creían que tenía un montón de oro escondido. Bajaron, pues, de los montes, penetraron en su casa y lo torturaron para hacerle revelar el paradero de su mítico tesoro.

Con Timothy, un huérfano de nueve años que había ingresado en la creciente tropa infantil de la Posada, y Wan Yü, una muchacha de diecisiete que vivía en un pueblo próximo a Chin Shui y deseaba visitar a su madre, Gladys se puso en camino para ver si podía ayudarle. Encontraron al labriego en su casa. Estaba muy enfermo: los bandidos le habían quemado horriblemente con hierros al rojo. Ella vendó sus heridas y lo alivió cuanto pudo. Era un pueblo tranquilo en un valle escondido, y los campos escalonados estaban aún verdes de trigo. Permanecieron allí durante más de una semana: era un lugar apacible y sereno, y Gladys disfrutó de sus cortas vacaciones. Chin Shui estaba a dos días y medio de viaje; Yangcheng, todavía más lejos. Todas las mañanas subía a una colina cercana y se sentaba en la cima contemplando las nubes y las lejanas hileras de montañas, olvidándose de la guerra. Pero sus días de tranquilidad duraron poco. Un mensajero llegó corriendo — corriendo literalmente— procedente de la pequeña Misión Cristiana que ella había fundado en Chin Shui los japoneses habían entrado en Yangcheng por segunda vez y en cualquier momento podían llegar a Chin Shui. Había doscientos refugiados en la Misión. ¿Podía ir a ayudarles en seguida?

Empaquetó sus pocas cosas y salió con Timothy y Wan Yü. Pasaron la primera noche en Chersin, un pueblo muy pequeño, y una fuerte tormenta de truenos se abatió sobre los tejados. Aquello retrasó su salida a la mañana siguiente, pues el camino estaba impracticable a causa del barro resbaladizo; pero tan pronto como el sol empezó a secarlo reemprendieron la marcha. No habían andado más de dos millas desde Chersin, cuando oyeron el ruido de un aeroplano y vieron que empezaba a describir círculos sobre sus cabezas. Corrieron en busca de refugio. Echados en el suelo, oyeron el silbido de las bombas a gran distancia, y sus explosiones, y de un modo confuso Gladys se dio cuenta de que atacaban Chin Shui, su punto de destino.

Llegaron a la mañana siguiente para ver repetirse la escena ahora casi familiar. Todos los ciudadanos estaban reunidos en el patio de un gran templo del centro de la

ciudad, y allí el mandarín de Chin Shui dictaba sus órdenes. La ciudad había sido bombardeada y podía esperarse que el enemigo repetiría sus ataques. Por consiguiente, todos debían abandonar la ciudad no más tarde del próximo amanecer.

## Capítulo XI

Aquella noche en el patio de la pequeña casa misional de Chin Shui, Gladys tomó su decisión. También ellos debían huir si el enemigo avanzaba. Yangcheng estaba rebasado y no podían volver allí; por consiguiente, tenía que regresar a Bei Chai Chuang con Timothy y Wan Yü, donde sus amigos y los otros niños les estaban esperando. Aquellos días sólo se estaba seguro entre los que uno conocía y eran dignos de confianza. Los bandidos chinos se unían a mayores formaciones reclutadas entre los campesinos sin hogar, convirtiéndose realmente en guerrillas. Era gente sin ley y salvaje y, cuando les daba por ahí, podían ser más crueles con los suyos que los mismos japoneses. Gladys sabía que, si tomaba el camino de las montañas, evitaría encontrarse con los japoneses que avanzaban. En cuanto a los otros enemigos, tendrían que arriesgarse.

Al amanecer del día siguiente, Gladys, Wan Yü y Timothy salieron de la misión y se pusieron en camino con sus hatillos por la Puerta Orienta. La oscuridad todavía llenaba los valles; pero el cielo se iluminaba rápidamente sobre los picos y los gallos anunciaban clamorosamente a la ciudad que el día y los japoneses avanzaban.

No habían andado más de trescientas yardas cuando Gladys sintió el cosquilleo de una extraña inquietud en el cerebro. Empezó a preocuparse. Tenían que recorrer dos millas antes de llegar al refugio rocoso de las montañas, y cierto sentido intuitivo, cierta telepatía mental, le enviaba una serie de señales de aviso a través de los pasillos del cerebro. No había ningún motivo visible para que la oprimiera aquel temor que de pronto había experimentado, pero ella creía a ciegas en sus intuiciones. Y éstas le decían: «¡Detente!». ¿Y si las patrullas japonesas operasen a ambos lados del ejército que avanzaba? ¿Y si los copaban en una garganta? Ya había estado a punto de ocurrirle al salir de Yangcheng. Frunció las cejas mirando a Timothy y a Wan Yü.

—Volvemos atrás —anunció en voz alta. Ellos la contemplaron con asombro.

—Pero ¿por qué? —protestó Wan Yü.

—No lo sé, pero volvemos —respondió con la voz de quien ha tomado una firme decisión.

Cogió de la mano a Timothy, giró sobre sus talones y emprendió vivamente el regreso a la ciudad, tirando del chiquillo.

—Podemos ir a mi pueblo y quedarnos allí —dijo Wan Yü, ansiosamente, corriendo detrás de ella—. Está en un valle más allá de la Puerta Occidental. Mi hermano cuidará de nosotros. Es muy buen hombre.

—Está bien; iremos allá —dijo Gladys—. Tengo la impresión de que es demasiado peligroso ir a Bei Chai Chuang precisamente ahora.

Cruzaron precipitadamente la Puerta Oriental. Las calles hervían de gente. Hombres, mujeres y niños, trajinando una variada colección de artículos caseros, corrían por las calles en dirección a la Puerta Occidental. Mientras seguían adelante mezclados con la muchedumbre, Gladys oyó una voz a su espalda que llamaba: «¡Ai-weh-deh! ¡Ai-weh-deh!». Se volvió a mirar. Era el jefe de correos, un hombre pequeño, nervioso y bullidor a quien sólo conocía superficialmente. Llevaba un grueso envoltorio de papel castaño atado con un cordel.

—Aquí hay cartas para usted —masculló, alargándole el paquete—. Las enviaron desde Yangcheng. Además, van también ahí todos los papeles de correos y los sellos. ¿Quiere usted cuidar de ello?

—Pero ¿por qué no puede hacerlo usted mismo? —preguntó ella, con voz irritada—. ¿Porqué mezcla mis cartas con todo su material?

—Es necesario. Usted está más segura.

—Pero éste no es mi trabajo; yo nada tengo que ver con la oficina de correos —comenzó ella, y se detuvo a media frase. En aquel momento, de la puerta por donde acababan de pasar, llegó el ruido de una descarga y gritos de terror. ¡Habían llegado las tropas japonesas que avanzaban! Si su intuición no la hubiese advertido, habrían dado de manos a boca con ellas. Se produjo un pánico inmediato; los que iban andando, ahora corrían; los fardos y paquetes grandes eran arrojados en la loca carrera hacia la Puerta Occidental. Hombres, mujeres y niños salían de las casas y callejones como conejos de sus madrigueras, para unirse, al tumulto general.

El jefe de correos, abandonando todo sentido de responsabilidad cívica, tiró el paquete a los pies de Gladys y emprendió la huida. Instintivamente, ella se detuvo a recogerlo. Era pesado; y demasiado grande para llevarlo bajo el brazo; se abrió paso llevándolo entre ambos brazos, sobre su fardo de ropa, decidida a no abandonar las preciosas cartas de su casa. Timothy y Wan Yü se escurrían a su lado, llevando paquetes de Biblias de la misión, pues también ellas eran demasiado preciosas para abandonarlas.

Fuera de la Puerta Occidental, la carretera corría paralelamente al impetuoso río Chin. Había un vado a trescientas yardas de la puerta de la ciudad. El pueblo de Wan Yü se hallaba al otro lado del río, muy alto en un escarpado valle. La mayoría de la gente de la ciudad se dirigían al vado. Entre un remolino de gente, Gladys, Wan Yü y Timothy vadearon el río. A Gladys el agua le llegaba al pecho; arrojó el paquete de sus ropas, y manteniendo el paquete de correos con Una mano sobre la cabeza, P asió a Timothy con la otra. En mitad de la comente se le ocurrió pensar de pronto lo ridícula que debía parecer, huyendo de los japoneses con un paquete en la cabeza que contenía todos los documentos del correo de Chin Shui. Pero no se paró para reír. Cruzado felizmente el río, con la ropa pegada a las piernas y al cuerpo, empezaron a trepar montaña arriba, acuciados por las detonaciones de los rifles en las calles de la

ciudad.

En la casa de Wan Yü vivían su anciana madre, su hermano y la esposa de éste; pero a las pocas horas de su llegada se les habían unido muchos otros que huían de los japoneses. Eran pobres criaturas para quienes la casa del hermano de Wan Yü resultaba un paraíso. No podían seguir adelante. Dieron asilo a dos ciegos, varios abuelos, cuatro mujeres embarazadas, media docena de niños y unas cuantas madres con hijos pequeños. Era casi imposible seguir montaña arriba con aquella tropa. Algunos estaban lesionados. Y una vez más Gladys convirtió la casa en un hospital improvisado. Pedía a Dios, sin mucha esperanza, que los japoneses no se acercaran más.

Prácticamente todos los días las tropas salían de su cuartel general de Chin Shui y sistemáticamente saqueaban los siete pueblos que se alzaban en la orilla del río. Sin embargo, cuida han bien de estar de regreso dentro de las murallas con las puertas cerradas a la caída de la noche. Casi cada noche, iluminándose con faroles, Gladys y los granjeros descendían al valle a prestar auxilio a los campesinos heridos. Gladys sabía que era sólo cuestión de tiempo que el enemigo volviera su atención a los pueblos de más arriba del valle, pero como la casa de Wan Yü estaba tan alejada, confió en que nunca llegarían hasta ellos. Continuamente cruzaban su pueblo los refugiados, prosiguiendo hada las montañas más lejanas. Pasadas varias semanas, como medida de seguridad, Gladys organizó un servicio de centinelas que durante el día observaban por el agujero hecho en el muro.

Cinco semanas después de su entrada en Chin Shui, los japoneses empezaron a hacer incursiones en los pueblos del valle, extendiendo cada vez más su campo de operaciones. Cuando se fueron acercando más, Gladys pensó que, aunque la casa estaba ocupada por viejos y enfermos, no podían esperar piedad de los japoneses. Las guerrillas chinas atacaban constantemente a los japoneses en aquellos andurriales, y los últimos consideraban cada pueblo como un posible escondite.

La noticia de que la mujer pequeña cuyo Dios tenía mágico poder de protección vivía en aquel pueblo, había llegado a oídos de mucha gente, de lo cual resultó una riada ininterrumpida de suplicantes. La tarde en que llegaron los japoneses, estaba cuidando a una de las mujeres enfermas en un cuarto del piso superior, Incluso antes de que se abriera la puerta oyó el grito de Wan Yü:

—¡Están aquí! ¡Están aquí!

Gladys corrió escaleras abajo, dirigiéndose mirar por el agujero del muro. La suya era la primera casa del pueblo; sólo un pequeño templo, a unas cincuenta yardas, se alzaba más abajo en el valle. Pudo oír a los sacerdotes tocando trompas y tambores y elevando plegarías, en la creencia de que alejarían a los japoneses. Luego vio un grupo de hombres vestidos de caqui que avanzaban por los terraplenes y se reunían junto al templo. Hablaron entre ellos. Algunos se dirigieron al templo y otros

marcharon en dirección a la casa de Wan Yü. Indudablemente el patio en que se hallaba sería el primer lugar donde entrarían, a menos que hiciera algo para evitarlo.

—¡Ocultaos rápidamente! —le gritó a Wan Yü—. Yo intentaré entretenerlos.

Y corrió a la puerta principal. No sabía lo que tenía que hacer; sabía sólo que tenía que evitar que entrasen, aunque para ello tuviese que salir y enfrentarse con ellos. Durante diez segundos permaneció allí, presa de miedo, debilidad e indecisión, tratando desesperadamente de recobrar el coraje. Después, en la confusión de su mente, apareció una frase con la claridad de una voz articulada: *Mi gracia es suficiente para ti, porque mi fuerza se hace perfecta en tu debilidad.* Se irguió y la abandonó la sensación de pánico. Se volvió, descorrió el cerrojo, abrió la pesada puerta y salió bajo la luz del sol, en el instante en que oía la cantarina voz de Wan Yü en la galería a su espalda:

—¡Ai-weh-deh, se marchan! ¡Están descendiendo el valle! ¡Se marchan!

Los japoneses no volvieron al pueblo de Wan Yü. Pasaron las semanas y, a finales de verano se retiraron de Chin Shui, deshicieron el camino de Yangcheng y llegaron a Tsehchow, donde pasaron el invierno. Cuando Gladys supo la noticia de su retirada, bajó a Chin Shui con Wan Yü y Timothy. Llevaba consigo el paquete que contenía las cosas de la oficina de correos y se lo dio al avergonzado funcionario. Después siguió por el camino de mulas hacia las montañas y Bei Chai Chuang, y luego hasta Yangcheng y la Posada de las Ocho Venturas.

La contempló tristemente. Todo estaba sucio pero ella lo hizo lo más habitable que pudo. La gente volvió de las cuevas y de los pueblos montañoses y repararon sus casas, y una pequeña chispa de vida pareció encenderse de nuevo en la vieja ciudad. El mandarín volvió con su séquito y se estableció de nuevo en el *yamen*. El alcaide de la cárcel también volvió con sus soldados. Unas pocas recuas de mulas llegaron desde el Sur, y unos cuantos tenderos reabrieron sus establecimientos, con escasas mercancías. Pero sólo cuando las fuertes nevadas cerraron los pasos empezaron a dormir realmente tranquilos.

En febrero, cuando la nieve empezaba a fundirse, Gladys se decidió visitar a los Davies en Tsehchow, aunque la ciudad estaba ocupada por los japoneses. Hacía muchos meses que no sabía de ellos, y estaba preocupada. Según informes que se filtraban de Tsehchow, los japoneses no trataban mal a sus habitantes. La misión y las residencias de los extranjeros estaban fuera de las murallas de la ciudad, y, aunque los japoneses ejercían una estrecha vigilancia sobre los que cruzaban las puertas, no podían —y no lo hacían— controlar a los centenares de campesinos y refugiados que rebullían alrededor de la ciudad.

Gladys pensó que si podía hacerse pasar por una pobre campesina china y llegaba de noche, cuando incluso los más audaces japoneses se habían encerrado entre las murallas de la ciudad, no sería una jornada muy arriesgada. Jean y David la

recibieron calurosamente. Le dijeron que no los habían maltratado aquélla la segunda vez que vivían bajo la nación japonesa, y hasta entonces no les habían molestado. Periódicamente los japoneses registraban la misión, pero no se habían excedido.

David aconsejó a Gladys que tuviera cuidado, mucho cuidado. Sin embargo, se alegraba de que hubiese venido precisamente entonces, porque podría ayudar en la misión mientras él acompañaba a dos señoras ancianas europeas fuera del área de peligro y hasta Chifú, en la costa, a un mes de viaje. La región de Shansi cada vez se convertía más en campo de batalla. En los montes actuaban las guerrillas.

En la misión de Tsehchow, rodeada por una ancha colonia murada, David Davies había tratado de conservar cierto aspecto de neutralidad. Después de que aquél hubo partido hacia la costa, Gladys se encontró abrumada de trabajo, pues la misión albergaba a más de cien niños huérfanos o refugiados, así como otros tantos adultos. Pronto les perdió el miedo a los japoneses y no tardó en pedirles y en obtener comida de su intendencia. Eran un verdadero problema, y ella nunca logró, compaginar su temporal cortesía y amabilidad con sus muchos actos feroces.

Fue unas semanas antes de que David Davies saliera para la costa que ocurrió la terrible escena que jamás podría olvidar y a consecuencia de la cual sufrió las lesiones que perdurarían durante años. La Misión de Tsehchow era grande y desparramada; los departamentos de hombres y mujeres estaban muy separados. Fue por tanto Gladys quien oyó primero los gritos y lamentos cuando una partida de oficiales y soldados japoneses, que habían penetrando por la puerta principal, comenzaron a derribar las puertas de los cuartos de las mujeres: que se abrían en su patio: al menos había allí un centenar, entre refugiadas, conversas, y visitantes de otros pueblos. Ella salió corriendo de su habitación —todavía estaba levantada, aunque era casi medianoche— sin saber qué era lo que ocurría.

Al llegar al patio, la vio un oficial japonés, quien dio una orden a uno de sus subordinados que llevaba un rifle. Sin previo aviso, el hombre le descargó un culatazo en la cabeza. Gladys cayó, casi inconsciente, dándose sólo cuenta de que la culata seguía apoyándose en su cuerpo y que otros soldados japoneses la emprendían con ella a patadas hasta quitarle el sentido. Entretanto, David Davies, oyendo el tumulto, había dejado a su esposa y corrido al patio de las mujeres, encontrando a Gladys tendida en el suelo como un montón de harapos.

David Davies se quedó helado. Había al menos treinta japoneses armados que intentaban violar a las mujeres, con las que se debatían y a las que habían dejado en diversos grados de desnudez. Aunque se dio cuenta de que cualquier interferencia por su parte era sumamente peligrosa, no vaciló un momento. Hallándose desarmado, nada podía físicamente contra treinta soldados; pero en aquellas circunstancias el dilema era sencillo. ¿Cómo podía evitar aquel atropello? La solución se le ocurrió instintivamente.

—¡Rezad! —les gritó a las mujeres con todas sus fuerzas—. Todas, ¡a rezar!

El oficial japonés se volvió a él, mascullando una brutal maldición mientras sacaba el revólver de la funda. Apuntó a quemarropa a David Davies y apretó el gatillo. ¡No podía follar! David oyó el «clic» que hizo el gatillo al caer, y los sucesivos «clic-clic-clic» mientras el oficial seguía apretándolo, O fallaron todos los disparos, o el revólver estaba estropeado, o se había olvidado de cargarlo. Esto nunca lo supo David Davies, pero el caso fue que no salió ninguna bala. Echando maldiciones, el oficial cogió el revólver por el cañón y le golpeó en la boca con la culata, con todas sus fuerzas. El impacto hizo caer a David Davies, la boca y la mejilla manando sangre. Atontado, como un boxeador, se puso de rodillas. La sangre caía sobre su túnica, y pudo sentir su sabor tibio y salobre al abrir los labios para gritar de nuevo.

—¡Rezad! Todas, ¡a rezar! —Y no podía ver, pero seguía gritando—: ¡Rezad! ¡Rezad!

Y de pronto las mujeres y las niñas se pusieron de rodillas, juntando las manos y rezando en alta voz. Fue un espectáculo capaz de avergonzar y desconcertar incluso a los más lascivos. Los soldados japoneses, que se habían detenido para volverse a mirar al entrar David Davies, se quedaron parados estúpidamente, sin saber qué hacer. Él oficial les gritó, y ellos permanecieron como alelados. Después voceó una segunda orden y los soldados dieron media vuelta y salieron del patio, seguidos del oficial. Una mujer corrió a cerrar la puerta; la mayoría de las muchachas se echaron a llorar.

David Davies se puso en pie. Sentía que la mejilla y la boca se le hinchaban y le hacían difícil el hablar.

—Está bien —les dijo a las mujeres—, ya podéis estar tranquilas. Volved a la cama.

Las mujeres llevaron a Gladys a su habitación y la reanimaron con agua fría.

En la primavera hubo intensa lucha alrededor de Tsehchow. Los nacionalistas atacaron con importantes fuerzas, y los japoneses, hostigados en todos los pueblos y en todas las rutas de abastecimiento, se retiraron a Luán. Las tropas nacionalistas entraron en la ciudad. Dos o tres semanas después de la ocupación, la cristiana Chung Ru Mai llegó corriendo a la Misión para decirle a Gladys que cuatro importantes personajes querían verla.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Recordaba la advertencia de David Davies del que debía mantenerse a toda costa la neutralidad de la Misión.

—Son hombres importantes de los nacionalistas —dijo la mujer.

—Bueno, despídalos; aquí no pueden entrar.

La mujer se marchó para volver a los pocos minutos diciendo que insistían en

verla.

—Tendrá que recibirlos —le dijo—. Quieren un sitio para alojarse.

—Si creen que pueden hacerlo en nuestra Misión es que están locos —respondió, vivamente.

—Son gente importante —dijo Chung Ru Mai.

—¿De veras? Pronto lo sabremos. Y se dirigió a la puerta a hablar con ellos. Los cuatro hombres, vestidos de paisano, esperaban en la colonia, ante la puerta de la Misión. Eran jóvenes y, de un modo indefinible, distintos de los otros hombres que había conocido durante su estancia en China; pero apenas si se entretuvo en considerar aquella diferencia. Ellos se inclinaron, saludándola con la ceremonia propia de las visitas en China. Ella les dijo, bruscamente:

—Lo siento, pero aquí no pueden entrar. Es un recinto misional y debemos observar nuestra neutralidad. Les ruego que salgan en seguida.

El que llevaba la voz cantante del grupo era un joven chino de aspecto casi tan digno como el mandarín —la única persona revestida de verdadera dignidad que había conocido en China—, y de su erguida figura y severo semblante brotaba una autoridad como no la hubiera visto antes.

—Sentimos mucho molestarla —dijo—. Pensábamos que podría ayudarnos.

Gladys enarcó las cejas.

—¿Y cómo puedo ayudarles? Ustedes están empeñados en una guerra. Esta tierra pertenece a Dios. Les ruego que se marchen.

El joven hizo un ligero movimiento de cabeza y sus compañeros dieron media vuelta. Gladys advirtió el negro y lustroso cabello peinado desde la frente alta y pálida, los negros ojos almendrados bajo las oscuras cejas, la clara piel dorada, las orejas pegadas a una cabeza bien formada.

Los otros tres se dirigían ya a la puerta del recinto. Él dijo pausadamente:

—Sentimos haberla molestado, pero, cuando estábamos en Chungking, el Generalísimo dijo: «Si tenéis que confiar en alguien, acudid a la Iglesia Cristiana».

Gladys lo miró fijamente.

—¿Qué tiene usted que ver con el Generalísimo?

—Somos sus representantes. Y pensábamos que usted estaría del lado de China.

En su voz había un amable reproche que la desconcertó ligeramente. Vaciló un segundo.

—Tal vez será mejor que entre y hablemos. Pero tendrá que dejar fuera a los otros tres.

Él sonrió.

—Gracias.

Los otros desaparecieron cruzando el portal.

Sentado frente a ella en la Misión, le confió que eran miembros del Servicio

Secreto del Generalísimo Chiang-Kai-Shek. La situación en Shansi resultaba confusa y habían sido enviados para averiguar lo que ocurría.

—La conquista de la montaña —dijo— puede impedirse mediante pequeñas fuerzas de hombres decididos, operando al amparo de la superioridad que les confiere la altura. Mientras le explicaba esas teorías en el chino... propio de un mandarín, no dejaba de mirarla; con sus oscuros ojos castaños. Terminó, diciendo simplemente: —¿Quiere usted ayudar a China? Gladys aspiró profundamente. No había esperado una pregunta tan tajante.

—Yo soy china..., naturalizada china —dijo, despacio, vacilante, tratando de elegir las palabras—, y me importa mucho lo que le ocurra a este país.

—¿Es que Dios exige la neutralidad en todos? —preguntó él, amablemente—. ¿No está Él contra la maldad?

—Sí..., pero...

La vacilación no entraba en su modo de ser.

Ella misma no lo comprendía.

—Los designios japoneses en China son malos, ¿verdad? —prosiguió él—. China está empeñada en una lucha a muerte para evitar aquella diabólica expansión. China tiene que ganar esta guerra.

—Les ayudaré en lo que mi conciencia me permita.

Él se levantó y le hizo una reverencia.

—Es usted muy amable —dijo, suavemente—. Si me lo permite volveré a visitarla más adelante.

Lo acompañó hasta la puerta del recinto y regresó pensativa a la Misión.

Transcurrió una semana antes de que volviera a visitarla. Los japoneses habían sido rechazados aún más en dirección a Luán, y grandes fuerzas nacionalistas se concentraban ahora alrededor de Tsehchow. El general chino y su Estado Mayor habían establecido su cuartel en la ciudad. Él se presentó con el débil pretexto de preguntar si sus hombres podrían asistir a los oficios en la Misión. Ella le respondió que le alegraría que así lo hiciesen. Varios cristianos japoneses habían asistido cuando sus fuerzas ocupaban la ciudad. En seguida advirtió el ligero fruncimiento de las cejas de él y el fugaz e irritado brillo de sus ojos. Ella se ruborizó.

—Para esto vine a China —dijo, vivamente—; para predicar el Evangelio de Cristo.

Él inclinó la cabeza en un breve saludo: era un gesto habitual en él, y en el gesto había una dignidad y un matiz de excusa que siempre mitigaban su indignación. Entonces él le hizo muchas preguntas. Se dio cuenta, por algún indefinible matiz de sus palabras, de que había ido para verla a ella. Aquella idea se le ocurrió de pronto y se fijó en su centro como un pajarillo de colores en una rama del mes de mayo. Sacudió la cabeza, incrédula. Pero aquello la conturbó. Cuando él se hubo marchado,

se dirigió al resquebrajado espejo que colgaba en un rincón de su cuarto y se contempló en él. Sus ojos eran grandes y oscuros, y, aunque la piel estaba curtida por el sol, los años sólo habían trazado unas arrugas en sus comisuras; pero ¡qué sombría era aquella túnica azul oscuro, atada al cuello! Inexplicablemente, tomó del jarrón Una flor blanca y se la sujetó en el pelo. Y comenzó a esperar la próxima visita con un extraño e incitante interés. Él llegó una noche en que ella se disponía a Salir hacia tres pueblos aislados, en lo más hondo de los montes, en una ruta solitaria y difícil. Ella se echó a reír al contarle su proyecto, preguntándose por qué parecía preocupado al describirle su ruta.

—¿No hay bandidos en esas montañas? —preguntó él.

—Sí; muchos bandidos.

—¿Y viajará usted sola?

—Siempre suelo hacerlo así.

—Debe de ser muy peligroso, y los caminos son abruptos y escarpados; si se rompiera una pierna o se lesionara, permanecería allí días enteros sin que nadie la encontrase.

Gladys lo miró con ojos perplejos. En todos los años que llevaba en China, nadie se había preocupado lo más mínimo de su seguridad personal. Y ahora ese simpático y guapo mozo parecía seriamente preocupado. Era una cosa extraña; pero pensó que le gustaba.

—No me pasará nada —dijo—; sé cuidar de mí misma.

—Por favor, tenga cuidado —dijo él—; tenga cuidado.

Estuvo una semana en la montaña y, cuando volvió, Linnan —ahora ya sabía su nombre— la estaba esperando. Su alivio fue bien visible.

—¡Pero si he hecho este viaje centenares de veces! —protestó Gladys, con sincero asombro—. Realmente, no hay por qué preocuparse Que un joven coronel del Servicio Secreto se interesara por alguien tan insignificante como Ai-weh-deh era algo que la divertía; y que, además, la halagaba.

Sus visitas se hicieron más regulares. Los dos se hicieron buenos amigos. Tenían la misma edad; ambos tenían un cerebro inquieto e inquisitivo.

Acababa de regresar de un largo viaje por las montañas cuando ocurrió lo otro. En dos de los pueblos había encontrado tropas japonesas acuarteladas. No había prestado gran atención a su presencia y había seguido con sus encargos sin preocuparse de ellas. Cuando regresó se lo contó a Linnan. Éste se mostró muy interesado y le hizo preguntas sobre el número de las tropas, su armamento y su situación. La próxima vez que estuvo en territorio ocupado por los japoneses, anotó con mayor cuidado las cifras y los armamentos, sabiendo que su informe había de complacerle. Él había logrado despertar en ella un latente patriotismo por su tierra adoptiva; y ahora, después de aquellos meses, era casi una patriota tan ferviente como él. Era algo tan

ligado a su celo evangélico que se preguntaba cómo no lo habría sentido antes.

## Capítulo XII

Cuando David Davies regresó a Tsehchow tanto él como su esposa, Jean, advirtieron que algo había cambiado en Gladys. Aunque conocían a Linnan y le tenían simpatía, y siempre le recibían bien en la Misión, no creían que sus entrevistas y su alegría y risas constantes se debieran a otra cosa que a la amistad. En realidad, David Davies creyó sorprender en las alegres risas de Gladys un matiz de histeria. Había trabajado demasiado, pensó.

—Lo que usted necesita —le dijo, seriamente— son unas vacaciones, una cura de reposo. Y conozco el lugar adecuado para ello. Los cristianos van a celebrar una pequeña conferencia en Lichuang la semana próxima. ¿Por qué no asiste usted? Allí ha habido pocos bombardeos y, que yo sepa, ningún combate. Es una pequeña ciudad parecida a Yangcheng. Le gustará.

Gladys sonrió interiormente. Últimamente solía hacerlo. Dijo que iría. Ahora se daba ya perfecta cuenta de que estaba profundamente enamorada.

Emprendió el camino de Lichuang sintiéndose muy feliz. La acompañaron Chung Ru Mal, Timothy y Sualan. Cargaron sus bártulos en una carreta de ruedas de madera tirada por una mula —los caminos de los alrededores de Tsehchow hacían posible aquella clase de vehículo— y emprendieron la marcha por el llano. Oyeron un ruido que ya les era familiar y que a menudo presagiaba destrucción y muerte, Vieron los aviones plateados que parecían surgir del cielo ardiente y oculto por el resplandor del sol, y oyeron los silbidos de las bombas y las opacas detonaciones que sacudían la tierra. Nada podían hacer sino esperar. Timothy y Sualan trepando un poco montaña arriba para tener mayor visualidad, empezaron a hablarse a gritos, excitadamente. La mujer cristiana y Gladys se miraron una a otra con graves semblantes. Los japoneses estaban bombardeando Lichuang. Había llegado la guerra. ¡Menuda cura de reposo!

Impávidos ante el bombardeo, la gente de los pueblos comenzaban ya a llegar para la conferencia, y al día siguiente comenzaron los habituales trabajos de instrucción. Cada día, y prácticamente a la misma hora, se presentaban los aviones japoneses, dejaban caer sus bombas, y se interrumpía una y otra vez la instrucción cristiana para enterrar a los muertos y consolar a los vivos de la ciudad; pero la conferencia proseguía y la misión no había sufrido daños.

Gladys no podía dormir. Daba vueltas y cambiaba de posición, pero el sueño huía de ella. Alarmantes pensamientos se atropellaban en su cerebro: era preciso, decidió, que salieran de la ciudad con las primeras luces no quería que se repitiese lo que había pasado en Chin Shui; tenían que estar fuera muy temprano. Aquella idea llegó a inquietarla tanto que, incapaz de resistir más tiempo, acabó por levantarse y despertar

a Chung Ru Mai, a Timothy y Sualan.

—Nos vamos —les dijo—. Nos vamos ahora mismo.

Los otros no protestaron; ahora se mostraban siempre dóciles a sus súbitos impulsos e inspiración.

El movimiento despertó a un evangelista del Tsehchow, que había acudido a la conferencia, con su esposa y dos hijos. Oyó la conversación pronunciada en voz baja, y miró con ojos ansiosos e inquisitivos.

—No podrán salir: las puertas de la ciudad estarán todavía cerradas. No las abren hasta el amanecer.

—Entonces seremos los primeros en salir —dijo ella, con firmeza—. Vamos, Sualan, Timothy: recoged vuestras cosas.

Otros dos hombres de pueblos cercanos, que yacían en el suelo a pocas yardas de distancia, se despertaron también con el movimiento y se incorporaron.

—Nosotros también iremos con usted —mura muraron.

Su decisión ejerció indudable influencia en el evangelista, que despertó a su mujer. Sus dos soñolientos hijitos se incorporaron también; y miraron a Gladys con reproche.

—Puede que sólo sea una falsa alarma —dijo ella—. Pero tengo un presentimiento que me impulsa a querer salir los primeros en cuanto abran las puertas.

—Al menos faltan tres horas para que amanezca —protestó el evangelista. Gladys suspiró profundamente.

—No puedo explicarlo, pero sé que deseo salir cuanto antes —dijo, con resolución—. No es preciso que vengan ustedes, si no lo desean.

Llegaron a la maciza puerta, con su techo de pagoda de tejas verdes, y se detuvieron bajo su sombra. Como les habían anunciado los del pueblo, estaba cerrada. Se acurrucaron en el suelo, formando un pequeño grupo, contra la pesada puerta de madera. Entre los tejados podrían ver el brillo de las estrellas. Hacía frío y reinaba el silencio: no se veía una luz en la ciudad. Los niños volvieron a quedar dormidos en seguida. Los adultos daban cabezadas. Sólo Gladys permanecía despierta. Estiró la mano y palpó la rugosa madera de la puerta. Era muy sólida, construida para resistir cualquier ataque de los que podían prever los antiguos moradores. Se preguntó vagamente por qué le habría asaltado de pronto aquel deseo de huir de la ciudad. ¿No habría sido mejor que los hubiese dejado dormir más rato? Después de todo, no había habido confirmación del avance del enemigo. El mandarín no había hecho ninguna declaración oficial. A nadie se le había dicho que se marchara. Era puramente cosa de su intuición. Bien, tenía que darse por satisfecha con esto.

El calor de su chaqueta acolchada, la oscura protección de la puerta a su espalda,

debieron de hacerla dormir un poco. La despertó el canto de los gallos al aproximarse el alba. Abrió los ojos. Estaba amaneciendo y el portero trajinaba con las llaves y los cerrojos, gruñendo disgustado a causa del estorbo de la gente. Ahora una gran muchedumbre llenaba la calle a su espalda, deseosos todos de abandonar la ciudad en cuanto se abrieran las puertas. Por lo visto, los presentimientos se habían extendido durante la noche. Las macizas puertas giraron sobre sus goznes. Un murmullo agradecido se elevó a la vista del camino que conducía a las montañas. Rieron los niños, que no esperaban aquella nueva diversión. El camino se extendía ante ellos; tres millas de terreno llano flanqueado por campos de trigo, antes de que se interrumpiera bruscamente para ocultarse entre los escabrosos picos.

Mientras avanzaban, Gladys sintió que se le quitaba un peso del corazón. Habían llegado quizás a una milla de la ciudad cuando vieron que la columna de refugiados se dividía apartándose a ambos lados del camino, y, durante un momento de pánico, Gladys pensó que el enemigo estaba detrás de ellos. Entonces se dio cuenta de que los soldados que galopaban hacia los montes pertenecían a la caballería china, orgullo de los ejércitos nacionalistas. Era SI un bonito espectáculo todo un escuadrón en uniforme gris y gorro puntiagudo, haciendo vibrar las espuelas, chirriar las correas y saltar los sables con el galope. Gladys se preguntó por qué las caras de aquellos nombres tenían una expresión tan hosca y preocupada. Evidentemente llevaban una misión de gran importancia. ¡Y de pronto comprendió! Dominando el ruido de las herraduras sobre la tierra reseca le llegó aquel otro ruido sordo, insistente, que tan bien conocía. En aquel momento de miedo horrible, sonó el agudo e histérico sonido de la aviación al atacar en picado. Durante una fracción de segundo sus músculos se negaron a actuar; sus pupilas se dilataron, como si de ellas dependiera la acción en aquel instante de extremada urgencia. Gritó a los niños:

—¡A los campos! ¡Corred! ¡Corred! ¡Echaos al suelo!

Cogió a Timothy y a Sualan y los empujó sobre la pequeña valía de piedra que bordeaba la carretera, y siguió empujándolos frenéticamente en el campo de trigo, como a reses desmandadas, chillando desahogada, mientras sobre el roncar de los motores vibraba el tableteo metálico de las ametralladoras. Se dejó caer en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos, no tanto para protegerse como para no ver el horror de aquella escena. La tierra fue acribillada. Los caballos relincharon de un modo espantoso. Se alzó un inmenso grito de agonía al roncar los aviones sobre la columna de refugiados y soldados, sembrando la muerte entre ellos. Sin duda los aviones de reconocimiento habían advertido la entrada de la caballería china en Lingchuang la noche anterior. La más elemental técnica militar hacía prever que buscarían el refugio de las montañas al despuntar el día. Y así fue. Los aeroplanos llegaron por encima de los montes, descendieron en dirección a la ciudad y pasaron sobre la hilera de refugiados y caballería, diezmándolos con sus ametralladoras.

Se levantó temblando. La escena, que acaso no habría asombrado a un caballero de pasadas centurias, era para Gladys Ayward, mujer y misionera cristiana, tan horrible como el peor infierno que pueda forjar la imaginación. Caballos muertos, hombres muertos, mujeres y niños: heridas enormes, chorros de sangre, gritos y lamentos y gemidos de agonía.

Miró al médico chino, un joven delgado, con un cuello ajustado a su flaca garganta. Parecía aterrorizado, y no era extraño, pensó, pues casi acababa de terminar sus prácticas, que no serían mucho para una situación como aquélla. Gladys aspiró una gran bocanada de aire y se dispuso a actuar. Dijo a los dos campesinos:

—Llevarán ustedes a las mujeres y a los niños a los montes. Espérennos allí. El doctor y yo nos quedaremos a ayudar. Nos reuniremos con ustedes esta noche.

Los niños y las mujeres estaban cansados y no tenían el menor deseo de seguir adelante, mientras nubes de tormenta se cernían en lo alto y el cielo se teñía de un color púrpura amenazador entre los picachos. Al entrar en la cueva, se desencadenó la tormenta y el agua empezó a caer a raudales. Acurrucada en el interior, con las manos cruzadas sobre las rodillas, cansada y afligida, Gladys contempló caer la lluvia en el exterior como una cortina del cristal. Instintivamente cogió una olla que llevaba y dejó que el agua cayera en ella. En la cueva había madera seca y excrementos de animales. Rompió los leños y los amontonó entre dos piedras bajas. Ardieron en seguida al encenderlos, y la olla de agua colocada entre las dos piedras no tardó en hervir. Echó té en el agua y a los pocos momentos se hallaban todos sorbiendo el líquido aromático. Añadieron más leña al fuego; en la penumbra sus sombras se alargaban en los muros y en el techo de la cueva, y en aquel prehistórico ambiente fueron recuperando su tranquilidad. En una segunda olla, Gladys hirvió la ración de mijo, y después de aquella sopa volvieron a beber té caliente. Pero aún estaban cansados; y se echaron a dormir sobre el tibio y arenoso suelo de la cueva, junto al fuego, mientras llegaba la noche y la lluvia seguía cayendo con renovada furia.

Seis semanas vivieron en aquella cueva, recogiendo hierba seca del valle para sus lechos. El manantial más cercano estaba a cinco millas, pero en aquel factor vieron una mayor seguridad. Justo detrás de la fuente había un pueblo, en el que compraron huevos y grano. Su aparición no suscitaba comentarios; en aquellos días los refugiados eran cosa corriente. Lo que más miedo les producía eran los lobos que vagaban por los montes; casi todas las noches se arrastraban hasta la entrada de la cueva, y Gladys, el médico y el evangelista montaban la guardia por turno. Ordinariamente, bastaba una piedra bien dirigida para ponerlos en fuga; pero si eran numerosos o parecían más atrevidos que lo corriente, encendían la hoguera y observaban los verdes e inquietos ojos alejándose a una distancia más tranquilizadora.

En Lingchuang, Linnan se hallaba envuelto en un drama del que Gladys nada

sabía. Los japoneses habían fracasado en su intento de seguir bombardeando la caballería, y la ciudad seguía en manos de los nacionalistas. Cuando Linnan se enteró del desastre, corrió a la ciudad. Sabía que Gladys había ido a visitar su Misión, y no había recibido ninguna noticia de ella. Todo lo que pudieron decirle fue que se había marchado. Como coronel del servicio de información en aquel sector, correspondía a sus hombres clasificar los despojos de la batalla. La segunda mañana, después de su llegada a Lingchuang, apareció sobre su mesa un libro de Momos. Los soldados, que realmente no sabían lo que era aquello, lo habían recogido en un campo de trigo y se lo habían llevado para que lo examinase. Él lo reconoció al instante como de la propiedad de Gladys. Inmediatamente se sintió preocupado intensamente. Empezó a interrogar a los soldados que habían enterrado a los muertos. Por lo que recordaban, no habían enterrado a ningún extranjero. Y en dos ocasiones en que los soldados mostraban dudas sobre las personas enterradas en determinada tumba, la hizo abrir de nuevo a fin de asegurarse. Finalmente, al no haber hallado el menor rastro y recordando su afición a las montañas, envió mensajeros a los pueblos cercanos en busca de noticias de ella. Y siempre que se le presentó una oportunidad, realizó la busca por sí mismo.

Gladys, en su remota cueva, nada sabía de ello. Hacia casi tres semanas que estaban refugiados allí, y gozaba de un sentimiento de seguridad y de paz. A menudo, y a causa de que la anciana y las otras mujeres hablaban o murmuraban demasiado, trepaba valle arriba, buscaba un lugar recóndito en que diera el sol y leía su Biblia durante varias horas. Una tarde se hallaba cómodamente sentada en una roca, a una milla de distancia de la cueva, cuando de pronto advirtió cierto movimiento cerca de ella. Alzó los ojos, alarmada, y vio un muchacho campesino de unos quince o dieciséis años. Llevaba un sombrero de paja, una chaqueta desgarrada y pantalones. Al brazo, un cestillo con media docena de huevos. Ella se puso alerta inmediatamente. El chico permanecía allí plantado.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

Transcurrieron un par de segundos antes de que respondiera:

—Vendo estos huevos.

Los ojos de Gladys se entornaron, recelosos.

—¿Por qué vienes aquí a venderlos? —preguntó, vivamente.

Él siguió mirándola estúpidamente.

—No lo sé.

—No irás vagando por la montaña para vender huevos —observó ella, con desconfianza ¿verdad?

Él bajó los ojos y rebulló inquieto, pero no respondió.

—Puedes volver y decirle a quien te ha mandado espiar que todos estamos aquí —le dijo, enfadada.

Era posible que el jefe de los bandidos de la región o un grupo comunista hubiesen husmeado la presencia de extranjeros en la comarca, y que aquel muchacho hubiese sido enviado a descubrirlos. Probablemente le habrían ofrecido una pequeña recompensa por su información. Le estuvo observando mientras trepaba la ladera, antes de volver precipitadamente a la cueva. Los otros escucharon su relato desmayadamente. Como era casi de noche, les dijo:

—Tenemos que marcharnos a primera hora de la mañana y buscar otro escondrijo.

Cuando se hizo de día estaba ya impaciente por salir, pero los otros se hacían los remolones. La anciana no quería moverse en modo alguno, y así lo hizo constar. La esposa del médico tenía que amamantar a su criatura. La mujer del evangelista recogió sus cosas con toda calma. Al fin Gladys se impacientó.

—Bueno —dijo—, yo empiezo a pasar y les esperaré al final del valle. Por favor, dense prisa.

Señaló en la dirección que se proponía tomar y emprendió la marcha con Timothy. Sabía que su partida haría que los demás se apresurasen un poco, porque ni el evangelista ni el médico poseían grandes dotes de dirección. Llegaron al final del valle y subieron una pequeña elevación que conducía al siguiente. Cuando llegaron a la cresta, Gladys vio algo que la hizo detenerse de pronto. Desparados en el valle y avanzando en su dirección, vio muchos soldados de caballería que, evidentemente, estaban buscando algo. Para Gladys aquello sólo podía significar una cosa: estaban buscando a su grupo. Le dijo rápidamente a Timothy:

—Vuelve corriendo atrás y diles a los otros que remonten el valle en la dirección opuesta. Diles que se alejen lo más posible y que se escondan.

El miedo se reflejó en los ojos de Timothy.

—¿Y usted? —preguntó, ansiosamente.

—Si me cogen, probablemente se darán por satisfechos —le respondió, y le vio vacilar—. ¡Márchate! Haz lo que te digo, Timothy.

Observó cómo corría valle abajo; después se volvió hacia los soldados y avanzó resueltamente en su dirección. Todavía bastante distanciada de ellos, gritó, desafiadora:

—¡Si me buscan a mí, aquí estoy!

Sabía que los comunistas solían disparar primero y establecer después la identidad de su víctima; pero ahora no sentía ya ningún miedo, sólo sentía rabia por haber sido traicionado por un chico estúpido que llevaba un cesto de nuevos.

Al extenderse el sonido de su voz, llevada por el viento, observó que el caballero que se hallaba en el centro la señalaba con la mano y convertía en galope lo que hasta entonces había sido un trote. Al acercarse más vio que era un oficial de los nacionalistas chinos. Pero sólo cuando detuvo su caballo en un remolino de polvo y

se plantó a pocas yardas de ella, dejó las riendas, saltó de la silla y corrió hacia ella se dio cuenta de que era Linnan.

Por un instante dejó que él la abrazara. Después él le contó con voz agitada lo que había ocurrido: cómo había ordenado a todas las personas que había encontrado por aquellos andurriales que la buscaran, ofreciendo una recompensa al que la encontrase. El muchachil campesino le había llevado la información que necesitaba.

Se dirigieron a la cueva y hallaron a los otros que estaban a punto de marcharse, y todos empezaron a reír y a charlar muy animados. Linnan les dio noticias. En todas partes se libraban combates esporádicos. De momento lo mejor era que permaneciesen en la cueva; allí era donde estaban más seguros. Él cuidaría de que se les enviara comida de vez en cuando y de hacerles saber cuándo podían volver sin riesgo a Tsehchow o a Yangcheng.

## Capítulo XIII

El campamento enemigo estaba oculto detrás de una estribación rocosa. Durante los meses de verano había realizado muchas veces aquel trabajo, desde que dejó las montañas y regresó a Tsehchow. Levantó una mano haciendo una señal, y el joven oficial nacionalista trepó hasta colocarse a su lado. Sus pies arrancaron, unas cuantas piedras, y ella las vio rodar hacia donde se hallaban los soldados, refugiados junto a la ladera, limpiando sus rifles. El oficial escudriñó atentamente el valle a sus pies.

—¿Dice que son unos cincuenta? —preguntó rápidamente.

—Los conté lo mejor que pude esta mañana —respondió Gladys—. No creo haberme equivocado de mucho.

—Es seguro que al amanecer emprenderán el camino de Tsehchow —dijo el oficial, ansiosamente.

—Tienen puestos de observación todo alrededor —dijo Gladys—. Tendrán que andar con mucho cuidado. Uno me descubrió esta mañana al cruzar la cresta; pero había un valle en medio. No podía hacer nada.

El hombre asintió con Ja cabeza. Ya no la escuchaba. Su Cerebro estaba emplazando las ametralladoras y colocando a sus hombres a lo largo del valle de modo que nadie pudiera escapar a su fuego.

—Váyase ahora —dijo el oficial, volviéndose, de nuevo a ella—. Es usted un buen guía, Ai-weh-deh.

—Sí, me marchó —dijo ella, cansadamente. Era casi de noche cuando regresó al pueblo dónde había encontrado a los nacionalistas. El jefe del pueblo la esperó en la puerta de su casa; un amable anciano vestido con un traje de desvaído azul, con una maraña de pelos blancos en el mentón, y unos ojos sumidos entre una red de arrugas.

—El general Ley está aquí —murmuró—. Ha venido a verme; es un viejo amigo. Cuando supo que usted regresaría, quiso esperar. Está ansioso por saludarla.

Ella apresuró los pasos. Había oído hablar mucho del general Ley, pero nunca lo había visto. Era una figura legendaria en la provincia, era sacerdote católico romano, europeo, aunque ella no sabía de qué país venía. En aquellos tiempos no se hacían preguntas sobre el pasado de nadie. Más tarde oyó decir que era holandés, pero nunca pudo confirmarlo.

A la media luz crepuscular, lo vio plantado allí, con los pies separados, cruzados los brazos a la espalda; una robusta figura de estatura mediana, vestido con una larga túnica negra. Su corto y encrespado cabello era rubio; su cara, enérgica y vivaracha; su boca, resuelta y, sin embargo, presta a la sonrisa. Sólo sus ojos, pensó ella, eran tristes, lejanos. Sonrió, tendiéndole la mano.

—¡Ai-weh-deh! Olvidaremos que usted es una mujer y yo soy un hombre, que usted es protestante y yo soy católico romano.

—Parece que tenemos algunas cosas en común, general Ley —respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

—Tenemos un enemigo común —dijo él, súbita y nuevamente grave. La sonrisa huyó de sus labios; sus ojos se volvieron sombríos—. Entre y hablaremos. Debe de estar cansada y hambrienta.

El grueso de las fuerzas de Ley se ocultaba en cuevas a algunas millas de distancia. Su objetivo era cortar la ruta principal entre Tsehchow y Kaoping, el siguiente día. Su información era buena.

—Mataremos muchos japoneses —dijo con voz inexpresiva—. Tenemos una ametralladora. Los diezmaremos cuando pasen.

Oyéndole hablar y percibiendo el cansando de su voz, no le fue difícil a Gladys adivinar su angustia interior. Ni le costó saberlo, ni siquiera fue una intuición, porque el mismo conflicto se planteaba en su corazón. «Mataremos muchos japoneses», había dicho, fríamente; no como habría anunciado un jefe militar: «Cortaremos sus líneas de comunicación», o «¡Les daremos una paliza!». No; él había ido directamente al meollo del asunto.

—Mataremos muchos japoneses —repitió.

Sus ojos se encontraron a la luz del farol. La alta luz amarillenta pintó oscuras sombras en sus párpados. Ella comprendió, y él supo que comprendía aquel terrible dilema de su conciencia cristiana. Ella también, en la calma de su oración, había intentado descubrir una senda clara para seguirla.

El general Ley —joven sacerdote católico romano, aislado en su Misión del Shansi Meridional— había tenido que tomar su decisión consultando con su propia conciencia y con su Dios. Una clara y fría mañana había reunido a su rebaño en el patio de la Misión, diciéndoles:

—Lucharemos contra el enemigo con la única arma que comprende: ¡la fuerza! Lo mataremos cuando duerma o cuando esté descuidado. Lo arrojaremos de nuestras montañas, cueste lo que cueste.

Sus hombres, la mayoría conversos suyos, hombres del septentrión, montañeses curtidos, de músculos endurecidos por el trabajo y una herencia de bandidaje latente en sus venas, le seguían con una devoción fanática y feroz. Los instruyó en el arte de la guerra. Atacaban con rapidez devastadora, mataban japoneses, escogían provisiones y armas, y se retiraban velozmente a sus montañas. Hacía meses que actuaba de aquella forma.

Él se sentó en el basto *k'ang* de ladrillo de la casa del anciano y la miró por encima de la mesa. La comisura de su boca se elevó con ironía al hablar:

—Una causa común, ¿verdad, Ai-weh-deh?

Ella rebanó los últimos granos de mijo del fondo de su escudilla.

—General Ley —murmuró—, ¿por qué le llaman general?

—El grado es puramente honorario —respondió él, volviendo la sonrisa a su expresiva; cara—. A mis hombres les gusta más así. Tienen más valor sirviendo a las órdenes de un general. Y no resulta mal como *nom-de-guerre*.

Ella vaciló.

—¿Y no tiene miedo de que le cojan los japoneses?

Sabía que era una pregunta tonta, pero que tenía que hacerla.

—A menudo —respondió—. Muy a menudo ¿Y usted?

—Casi nunca pienso en ello.

—He oído hablar mucho de usted, Ai-weh-deh —siguió él, rápidamente.

—¿Y qué le han dicho?

—Que a veces se desliza detrás de las líneas japonesas para obtener información para las tropas chinas. Es verdad, ¿no?

En su voz había un matiz acusador, y ella lo miró intrigada.

—Sí —dijo.

Los ojos de él estaban fijos en los suyos.

—¿No tiene la impresión de que traiciona el papel que Dios le ha encomendado? —preguntó, fríamente.

—No le comprendo.

Y lo miró asombrada, sintiendo nacer la indignación lentamente en su interior. Entonces las palabras brotaron como una catarata.

—Dios conoce la diferencia entre el bien y el mal —dijo ella, tempestuosa—. Nosotros también podemos conocer la diferencia, ¿no? Los japoneses son malvados. Nuestro Señor arrojó a los mercaderes del templo a latigazos. Los japoneses han invadido nuestra tierra saqueando, quemando y matando. Nosotros tenemos que arrojarlos, con todas las armas de que disponemos. Son a los míos a quienes matan; los míos, legal, moral y espiritualmente; y yo seguiré haciendo todo lo que pueda para protegerles y ayudarles...

Se detuvo de pronto en mitad de su discurso, advirtiendo que él sonreía.

—Lo ha dicho adrede —dijo, acusadora.

No obstante, se sintió aliviada.

Él asintió lentamente.

—Sí —dijo, y ella oyó que exhalaba un profundo suspiro—. A menudo nos hacemos estas preguntas, ¿verdad, Ai-weh-deh? Y aunque las contestemos a nuestra propia satisfacción, aunque logremos tranquilizar nuestra conciencia ante los hombres, todavía no estamos del todo seguros de lo que responderemos ante el Tribunal de Dios. ¿No es verdad, Ai-weh-deh?

Ella no respondió. Sabía que él no necesitaba una contestación, sino que estaba

haciendo; examen de conciencia en voz alta.

—Soy sacerdote cristiano —prosiguió él—. Estoy en este país para ayudar a los enfermo y enseñar a los ignorantes, y traer la palabra de Dios a los que nunca la habían oído. Y sin embargo, en el campo de batalla, veo los cadáveres de los hombres a quienes he ayudado a matar..., sí, o a quienes he matado con mis propias manos. —Extendió las manos con brusco movimiento de desprecio—. Y, no obstante ¿de qué sirve la neutralidad? Hay guerra en todas las partes del mundo, Ai-weh-deh, contra un común enemigo diabólico, y a menos que todos tomen las armas, armas espirituales, morales y materiales, y luchen en la medida de su posibilidad, ¿cómo podremos derrotarlo? Yo soy hombre tanto como sacerdote, Ai-weh-deh ¡soy hombre! Y usted sabe lo que ellos han hecho, Ai-weh-deh: usted sabe que han matado, saqueado, quemado, violado. ¿Cómo puede un cristiano permanecer inactivo mientras aquello prosigue? Yo no puedo, y no lo haréis Su voz era dura y ronca; sus ojos brillabais al mirarla por encima de la mesa. Después con la misma rapidez con que había surgido, su furia se desvaneció. Contempló las manos que aún tenía extendidas, las dejó caer a los lados y frotó las palmas en la túnica, como si quisiera borrar una mancha.

—El juicio vendrá más tarde —dijo, cansadamente. Después de un momento de silencio volvió a alzar los ojos y frunció los labios en una triste sonrisa—. En mi orden religiosa creemos en la confesión —terminó, sin alzar la voz Gladys le devolvió la mirada.

—Comprendo —dijo, amablemente.

No supo decirle otra cosa, aunque hubiese querido encontrar palabras para expresarle su simpatía y sellar su amistad.

La mecha de la lámpara se estaba apagando. Ya a oscuras, el general Ley salió de la casa del anciano, y con su larga túnica negra flotando alrededor de sus piernas, emprendió el camino de los montes para juntarse con sus hombres. Ella volvió a verle un par de veces después de aquella ocasión, pero siempre había otras personas presentes y no tuvieron tiempo de cambiar más que una sonrisa y su saludo. Muchos meses más tarde, hallándose en Tsehchow, se enteró de su muerte. Según la información, lo habían matado los chinos, pero tanto los nacionalistas como los comunistas declinaban la responsabilidad. Respondería bien ante su «Tribunal de Dios», pensó Gladys, tristemente.

Los chinos se mantuvieron empeñadamente en el territorio que rodeaba Tsehchow durante el otoño, el invierno y el comienzo de la primavera de 1940. Durante aquel período Gladys hizo amistad con el general chino, residente en la ciudad. Presentada por Linnan, había sido bien recibida en su casa; después de algunas de sus hazañas, él personalmente le entregó la insignia que debía servirle para establecer su identidad entre las tropas.

Pocos amores pudieron florecer en circunstancias más extrañas que para Gladys y

Linnan. Se veían a ratos perdidos, en los montes, en pueblos arruinados y en ciudades bombardeadas. Hablaban a ratos, entre combates, nacimientos y bautizos. Cambiaban noticias, comían juntos y hablaban de su futuro en la nueva China. Las atenciones, la amabilidad y la gentileza de él para con ella permanecieron siempre inalterables, cosa que ella le agradeció eternamente. Hablaron de matrimonio; él estaba deseoso de casarse en seguida, de vivir como marido y mujer lo mejor que pudieran, con guerra o sin ella. Fue Gladys quien dijo «No». Primero había que ganar la guerra.

Con la llegada de la primavera, los japoneses se fueron acercando cada día más a Tsehchow. Codiciaban aquella ciudad. En los campos y en los pueblos distantes unas pocas millas, las tropas chinas resistían valientemente. Un río de heridos llegaba constantemente a Tsehchow; incluso el recinto de la Misión era empleado como dispensario. A menudo Gladys salía con los camilleros a recoger heridos: como camillas empleaban puertas arrancadas de sus goznes.

Los refugiados se apretujaban en la Misión y cada día llegaban más a la ciudad. Los japoneses recibían Constantes refuerzos y ejercíamos enorme presión. El ruido de los fusiles y de la artillería era continuo.

A pesar de todo, ella estaba dispuesta a no salir de la ciudad. Había vivido tan a menudo bajo la ocupación japonesa que creía que podría proteger a la gente contra algunos de los peores excesos de las tropas Sin embargo, la preocupaban los niños. Desde el principio la Misión de Tsehchow había sido orfanato siempre había de cincuenta a cien huérfanos pero este número había crecido enormemente durante los últimos meses. Ahora eran más de doscientos los que había que atender.

Hacía algún tiempo que sabía que la señora Chiang-Kai-Shek había creado una fundación para huérfanos de guerra, en Chungking. Los huérfanos eran recogidos en las regiones afectadas por la guerra y enviados a la antigua capital de Sian, en Shensi, donde los alimentaban, vestían y daban alojamiento. Incluso recibían instrucción. Durante el invierno, en uno de sus impulsos, Gladys había escrito a las autoridades de Chungking preguntando si podían ayudarla. Sospechaba que, después de la encarnizada resistencia del verano y el otoño, los japoneses no se mostrarían muy amables cuándo volvieran a entrar en Tsehchow, y temía por los niños.

Un mes más tarde recibió respuesta. Si los niños podían ser llevados a Sian, el Comité se encargaría gustoso de ellos. Decidió enviar inmediatamente la mitad. Encargó la expedición a Tsin Pen Kuang, un chino converso. Con dinero y provisiones, el hombre partió con un centenar de niños en dirección al Río Amarillo, el cual debían cruzar para tomar el tren de Sian. El viaje fue tranquilo, y cinco semanas más tarde supieron que habían llegado sin novedad.

Aquella noche celebró unos rezos en la capilla de la Misión. La reunión terminó pronto, pero advirtió que un soldado —los soldados acudían a menudo a los servicios— se mostraba reacio a salir. Permanecía en el umbral, dándole vueltas al gorro. Ella

le conocía bien: estaba de ordenanza con los hombres del general. Era muy joven, tímido y honrado.

—Veo que no tiene prisa esta noche —le dijo ella alegremente, disponiéndose a cerrar la puerta.

—Tenía que esperar hasta que los otros se hubiesen marchado —dijo él, con misterio—. Traigo un mensaje del general.

Se sacó un sobre del bolsillo del pecho y se lo entregó.

Ella frunció las cejas, lo rasgó y leyó la sencilla nota que contenía. Estaba escrita por el ayudante en nombre del general.

*«Las fuerzas chinas en Tsehchow están a punto de emprender la retirada. El general desearía que acompañase usted al ejército, que la dejaría en lugar seguro. Si sigue usted al ordenanza, éste le facilitará un caballo y la conducirá al lugar debido».*

La expresión de ella se hizo aún más severa. Aquella carta la irritó. No le gustaba que el general creyese que, a la primera señal de peligro, echaría a correr para ponerse a salvo. Durante los últimos años había estado muchas veces en peligro. Aunque David había regresado y la responsabilidad de la Misión era nominalmente suya, todavía tenía la impresión de que su deber era permanecer en Tsehchow. Cogió el lápiz del ordenanza y garabateó en el dorso de la carta: *Chi Tao Tu Pu Twai*, «los cristianos nunca retroceden». Comprendía que era una actitud un poco extravagante, pero con ella se le pasó el enfado.

—Llévelo a su general —dijo.

El ordenanza vaciló; después saludó, giró sobre los talones y se perdió en la oscuridad.

Gladys se echó en la cama y meditó en aquella carta. Así, pues, los japoneses iban a tomar la ciudad. Bueno, ella ya había vivido otras veces bajo la ocupación y podía volver a hacerlo ¡Había aún tanto, tanto trabajo por hacer! Vestida del todo, pues en aquellos días de alarma uno nunca sabía lo que podía traerle la noche se quedó dormida.

A la tarde siguiente se presentó de nuevo el ordenanza; su pálido y delgado semblante tenía una expresión preocupada. Gladys acababa de comer su ración de mijo y lo contempló con asombro.

—¿Por qué ha vuelto? —preguntó.

Él estaba aturullado, agitado, y tartamudeaba a causa de la excitación.

—El general le ruega que se ponga a salvo en seguida. Me ha enviado para transmitirle este mensaje. El ejército está acampado a quince tí, en el llano. Le ruego, Ai-weh-deh, que me acompañe.

Su agitación hizo brotar en ella un ligero sentimiento de inquietud. Dejó su escudilla y se levantó.

—Gracias por haber venido —dijo—, pero, como ya le dije, no quiero irme con la tropa, suceda lo que suceda. Que me quede en Tsehchow, o que vaya a la montaña, será lo mismo.

Para ella era una cosa lógica. Aunque ayudase a los nacionalistas con sus informes, seguía conservando ideas definidas sobre los deberes cristianos.

Lo dejó plantado y se alejó para seguir con su trabajo.

Durante todo el día prosiguió la evacuación de Tsehchow. Los japoneses habían sido contenidos demasiado tiempo por la acción de retaguardia de los chinos para que tuvieran merced de aquellos que les disgustaban o de quienes desconfiaban: la ciudad había quedado, pues, casi desierta. Gladys no había tenido tiempo de discutir el mensaje del general ni siquiera con David. Sabía que él no abandonaría la Misión si no era por la fuerza. Él también había vivido bajo la ocupación japonesa y pensaba que podría soportarla.

Mientras comían algo durante el almuerzo cambiaron algunas frases sobre cuestiones de la Misión, pero no había tiempo para largas discusiones. El lugar estaba atestado de refugiados; debía de haber al menos un millar de ellos en el recinto, y David Davies trataba de poner un poco de orden en aquella confusión.

Se tumbó en la cama vestida, como de costumbre y cerró los ojos. Cansada por las largas horas de trabajo, se quedó dormida. Cuando una piedrecita chocó en el cristal de la ventana, se despertó sobresaltada.

Luchó con el sueño, se levantó y se dirigió a la puerta. El pabilo de la lámpara de aceite de castor, que seguía ardiendo sobre la mesa, iluminaba débilmente la estancia.

—¿Quién está ahí? —preguntó, vivamente.

No logró entender la respuesta, pero reconoció la voz del ordenanza del general. Descorrió el cerrojo. El hombre estaba allí, recortando su negra sombra sobre el cielo pálido. Su voz era agitada.

—He venido a pedirle que venga con nosotros en seguida, Ai-weh-deh —dijo, rápidamente. Tal vez porque también estaba un poco asustada, su voz sonó con irritación.

—Ya le tengo dicho que no me batiré en retirada con el ejército —replicó—. ¿Por qué viene a molestarme a estas horas de la noche?

Él no pretendió entrar en la habitación, sino que permaneció donde estaba y dijo con voz apremiante:

—Tanto Si viene con nosotros Como si no, tiene que salir de aquí. Hemos recibido ciertos, informes.

—¿Qué informes?

—Los japoneses han puesto precio a su cabeza.

—¡Qué han puesto precio a mi cabeza! —Intentó sonreír, pero la risa se ahogó en su garganta—. ¿Qué valor tengo yo para nadie? ¡Es una idea absurda!

Sin añadir palabra, el ordenanza buscó en el bolsillo de su túnica, sacó un papel y se lo entregó.

—Estos carteles aparecen pegados en los muros de los pueblos próximos a Tsehchow. ¡Mañana lo estarán en las puertas de esta ciudad!

Ella se acercó a la lámpara y leyó. Las sombras danzaban sobre el pequeño cartel, de unas diez pulgadas por ocho. La cabecera rezaba: «¡Cien dólares de recompensa!», después proseguía: «El Ejército japonés pagará cien dólares de recompensa a quien facilite informes que conduzcan a la captura, viva de cualquiera de las tres personas que se enumeran a continuación».

Gladys deletreó los nombres. El primero era el del mandarín de Tsehchow; el segundo, el de un conocido hombre de negocios cuya simpatía por los nacionalistas era bien notoria, La tercera línea decía simplemente: «La Mujer Pequeña, conocida por Ai-weh-deh».

## Capítulo XIV

Su reacción inmediata fue la de qué todo aquello era increíble. ¡Cien dólares era una pequeña fortuna!

—¡Deben de estar locos! —exclamó—. ¡Ofrecer cien dólares por mi persona!

La negra figura del umbral no se movió.

—Debe salir por la mañana, Ai-weh-deh. Yo me voy. Pero debe marcharse en cuanto amanezca.

Gladys volvió a acercarse a él, presa ahora de indecisión, incapaz de evitar que el aguijón del miedo penetrara en su cerebro.

—Gracias por traerme estas noticias —dijo, pausadamente—. Y decidiré una cosa u otra; ahora aún no lo sé.

Él advirtió el matiz de inquietud de la voz de ella.

—Yo la quiero bien, Ai-weh-deh —dijo, gravemente.

Y un momento después había desaparecido en la noche. Jamás volvió a verle. Gladys cerró la puerta lentamente y volvió a la mesa. Examinó con mayor detención el pequeño anuncio. ¡Cien dólares! Era una gran cantidad de dinero para la mayoría de los habitantes de Tsehchow. Sin amargura, pensó que probablemente habría muchos capaces de traicionarla por la mitad de aquella suma. No pensó siquiera en consultar a David Davies su dilema; nacía años que se había acostumbrado a decidir por sí misma; había pasado muchos meses sin ver a Davies, y ahora que habían puesto precio a su cabeza no quería complicarlo en el asunto. La atmósfera del cuarto se iba haciendo irrespirable. Se dirigió a una ventana y la abrió. Fuera reinaba una oscuridad densa e impenetrable; el silencio era absoluto. «¿Cómo puedo huir ante el enemigo?», se preguntó desesperadamente, mientras una pequeña estación de onda corta emplazada en el interior de su cabeza empezaba a transmitir unas furtivas palabras: «¡Corre! ¡Corre! ¡Corre por tu vida!».

Era evidente que los japoneses se habían enterado de su labor de espionaje en favor de los nacionalistas. Alguien la había traicionado. El enemigo no mostraría ningún escrúpulo en saldar aquella cuenta; ni su sexo le serviría en modo alguno de protección. Y, sin embargo, seguía reacia a marcharse.

No sabía qué camino tomar. Llevada de un impulso, cogió su Biblia. Estaba sobre la mesa junto al cartelito. La abrió al azar y se inclinó para leer la línea de caracteres chinos. Nunca había leído aquel pasaje, y ahora lo leyó en voz alta, con creciente pavor.

*¡Vuela, vuela a las montañas! ¡Adéntrate en los lugares más ocultos*

*porque el Rey de Babilonia quiere tu perdición!*

El rey de Babilonia quiere tu perdición repito en voz alta, sintiéndose perpleja había pedido una señal, ¿no sería ésta? ¡Vuela! ¡Vuela! Sí, ahora ya sabía que debía marchar, se al amanecer. Se dirigió a un pequeño cajón que tenía en una esquina y empezó a sacar documentos y cartas. Tenía que quemarlos antes de marcharse. No debía quedar la menor prueba. Así la sorprendió el alba: pero había terminado su tarea. El sol se había levantado ya cuando bajó al recinto, llevando la Biblia y el pequeño cartel. Uno de los ancianos chinos, un buen cristiano a quien conocía desde hacía muchos años, daba ya su paseo tomando el sol. Impulsivamente, le alargó ella el pedazo de papel. Él lo tomó, lo observó detenidamente; durante unos momentos, y después la miró a los ojos. Su expresión era grave.

—Tendría que estar fuera —le dijo—. ¡Ya tendría que haberse marchado de aquí!

—Me marchó ahora —respondió—. Voy a pedirle al portero que prepare mi mula.

Al cruzar el amplio recinto hasta la puerta principal, sintió el calor del sol sobre la espalda. Sus pies, calzados con ligeros zapatos, levantaban diminutas nubes de polvo. Mao, el portero, observaba por la mirilla de la puerta cuando ella se le acercó.

—Mao —le dijo—. Me marchó en seguida. ¿Quiere prepararme la mula, por favor?

—Mire hacia fuera —dijo—. Ahora sería peligroso salir.

Gladys pasó junto a él y aplicó el ojo al pequeño orificio. Por él se veía un trozo de camino, interrumpido a la izquierda por el muro del recinto, y que, hacia la derecha, bordeando la muralla de la ciudad, conducía a la puerta de entrada a ésta. Un grupo de soldados japoneses estaba entrando por dicha puerta. Ella retrocedió, luchando con el súbito pánico que le atenazaba la garganta. Al volverse observó que, por alguna razón desconocida, Mesang, el cocinero, la había seguido a través del recinto. La apuntó con un dedo mugriento.

—¡Ya tendría que estar fuera! —dijo—. ¡Ya tendría que estar fuera!

Ella le miró sin responder, demasiado aturdida para hablar. Después se volvió y empezó a cruzar de nuevo el recinto, y mientras andaba, aquella sensación de pánico —parecida al ruido de un tren que se acercase a gran velocidad— comenzó a rugir en su interior. Sus pies se movieron con mayor rapidez: sus pasos se convirtieron en carrerilla, y después en una veloz carrera. Su objetivo era la puerta trasera; la puerta por la cual, por inmemorial costumbre, solían sacar los muertos. Para llegar a ella había que cruzar el patio y pasar frente a las habitaciones de David. Mientras corría, recordó de pronto que él estaba allí. Instintivamente se detuvo, cogió un puñado de arena y los arrojó a los cristales. Al cabo de un segundo él apareció en la ventana. Se debía de estar vistiendo, porque iba en mangas de camisa. Podía verle los hombros y

la cabeza mientras la miraba a través del cristal. Su voz le llegó claramente:

—¿Tiene miedo, Gladys? ¿Por qué tiene miedo?

Súbitamente volvió a asaltarle el pánico; sin responder una palabra corrió hacia la puerta trasera. Estaba abierta y la cruzó. Allí estaba el cementerio de los extranjeros, una abierta parcela de tierra en la que se veían los montículos de las tumbas. Más allá estaba el foso vacío y cubierto de hierba que circundaba la ciudad, y más lejos aún, hacia la derecha, se extendía un gran campo de verde trigo, no crecido del todo, pero lo bastante alto para ocultarla. Todo esto se lo sabía de memoria y se le hizo presente con la claridad de un relámpago mientras cruzaba la puerta, pero también advirtió inmediatamente que había cometido un error de cálculo. Aunque la puerta principal estaba más cerca de la entrada de la ciudad, la puerta de escape posterior quedaba a la vista de cualquiera que avanzara por el camino desde mucha mayor distancia. Por aquel camino, siguiendo al destacamento que había visto entrar en la ciudad, venían otras compañías; que marchaban a intervalos regulares. Al correr, había entrado en su campo visual. El grupo más próximo de soldados no estaba más que a unas cien yardas de ella. Y sabía lo propensos que eran a disparar primero y averiguar después la identidad del blanco. Huir era una invitación al fusilamiento. Disparaban una y otra vez con la misma fruición de un joven granjero persiguiendo a un conejo. Si sus tiros daban en el blanco, raramente se desviaban de su camino para inspeccionar al cadáver o ver las heridas que habían producido con sus balase Pero ahora no podía detenerse; no tenía más remedio que huir, y aquel pensamiento le hizo aumentar su velocidad.

Al correr por el cementerio, oyó a los soldados que gritaban a su espalda; seguidamente percibió las detonaciones de los rifles y el zumbido de las balas al rebotar en las piedras a su alrededor. Le dolía el pecho y el sudor le entraba en los ojos, pero el borde del foso no estaba más que a unas yardas. Trató de llegar a él pero, cuando casi había llegado, sintió un puñetazo en la espalda. Ya no pudo correr, sino que se halló tendida de bruces, llena la boca de polvo y arena. No sintió dolor; sólo una inmensa sorpresa. Sabía que una bala la había herido en alguna parte. «Me muero —pensó—. ¿Y esto es morir?». Entonces percibió como una quemadura entre los omóplatos y, recobrando rápidamente el buen sentido, comprendió que no se moría, pero que no tardaría en hacerlo, pues las balas seguían levantando nubecillas de polvo y rebotando en las piedras. Los soldados japoneses utilizaban como blanco su cuerpo caído. Con un impulso reflejo, intuitivo, se incorporó y se desabrochó de un tirón la chaqueta acolchada. Su Biblia había caído con ella y sentía su presión bajo el estómago. Contorsionándose se desprendió de la chaqueta, dejándola detrás como la piel de una serpiente; después, utilizando la Biblia para deslizarse, empezó a reptar hacia delante, empujando con los dedos de los pies y arañando el suelo con las manos. Jadeante llegó al foso y se dejó caer en él. Ahora le ardía la espalda. Su

corazón latió con fuerza al escuchar la ráfaga de balas que caía sobre el abrigo abandonado, al rectificar los soldados su puntería. Aquello le dio nuevo ímpetu. Deslizose agachada por el foso hasta que vio alzarse el trigo sobre su cabeza. Separándolo cuidadosamente, se deslizó entre los flexibles tallos, avanzando de espalda a fin de volver a levantar los tiernos tallos y no dejar el rastro de espigas tronchadas detrás de ella.

Al llegar a la mitad del campo se sintió bastante segura. Lamentaba haber perdido su abrigo, pues todo lo que llevaba debajo era una delgada chaqueta de algodón y temblaba aún a pleno sol. Sentía ahora el pinchazo de la rozadura en su espalda. La bala había atravesado el abrigo acolchado y le había rozado el omóplato derecho. Sus dedos localizaron el estrecho surco en la carne; pero sangraba poco, y no se preocupó. Tenía los ojos pesados y se sentía débil. Recordó que apenas habla dormido la noche anterior. Ya no tenía miedo. Sabía que cuando cayese la noche los japoneses se encerrarían dentro de la ciudad. Por consiguiente, tenía que esperar hasta que se pusiera el sol para huir hacia los montes. Para pasar el tiempo hasta que anoheciera, se fue abriendo camino entre los trigos hasta llegar al extremo más apartado del campo. Y tan pronto como la sombra fue lo bastante intensa para ocultarla, salió de su escondrijo. Miró atrás, al las murallas de la ciudad. No se movía un almacén ninguna dirección y corrió por los campos ondulados en dirección a la montaña.

Tardó dos días en llegar a la Posada de las; Ocho Venturas, y, cuando llegó, ya sabía lo que., tenía que hacer. Mientras hacía su ruta por las rocosas laderas, y el viento le azotaba la cara en los riscos, y tropezaba en los abruptos declives que llevaban a los valles, había examinado todos los caminos que podía tomar. Y había llegado a una conclusión: ¡tenía que marcharse! Tenía que alejarse de aquella región de Shansi. Cogería los niños —todos— y los llevaría cruzando los montes hasta Sian, donde encontraría refugio. Tal era la decisión que había tomado mientras bajaba por el estrecho sendero en dirección a la Posada.

Los niños se alegraron muchísimo al verla. Todos salieron al patio, riendo y parloteando. Los dos trabajadores de la misión que los habían tenido a su cuidado le dijeron que habían pedido grano al mandarín, y que todos estaban bien alimentados. Gladys los reunió a todos a su alrededor, un mar de chiquillos morenos, sonrientes, sucios y de almendrados ojos, que la consideraban como una verdadera madre, como una madre que les había dado Dios.

—¡Ai-weh-deh! —clamaron—. ¡Ai-weh-deh ha venido a cuidar de nosotros!

—Esta noche —les dijo ella— quiero que todos os vayáis a dormir temprano. Mañana emprendemos un largo viaje por los monte. ¡Un viaje largo, muy largo!

Se produjo una clamorosa evocación. Un largo viaje a donde fuese era toda una aventura.

—Tenéis que levantaros temprano, atar la ropa de vuestras camas y coger vuestras escudillas y palillos. Ahora marchaos, y a la cama pronto. No lo olvidéis.

Desaparecieron por todos los agujeros y rincones del edificio, y, al contemplar el techo hundido y la maltrecha galería, Gladys pensó que, realmente, casi todo eran agujeros y rincones en su casa. Al hallarse en el primer patio pensó en el antiguo esplendor, la pompa, la oficialidad y todo el ceremonial de corte, de miles de años de antigüedad, que habían precedido a sus primeras entrevistas con el mandarín. Ahora sólo había un guardián ante la puerta de su pequeña cámara. El hombre reconoció a Gladys, le sonrió, empujó la puerta del mandarín y gritó:

—¡Es ella!

Al entrar, Gladys imaginó que en los viejos tiempos aquella descortesía le habría costado la cabeza.

Él mandarín se levantó a saludarla. Llevaba un vestido azul corriente y un gorro negro. Por un fugaz instante, Gladys recordó con añoranza aquellas maravillosas túnicas de escarlata y oro. Incluso su larga y lustrosa coleta aparecía ahora reducida a un grueso rabito. Todos los varones chinos habían hecho lo mismo por orden de los nacionalistas, porque los japoneses habían descubierto maneras ingeniosas de torturar a los hombres coletudos. Les parecía extraordinariamente divertido colgar a un hombre con su propia coleta.

—Ai-weh-deh —dijo amablemente—, ¡cuánto me alegra verla!

—También yo me alegro —respondió ella. La escuchó atentamente al referirle ella lo ocurrido y su decisión de intentar el viaje a Sian, cruzando los montes con los niños. Y ella comprendió en seguida que estaba preocupada.

—He oído decir que los ejércitos japoneses se están infiltrando en los pasos de los montes y han alcanzado el Río Amarillo. Tendrá que cruzar su territorio. Será muy peligroso.

—Nos alejaremos de todas las rutas conocidas —respondió ella—. Iremos por caminos que los japoneses no descubrirán nunca.

—¿Con un *bei* de niños? En la numeración china un *bei* quiere decir ciento. En realidad, eran unos pocos menos.

—¡Con un *bei* de niños! —dijo, con firmeza—. No me atrevo dejar uno solo.

—Tiene razón —dijo él, tristemente, e hizo una breve pausa—. ¿Tiene dinero y provisiones para el viaje?

—Ni una cosa ni otra. Él sonrió y después rió en voz alta.

—Tiene usted la facultad de enfrentarse con las cosas más formidables, Ai-weh-deh, con una seguridad y una calma que le he envidiado desde que llegó a Yangcheng hace años.

—Ya se lo he dicho muchas veces: «Dios proveerá». Y ahora usted también lo cree, ¿no?

—En esta ocasión, al menos, deje que el mandarín de Yangcheng actúe como su agente. Puedo darle dos *dhan* de mijo y dos hombres que los lleven durante la primera parte de su viaje. Tardará varias semanas en llegar a Sian por los caminos que habrá de tomar, ¿se ha dado cuenta?

—Lo sé. Saldré mañana al amanecer.

—¡Que Dios le ayude! —dijo él—. Y que tenga la suerte que se merece.

Se hicieron una profunda reverencia; eran dos viejos amigos que se despedían, y los dos hubiesen querido demostrar su profundo afecto en algo más que en palabras. Era imposible y absolutamente innecesario.

Se preguntó qué sería de David, Si hubiese sabido lo que estaba a punto de ocurrirle, probablemente habría regresado en seguida a Tsehchow para intentar ayudarlo. Pero no lo sabía. Y tenían aún que pasar largos años antes de que conociera la historia completa de David Davies.

Dos semanas después de haber ocupado los japoneses Tsehchow, lo detuvieron y lo acusaron de espionaje. Aún faltaba todavía un año y cuatro meses para que los japoneses declararan la guerra a los aliados, y David Davies era por tanto teóricamente neutral; ello no suponía ninguna diferencia en su trato. Internados mil millas en China, los escrúpulos teóricos no desempeñaban un gran papel en la estrategia japonesa. Por alguna razón que sólo ellos conocían, se habían empeñado en hacerle confesar que era un espía. Su método era muy sencillo: le hacían pasar hambre, no lo dejaban dormir y lo azotaban cruelmente a intervalos regulares.

A dos de sus conversos los ataron a unas vigas y los torturaron para forzarlos a declarar que David Davies había conspirado contra los japoneses. Ambos se negaron a hacerlo, y los mataron a los dos. Eran hombres sencillos, que no podían comprender por qué les torturaban para que confesasen algo que sabían —y también lo sabían los japoneses— que era falso. Ambos murieron siendo leales. Los japoneses no tenían motivos de sospecha contra David; pero era europeo y cristiano, y de ambas cosas desconfiaban. ¿Por qué había vuelto a la Misión? ¿Por qué había consentido que soldados chinos frecuentaran su recinto? ¿Por qué había hecho espionaje a favor de los nacionalistas? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Día y noche lo hacían permanecer arrodillado frente a una pared desnuda, y si se quedaba dormido lo despertaban cada hora a garrotazos. Tres meses duró aquel trato, sin que lograrán mellar su ánimo y resolución. Conocían a Gladys, pero ésta estaba fuera de su alcance.

Habían encontrado una carta dirigida a ella por un tal Mr. White, periodista de la revista *Time*, muchos meses antes había cruzado el Río Amarillo y entrado en Shansi en busca de material. Como conocía poco el idioma y además los nacionalistas desconfiaban de él, fue dirigido a Gladys en última instancia. Quería enterarse de lo que ocurría, de quién luchaba contra quién, y de si realmente los japoneses cometían atrocidades. Gladys lo había ayudado en; lo que había podido. Meses más tarde le

escribió desde Chungking dándole las gracias por haberle proporcionado detalles de las atrocidades japonesas. Le había enviado la carta a Tsehchow. Sin saberlo, igual hubiera podido enviar una sentencia de muerte. A la sazón Gladys estaba ausente, y David en *route* hacia Chifú. La carta quedó sobre la mesa de David y en el curso de alguna limpieza, caería entre el escritorio y la pared. Ni Gladys ni David la habían encontrado al destruir sus documentos personales. Pero los japoneses no cometieron el mismo error al registrar por última vez la Misión. Tan pronto como se la mostraron a David, comprendió éste que si alguna vez lograban apresar a Gladys, aquello sería para ella el final. Declaró que nada sabía de Mr. White ni de la carta; lo cual era verdad. Cuando aquél había hecho su visita, él estaba en la costa, a mil millas de distancia. Mas los japoneses no quisieron saber nada de sus protestas de inocencia, y afirmaron que aquélla era una nueva prueba de su culpabilidad. Después de tres meses de interrogatorio, lo trasladaron a una cárcel china de T'ai Yuan.

Allí prosiguió el trato inhumano. Lo metieron en una jaula de acero, cuyo suelo y pared posterior eran de cemento, con otros cien prisioneros. Sólo tenía unos cuantos pies cuadrados. Allí estaban apretujados, en una masa caliente y apestosa, sin posibilidad siquiera de satisfacer las menores exigencias sanitarias. Por y noche les alumbraba una bombilla eléctrica. Al amanecer —sabían que amanecía sólo porque el guardián les daba la orden «¡de rodillas!»— tenían que arrodillarse de cara a la pared. Y así tenían que permanecer durante horas; si se movían o hablaban, los apaleaban bárbaramente. Más tarde recibían otra orden: «¡En pie!». Con las cabezas inclinadas, porque la celda era demasiado baja para poder permanecer erguidos, se quedaban allí inmóviles. Por la noche, venía la última orden: «¡Acostarse!», y se echaban en el suelo de cemento, amontonados y retorcidos. Cada dos o tres días les entraban una escudilla de *kioliang* o de maíz y un poco de agua. Los prisioneros tenían que comer con los dedos. Con intervalos de unos días sacaban a David Davies para ser interrogado. Le decían que si confesaba que era un espía le darían inmediatamente mejor alojamiento y mejor trato. Él se negaba. Sabía que trataban de volverle loco; y sabía también que mientras estuviera lúcido no podrían vencerle. Su determinación era como una espiral de acero en su interior; cuanto más lo retorcían con sus tenazas de tortura, tanto más se contraía el muelle, hasta formar un núcleo de sólido e indestructible metal.

Al fin los japoneses reconocieron su fracaso. Fue trasladado a otra celda, en la que sólo había tres prisioneros, y le dieron un trato un poco mejor. Empleó aquel tiempo en convertir al cristianismo a uno de sus compañeros de prisión. Dos años después de haber sido detenido, lo enviaron a la costa para repatriarlo como paisano. Allí, mientras esperaba el último barco que había de llevarle a su país, se enteró de que su esposa Jean y sus hijos estaban en un campo cercano, y, renunciando a la oportunidad de ser repatriado, corrió a su encuentro. El barco zarpó sin él. Su hija

pequeña estaba enferma de tos ferina y padecía una complicación que sólo suele presentarse una vez de cada mil. Murió en pocas horas. Él pasó el resto de la guerra con Jean y sus dos chicos en un campo de concentración próximo, En la actualidad vive en Ely, un suburbio de Cardiff en una pequeña casa, gobernando su propia iglesia y comunidad. Tiene cicatrices en la cara producto de su relación con los japoneses. Pero no conserva cicatrices interiores.

En el alma de David Davies no caben el rencor ni la venganza.

## Capítulo XV

Al amanecer los niños estaban ya levantados y corrían y gritaban, jugando al *tag*<sup>[6]</sup> y, en general, comportándose como todos los niños del mundo. Con la ayuda de los mayores, Gladys procuró clasificarlos y darles de comer.

Durante algunas millas siguieron la ruta principal en dirección al Sur. Gladys poseía un silbato que le había dado hacía unos meses un soldado japonés, y lo tocaba de vez en cuando para hacer bajar a los más arriesgados de los montículos rocosos, y en un par de ocasiones para reunirlos y pasar lista, no fuera que faltase alguno.

Se detuvieron junto a un arroyo para cocer mijo en una olla que Gladys llevaba, y ella fue vertiendo el grano humeante en las escudillas que por turno le presentaban los chicos. Al acabar de servir a todos poco le quedó en la olla para ella, y desde aquel momento, casi siempre sucedió lo mismo.

Oscurecía cuando llegaron a un pueblo de la montaña que ella conocía y donde pensó que podrían hallar cobijo para pasar la noche, Y no es que creyera que ningún amo de casa se sin tierra muy dichoso en albergar un centenar de chiquillos ruidosos y sucios. La ayuda le llegó de donde menos esperaba. Un viejo sacerdote budista, con su brillante indumento de color de azafrán, estaba en la escalera de su templo cuando la mujer de Yangcheng pasó por delante con su niñada.

—¿A dónde van? —le gritó a Gladys.

—Somos refugiados y nos dirigimos a Sian —respondió ella.

Él descendió los peldaños y se acercó. Sus ojillos casi se perdían en la maraña de arrugas que surcaban su cara.

—Pero ¿qué va a hacer con todos esos chiquillos, mujeres?

Su voz estaba llena de reproche.

—Busco un sitio donde podamos pasar la noche.

—Entonces, pueden quedarse en él templo —dijo él, bruscamente—. Todos mis hermanos sacerdotes están ausentes. Hay mucho sitio. Dígales que entren. Siempre estarán más calientes que en la falda del monte.

No fue necesario presionar a los muchacho ¡Aquello parecía una aventura! El templo estaba a oscuras y en él había sombríos nichos que albergaban imágenes de piedra del obeso Buda de cargados párpados. Había frescos en las paredes que representaban los múltiples tormentos de los pecadores, pero los niños estaban demasiado fatigados para fijarse en ellos. Se agruparon alrededor de la olla cuando Gladys hubo terminado de hervir el mijo, y, cuando hubieron comido, se acurrucaron en sus ropas de cama y se quedaron dormidos en seguida.

El segundo día fijó una copia del anterior. Los muchachos se despertaron

refrescados con una absoluta falta de reverencia, comenzaron a explorar el templo, con agudos gritos de admiración. El sacerdote sonreía, cortés; aquello no parecía importarle lo más mínimo. Se inclinó cuando Gladys le dio las gracias y le deseó un feliz viaje hasta Sian.

Estaban lejos de cualquier pueblo cuando les sorprendió la noche y se agruparon al amparo de un semicírculo de rocas, resguardados del viento. Por la noche cayó una espesa niebla, y los niños se acurrucaron bajo sus mantas húmedas. El día siguiente amanecieron echando vapor y se secaron al sol. Por la tarde se encontraron a un hombre, montado en una mula, que viajaba en su misma dirección. Si querían llegarse hasta su pueblo, dijo, gustoso les procuraría alojamiento para la noche. Gladys aceptó la oferta, agradecida. En su patio se desparramaron los chicos, comieron el mijo cocido de sus escudillas, y bebieron tazas de té caliente. Seguían pensando que era una estupenda aventura. Incluso Gladys sintió un inmenso alivio al pensar que habían pasado sin novedad otro día, y que el Río Amarillo estaba un día más cerca. Cogió su tazón con ambas manos, para disfrutar del tibio calor que emanaba, y se puso, a charlar con las niñas.

—¿Cuántos días tardaremos en llegar al Río Amarillo, Ai-weh-deh? —preguntó Saulán, tímidamente.

Aunque Gladys nunca había llegado hasta el Río Amarillo, sabía perfectamente la respuesta.

—Los arrieros solían emplear cinco días siguiendo la ruta normal. Pero nosotros vamos cruzando los montes. Yo diría que necesitamos doce días.

—¿Y no veremos a ningún japonés en todo el camino? —preguntó Ninepence.

—Espero que no —respondió ella.

Mientras charlaban, contempló a las dos niñas, la que había comprado por nueve peniques, y la pequeña esclava del y amen. Ambas eran unas criaturas exquisitas, de claro cutis y pelo negro y brillante. Incluso embutidas en sus chaquetas acolchadas y polvorientas resultaban preciosas.

Las dos noches siguientes las pasaron al aire libre. Dos de los chicos mayores, Teh y Liang, habían conseguido un bote de lechada de cal en un pueblo del camino, y marchaban delante, marcando las rocas con pinceladas blancas a fin de señalar el camino a través de los montes. De vez en cuando escribían un letrero en la roca: «*Por aquí. ¡Adelante!*», o «*No tengáis miedo, pequeños*». Los más pequeños lanzaban exclamaciones de gozo cuando les traducían los mensajes.

Aquel terreno era ya desconocido para Gladys, pero seguía rumbo al Sur guiándose por la dirección del sol. Prácticamente estaban siempre sedientos, porque el sol era fuerte y sólo en los pueblos se encontraban pozos. Después de las densas nieblas de la montaña, todas las noches se arremolinaban junto a cualquier gotera de las rocas y se humedecían la lengua. El mijo se consumió y el mozo que lo llevaba se

volvió a su pueblo. Ya no tenían más comida, y los montes se extendían ante ellos, salvajes y yermos, con pocos lugares habitados. A menudo, cuando trepaban por una roca, se encontraban con que la bajada era tan abrupta que tenían que formar una cadena humana y pasarse a los más pequeños de mano en mano. Y los pequeños lloraban al caerse, y volvían a llorar cuando se sentían cansados. A menudo trataba Gladys de reanimarlos cantando himnos, y cuando llegaban al terreno llano todos avanzaban valientemente cantando a coro. Prácticamente, entre los chicos mayores y Gladys acarreaban ahora toda la impedimenta, y a menudo se cargaban auestas por un breve trecho a algunos de los pequeños de cinco o seis años. Era raro el momento en que alguna manita no se agarraba a la chaqueta de Gladys.

Siete noches después de su salida de Yangcheng acamparon en el corazón de una región montañosa desconocida para ella. Habían encontrado un pequeño sendero que se dirigía hacia el Sur. Todavía no era noche cerrada, pero estaban todos tan fatigados que no podían seguir adelante. Los delgados zapatos de paño, de confección casera, que todos llevaban, estaban prácticamente destrozados. Los pies de las chicas mayores estaban heridos y sangraban. Todos iban sucios, cubiertos de polvo; y no tenían comida. Gladys levantó la cabeza para examinar a su hueste, que yacía en grupos al amparo de las rocas. Y lo que vio no le gustó; a menos que recibieran alimentos y auxilio muy pronto, la estremecía pensar en lo que podía ocurrir. De pronto vio a Teh y a Liang, que todavía actuaban de exploradores, corriendo en dirección a día. Le gritaban algo que no lograba entender, pero sus excitados ademanes presagiaban peligro.

—¡Hombres! —gritaron después—. ¡Soldados!

Gladys se sintió helada de pánico. Se llevó el Silbato a la boca dispuesta a dar la señal convenida para que los chicos se dispersaran, pero no llegó a soplar. Si se dispersaban por aquel terreno salvaje, podían perderse todos y morir de hambre. Y en aquel momento, mientras los dos muchachos se acercaban a ella, vio unos hombres uniformados que salían de detrás de un montículo rocoso, abajo en el valle, y con un suspiro de alivio comprobó que eran tropas nacionalistas. Gladys con las niñas, avanzó lentamente, y de pronto oyó el ruido que más temía en el mundo: ¡el ruido de motores de aviación! Con un zumbido que resonó en el valle, dos cazas japoneses aparecieron por una abertura entre las montañas precipitándose en su dirección. Aunque debían de volar a cientos de pies de altura, su súbita aparición y el roncar de sus motores provocó una ola de pánico en todos los que estaban en el valle.

Gladys corrió a refugiarse bajo una peña y vio por el rabillo del ojo que las chicas hacían lo mismo. Se agazapó, rígida, esperando oír el tableteo de las ametralladoras. Pero no fue así. Miró a lo alto y vio cómo desaparecían los aviones que llevaban pintada en las alas la insignia del Sol Naciente. Por lo visto los aviadores perseguían un objetivo más importante que ametrallar a las tropas nacionalistas y a los

refugiados en los montes. Gladys se alzó y miró valle abajo. Los niños estaban bien instalados para el caso de un ataque aéreo. Todos se levantaron de sus escondrijos. Las tropas nacionalistas, que también se habían dispersado, se mezclaban ahora con los niños. Todos salieron riendo entre las rocas.

El problema de los chiquillos hambrientos se había solucionado ya espontáneamente. Los soldados metían las manos en las mochilas y sacaban tesoros de delicados manjares, y en todas partes podían oír los «¡Ah!», y los «¡Oh!», de la encantada chiquillería.

Los soldados decidieron acampar allí para pasar la noche. Invitaron a Gladys y a su rebaño a permanecer con ellos y compartir su comida. ¡Aquello fue un festín!

Al duodécimo día salieron del terreno montañoso y descendieron por las laderas en dirección al Río Amarillo. Como de costumbre, en aquellos últimos días, las voces de los pequeños formaban una quejosa música de fondo.

¡Ai-weh-deh, me duelen los pies!

—¡Ai-weh-deh, tengo hambre!

—Ai-weh-deh, ¿cuándo nos detendremos pata pasar la noche?

—Ai-weh-deh, ¿quieres llevarme?

—Mirad allá abajo —dijo ella— es él pueblo de Yuan Ku; y más allá, a lo lejos, mirad: ¡el Río Amarillo! ¡Mirad cómo resplandece bajo él sol!

—Pero está muy lejos, Ai-weh-deh. ¡Y tenemos mucha hambre!

—En el pueblo de Yuan Ku nos darán de comer, y después llegaremos hasta él Río Amarillo. Una vez lo hayamos cruzado, estaremos a salvo. Ahora vamos a cantar una canción mientras bajamos al pueblo.

Siguieron la carretera que de las colinas conducía al pueblo. Éste había sido terriblemente bombardeado. Los cascotes llenaban las calles y la mayoría de las casas no tenían tejado. En el lugar reinaba un inexplicable silencio. En las calles no se veían arrieros ni *culíes*. Los chiquillos fueron de casa en casa, dando voces en los patios. Allí no había nadie. Todo estaba desierto. Entonces Liang y Teh, los fieles exploradores que seguían en vanguardia, dijeron que habían encontrado un anciano. Gladys corrió a hablarle. Estaba sentado apoyado en el tronco de un árbol, tomando el sol, llevaba un sombrero de paja cónico, y unos cuantos pelos blancos brotaban de su mentón. Sus flacas piernas asomaban debajo de los calzones de algodón azul. Había estado durmiendo, y ahora estaba malhumorado porque le habían despertado.

—Esto es Yuan Ku, ¿verdad, anciano? —dijo Gladys, alzando la voz.

—Sí, esto es Yuan Ku.

—Pero ¿dónde está toda la gente? ¿Par qué está desierto el pueblo?

—Han huido. Los japoneses avanzan hacia acá, y todos han huido.

Un hilillo de saliva le caía por él mentón. No tenía dientes y su cara estaba chupada hasta los huesos.

—Y usted, ¿por qué no ha huido? ¿Por qué está aún aquí?

—Soy demasiado viejo para correr. Dormiré aquí al sol hasta que lleguen los japoneses, y si me matan, ¿a quién va a importarle? Todos mis hijos han desaparecido. Mi familia ha quedado destrozada como los tallos del trigo que rompe el viento. Esperaré a los japoneses y les escupiré a la cara.

—Pero ¿a dónde ha ido toda la gente?

—Al otro lado del río Amarillo, lejos de los japoneses.

—Entonces, también nosotros debemos hacer lo mismo. ¿Hay barcas?

—Las había. Ahora me parece que habrán llegado tarde.—Dirigió una mirada mortecina a los chicos que se agrupaban a su alrededor. —¿De dónde vienen todos esos niños? ¿A dónde van?

—Somos refugiados y nos dirigimos a Sian —dijo ella.

El hombre frunció despectivamente los labios.

—Eres tonta, mujer, de preocuparte por todos esos niños. Los dioses crearon a la mujer para que cuidara de un puñado de niños, no de un ejército.

Gladys ya había oído otras veces en China aquella filosofía. Le entró por un oído y le salió por el otro.

—¿Cuánto dista el río de aquí?

—Tres millas. Hay que seguir el camino que lleva al transbordador, pero no encontraré ninguna barca. Los japoneses van a llegar, y no era cuestión de que se llevaran las barcas. Volved a la montaña, mujer. Es el único sitio seguro.

—Nosotros vamos a Sian —dijo Gladys, simplemente. Tocó el silbato y los niños se alinearon junto a ella. Le tocaba a Cheia el turno de ir a hombros, y ella se la cargó a la espalda—. Tan pronto como lleguemos al río nos bañaremos y lavaremos la ropa —prosiguió—, tomaremos un barco y nos pondremos a salvo en la otra orilla. Adiós, anciano, y ¡buena suerte!

Él ni volvió la cabeza para verlos marchar. La dejó caer sobre el pecho, y estaba durmiendo antes de que hubieran doblado la esquina.

La comitiva se deslizó por el polvoriento camino en dirección al río. Había cañas a lo largo de la ribera, y diminutas ensenadas con arena, donde los chiquillos podían chapotear. Corrieron hacia allí, chillando entusiasmados. El río tendría una milla de anchura y la corriente era rápida y profunda en el centro. Pero no había barcas, ¡ni rastro de barcas! Sualan dijo a media voz:

—¿Dónde están los barcos, Ai-weh-deh?

—Deben ir y venir de vez en cuando —respondió ella—. Tal vez hoy hemos llegado demasiado tarde. Pasaremos la noche aquí en la orilla y embarcaremos mañana a primera hora. Se acurrucaron en un hoyo de la orilla. A la mañana siguiente los chicos estaban ya jugando en la orilla cuando ella despertó. Los más pequeños empezaron a gritarle.

—¡Ai-weh-deh, tenemos hambre! ¿Nos darás algo de comer, Ai-weh-deh?

—Pronto —les respondió—. Pronto.

Reunió a los chicos mayores.

—Tenemos que buscar comida. En Yuan Ku tienen que haber dejado algunas provisiones. Tenéis que volver allí y registrar las casas. Mirad en todas partes. Tenemos que encontrar algo de comida. Los pequeños siguieron jugando en la orilla.

Los mayores se dirigieron a buscar comida al abandonado pueblo de Yuan Ku. Gladys se sentó en la ribera y observó cómo el sol se elevaba en el cielo, produciendo cegadores reflejos en la superficie del ancho río. Se sentía mareada. Los pequeños todavía no habían superado su asombro a la vista del ancho río, y exploraban los cañaverales y las playitas a lo largo de la orilla. Pero la curiosidad no basta a llenarles la barriga.

«¡Si al menos viniera una barca! —pensó ella—. ¡Si al menos viniera una barca!».

Tres horas más tarde, regresaron triunfalmente los muchachos. Habían registrado la mayoría de las casas de Yuan Ku y cada cual traía su pequeña contribución: unas libras de mijo florido en el fondo de una cesta destartalada, unas pocas tortas polvorientas y reseca, sacadas de debajo del mostrador de una tienda. Todo fue hervido en la olla comunal en una hoguera de cañas secas, y repartido entre las escudillas que agitaban los pequeños. No hubo bastante para Gladys, Sualan y los chicos mayores; pero los pequeños pudieron alimentarse.

Mañana tal vez llegaría una barca.

Comieron las últimas migajas. Era el tercer día de su estancia en la orilla del Río Amarillo. El sol se levantó y los chiquillos se cansaron, de corretear por la orilla. Ella les contó cuentos y cantó canciones con ellos, pero le dolían; los ojos de tanto mirar el agua en busca de una barca. Al anochecer, todos se acercaron a ella para que pudiera acariciarlos. A la mañana del cuarto día incluso los más pequeños presentaban un aspecto afligido. Fue entonces cuando Sualan le dijo:

—Ai-weh-deh, ¿recuerda que nos contó cómo Moisés se llevó a los hijos de Israel hasta el mar Rojo? ¿Y cómo Dios ordenó a las aguas que se abrieran, y que los israelitas las cruzaron felizmente?

—Sí, lo recuerdo —respondió, amablemente.

—Entonces, ¿por qué Dios no abre las aguas del Río Amarillo para que lo crucemos?

Ella miró tristemente la bonita cara infantil, los ingenuos ojos abiertos.

—Yo no soy Moisés, Sualan —respondió.

—Pero Dios siempre es Dios, Ai-weh-deh. Nos lo ha dicho más de cien veces. Y si Él es Dios, puede separar las aguas del río.

Por un instante no supo qué responderle; cómo contarle a una chica hambrienta,

en la orilla de un inmenso río, que no deben pedirse milagros; cómo explicarle que a veces no se es digno de un milagro; cómo darle a entender que, aunque ella fuese capaz de enfrentarse con el peor enemigo en cualquier momento, no tenía poder para separar las vastas aguas, ni tenía otro poder que el de su propia fe.

Le dijo:

—Arrodillémonos las dos y recemos, Sualan. Y tal vez nuestros ruegos sean escuchados.

\* \* \* \*

El oficial nacionalista chino que mandaba el pelotón que exploraba la orilla del río, volvió la cabeza para mirar el grupo de hombres que le seguía. Todos ellos eran muchachos, reclutados en los pueblos de la zona intermedia, provistos de rifles y de mal ajustados uniformes, entrenándose rápidamente en el arte de vivir de la tierra, como parte elemental de su instrucción militar. Eran ocho en total, todos sin afeitar y con pelo crecido.

¡Ah!, y eran capaces de luchar. Si tropezaban con una patrulla de reconocimiento japonesa, se echarían al suelo y sus balas levantarían nubecillas de polvo entre los pies de sus enemigos. Así les entretendrían un rato, a menos que la otra patrulla llevara un mortero, o que llamara a uno de sus aviones para que los borrara del mundo de los vivos con sus bombas. Tal vez aguantarían lo mejor que pudieran hasta que cayera la noche, y con ésta vendría su salvación, liarían señales a sus camaradas de la ribera opuesta, y el precioso bote camuflado con cañas cruzaría el río. La noche podía servirles de bastante.

Sus vagos pensamientos cesaron de pronto ¡Un ruido! ¡Un ruido extraño! Un lejano y agudo sonido, tembloroso e incierto. ¿Un avión? Sus hombres así lo creyeron. Vio cómo se echaban los cascos atrás y volvían los ojos hacia, el cielo sin nubes, esforzándose por localizarlo. Durante la última semana se había observado una desacostumbrada falta de actividad de los aviones en la zona del Río Amarillo. Generalmente los aeroplanos japoneses patrullaban; y abrían fuego contra cualquier cosa que se moviera, incluso disparando contra los cañaverales de la orilla o bombardeando furiosamente el propio río, alzando una barrera de aguas agitadas que producían un rumor intimidatorio.

Y, sin embargo, aquello parecía más bien un canto, el canto lejano, agudo y monótono de muchas gargantas infantiles. Sacudió la cabeza como para despejarla. En aquel punto el río tenía una milla de anchura: tal vez eran chiquillos de los pueblos de la otra orilla. Tal vez recitaban la lección; pero ¿llegarían sus voces hasta tan lejos? Trepó cautelosamente a una pequeña elevación de la ribera. Se irguió para

ver mejor y exhaló un gruñido de sorpresa, Cogió sus prismáticos y los enfocó. Y vio una escena desconcertante: una muchedumbre de niños agrupados en la orilla, sentados en círculo y cantando. Algunos, más pequeños, chapoteaban y saltaban en la orilla.

Contuvo a sus hambres con un ademán.

—Esperad ahí —les dijo—. Puede ser una celada. Estad alerta.

En muchas otras ocasiones los japoneses se habían hecho preceder por refugiados. ¿Y quiénes serían aquellos chiquillos? Todos los evacuados habían salido de aquella zona hacia días. El río estaba oficialmente cerrado. A medida, que fue avanzando por la ribera, se convenció de que eran desde luego niños chinos. Los más pequeños le vieron y corrieron hacia él, riendo y gritando satisfechos.

—Ai-weh-deh —chillaron—, aquí hay un soldado. ¡Un soldado!

El joven oficial vio la pequeña mujer que estaba sentada en el suelo. Era delgada y parecía hambrienta. Se levantó al aproximarse él, y con sorpresa, advirtió él que era extranjera.

—¿Está loca? —dijo—. ¿Quién es usted?

—Somos refugiados y tratamos de llegar a Sian —respondió simplemente.

Su chino era correcto, aunque lo hablaba en el marcado dialecto del Norte; pero, a pesar de ello y de que era pequeña como las mujeres del país y tenía su mismo pelo negro, tuvo la seguridad de que era extranjera.

—Esto no tardará en convertirse en un campo de batalla, ¿se ha dado cuenta? —preguntó.

—Toda China es un campo de batalla —replicó ella, tristemente.

—¿Está usted encargada de esos niños?

—Sí, en efecto. Queremos cruzar el río.

Él la miró fijamente. Era una mujer muy joven, Llevaba el negro pelo atada en un moño, y sus vestidos eran viejos y harapientos; tenía profundas ojeras, la cara hundida y el aspecto enfermizo.

—¿Es extranjera?

—Sí, soy extranjera.

—Para serlo, ha elegido un extraño trabajo.

Ella lo miró sin pestañear, mientras él proseguía:

—Creo que podré conseguirle una barca, Pero habrá que hacer tres viajes para llevarlos a todos, y es peligroso. Si llega algún avión japonés y los encuentra en mitad del río, no habrá esperanzas.

—Es preciso que crucemos el río.

—Probablemente logrará comida en el pueblo de la otra ribera. La gente no suele abandonar sus casas incluso cuando vienen los japoneses.

—Comprendo —dijo ella—. Lo mismo nos pasaba a nosotros en Yangcheng.

Él avanzó hasta la orilla, se metió los dedos; en la boca y lanzó tres fuertes y penetrantes silbidos. Desde la otra ribera llegaron tres silbidos en respuesta. Dos pequeñas figuras, allá a lo lejos en la otra orilla, empujaron un boté hasta el agua y se pusieron a remar.

—No sé cómo agradeceréelo —dijo ella—. Pensaba que era el final cuando no pudimos cruzar el río.

El joven oficial advirtió que vacilaba un poco cuando uno de los pequeños la empujó. La observó fijamente.

—Está usted enferma —le dijo—. Debe buscar un médico. Las tropas nacionalistas de la Otra orilla tienen médico.

—Estoy bien —dijo ella—. Cuando lleguemos a Sian me encontraré bien del todo.

Con gritos de entusiasmo los chiquillos llenaron el bote. Los soldados los llevaron rápidamente a la otra orilla. Volvieron y embarcaron más niños. Al tercer viaje, el soldado ayudó a la extranjera a embarcar con el último grupo de chicos. Su pelotón había acudido también a prestar ayuda.

Al alejarse te barca de la orilla, hizo poner firmes a sus hombres y saludo gravemente.

—¡Buen suerte, extranjera!

## Capítulo XVI

Encontraron un pueblo a dos o tres millas de la orilla del Río Amarillo, y la gente se mostró hospitalaria con ellos. Aunque muchos centenares de refugiados habían pasado por allí, todavía encontraron comida para los niños. El anciano del pueblo los repartió entre todas las casas de la calle principal, y, cuando el hambre estuvo mitigada, los pequeños iban de casa en casa a ver lo que hacían los otros. Gladys oyó sus excitantes preguntas: «¿Qué coméis en vuestra casa?». «Comemos *bimsgies*». «¿Qué os han dado?». «Nos han dado *mientiao*». «Oh, siempre *mientiao*. Ya os lo podéis guardar». «Pero también hemos comido pasteles de arroz, ¡vaya!».

Permanecieron en el pueblo sólo el tiempo preciso para acabar de comer, y siguieron adelante. Si los japoneses se acercaban al río, prefería estar de él lo más lejos posible. Pasaron la noche en el campo, y a la mañana siguiente prosiguieron hasta la ciudad de Mien Chih. Ésta había sido también fuertemente bombardeada, pero una anciana los dirigió a una organización de refugiados. Estaba emplazada en un viejo templo. Allí había calderos de comida humeante, y fueron bien recibidos. Entonces llegó la policía. El inspector era un hombrecillo gordo y bullidor, henchido del orgullo de su propia dignidad. Se dirigió a Gladys, y su conversación pareció sacada de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Tengo entendido —comenzó él— que ha dicho usted que ha cruzado el Río Amarillo.

—Sí.

—En tal caso, queda detenida. Usted no puede haber cruzado el Río Amarillo.

—¡Detenida! Pero ¿por qué?

—Usted dijo que cruzó el Río Amarillo.

—Sí.

—¿Y nadie más lo cruzó con usted?

—No... salvo los pequeños.

—Si nadie más podía pasar, ¿cómo pudo pasar usted?

Ella sacudió la cabeza, desconcertada.

—Encontramos un soldado que nos proporcionó una barca.

—Usted no puede haber encontrado a un soldado que le proporcionara una barca. Usted no ha podido cruzar el río. ¡Queda detenida!

Frunció los labios, gravemente. De seguro que era el delito más grave que se había cometido en su circunscripción desde hacía tiempo.

—No esperaba usted que me quedara allí y esperase la llegada de los japoneses, ¿verdad? —dijo ella, acaloradamente—. Y, si me detiene, tendrá también que detener

a todos los chiquillos.

Ante aquella nueva complicación, una sombra de duda cruzó por el semblante del funcionario.

—¿Quiere decir que todos esos niños están bajo su custodia?

—Así es, y no hay nadie más que pueda cuidar de ellos. Estaba cansada, era tarde y quería reposar.

Trató de ganar tiempo.

—¿Por qué no nos deja tranquilos esta noche? Mañana a primera hora iré a su *yamen* a su cuartelillo de policía, o a donde sea, y entonces podrá detenerme.

El gordo y pequeño policía la miró vacilante:

—Tendré que interrogarla en presencia del mandarín —dijo, dándose importancia.

—Bueno, no trataré de escaparme con todas esas criaturas, ¿verdad? Mañana por la mañana: acudiré al y amen y me hará usted todas las preguntas que quiera.

A la mañana siguiente, a la cabeza de sus niños, Gladys se dirigió al *yamen* para ser interrogada. A los muchachos no se les permitió la entrada, y el rumor de que algo iba a ocurrir a Ai-weh-deh circuló entre ellos. Permanecieron formando grupo ante la puerta principal y en cuanto ella entró, comenzaron a gritar con creciente fuerza: «¡Dejadla salir! ¡Dejadla; salir!».

El mandarín era un anciano de bondadoso aspecto, que no parecía simpatizar mucho con el policía, cuya acusación era redundante y absurda.

—¿Afirma usted que cruzó el Río Amarillo?

—Sí.

—¡Yo digo que no es cierto!

—¡Pues yo le aseguro que sí! —protestaba Gladys—. ¿Cómo podía pasar de Shansi a Honan sin cruzar el río?

—Entonces, ¿cómo lo cruzó sin tener una barca?

—¡Lo cruzamos en una barca! Nos la proporcionó un soldado.

—En tal caso ha cometido un delito. Tenga la bondad de examinar este documento.

De manos de un ordenanza tomó un abultado e imponente rollo y se lo alargó.

Gladys lo descifró. Por los sellos y complicados jeroglíficos en él contenidos, se enteró de que, por decreto del general comandante de las tropas nacionalistas en aquella región, el Río Amarillo estaba cerrado al tránsito. Nadie podía cruzarlo ni viajar por él. La orden estaba fechada cinco días antes.

—Por eso no había ninguna barca —comentó Gladys—. Me preguntaba la razón.

—¿Reconoce, pues, que ha cometido este delito? —tronó el pequeño policía.

—¡Claro que sí! —respondió Gladys, enfadada—. Somos refugiados de Shansi que nos dirigimos a Sian. Un centenar de niños me acompañan. ¿Cree usted que

íbamos a esperar en la otra orilla que nos mataran?

Fuera la cantilena de los chiquillos proseguía, monótona: «¡Dejadla salir! ¡Dejadla salir!». Y ahora habían descubierto ya las ventanas, y una docena de caritas atisbaban detrás de los cristales que los niños golpeaban con sus dedos.

—¡Dejadla salir! ¡Dejadla salir!

El mandarín ya estaba harto de aquello.

—Es evidente —dijo— que si esa mujer ha cometido un delito, el mismo tiene poquísima importancia. —Le sonrió—. Si puede usted controlar a sus pequeños durante unos minutos, creo que podré ayudarla.

Ella salió. Unas cuantas palabras rudas y unos pocos pescozones propinados al azar restablecieron el orden entre los chiquillos. Después volvió junto al mandarín. El policía había desaparecido.

—Todas las mañanas —dijo él—, sale un tren de Mien Chih, que a lo largo del río se dirige hacia Sian. No llega a la ciudad, porque anda mal en la línea, pero al menos los llevará un buen trecho.

—Es que no tenemos billetes ni dinero para pagarlos —dijo Gladys.

Él la miró seriamente.

—Hoy en día —dijo— todos los trenes de Honan son trenes de refugiados. Nadie espera que lleven billete. Mañana por la mañana vaya a la estación con sus pequeños y monten en el tren.

Gladys le dio las gracias y volvió a llevarse a los niños al campamento de refugiados. Aquella tarde los llevó a todos a una alberca de las afueras de la ciudad, donde trataron de desprenderse de parte de la suciedad de sus cuerpos y ropas. Por la noche los reunió en el patio y les dijo:

—Sabéis todos lo que es un tren, ¿verdad? Hubo un agitado murmullo de conversaciones. No, la mayoría no sabían lo que era un tren. ¿Qué era? Nunca habían oído hablar de cosa semejante.

Gladys se lo explicó, imitando incluso los ruidos.

Al amanecer estaban todos en pie, atando ansiosamente sus fardos y luchando por ser los primeros en llegar a la gran balsa de piedra; del patio, a fin de que sus caras y manos tuviesen el color exigido por la omnipotente Ai-weh-deh. Después formaron para que les llenaran; las escudillas de humeante mijo, tragaron la espesa mezcla con ayuda de sus hábiles palillos y, con asombroso sentido de cooperación, formaron en una larga cola antes de que Gladys hubiese acabado de atar su equipaje.

Ella dio las gracias a las mujeres que cuidaban del centro de refugiados, tocó el silbato, y, con una explosión y gritos y carcajadas y no poco parloteo, todos se pusieron en marcha a tomar el tren.

Gladys los había hecho formar en tres hileras. El ambiente estaba lleno de expectación, y, al cabo de unos minutos se agitaron, un poco inquietos. Aquéllos eran

unos ruidos muy extraños. ¡A que silbido furioso, y aquel estruendo, y aquellos bufidos! Los ojos miraban a Gladys y después volvían a clavarse en la curva. ¿Estaba Ai-weh-deh bien segura de ese tren? Incluso a distancia parecía el abuelo de todos los dragones del mundo. ¿Y si los devoraba a todos? El ruido fue en aumento.

Los chicos mayores y las muchachas, avergonzados de su súbito pánico, buscaban a los más pequeños, protestando de que sólo hablan corrido para alcanzar a los otros. Un grupo de chiquillos de ocho años resultó que había corrido hasta volver al centro de refugiados. Otros tuvieron que ir a buscarlos debajo de las cajas y balas y en otros escondrijos en doscientas yardas a la redonda. Poco a poco, fueron reuniéndose de nuevo en el andén. Afortunadamente, el tren parecía no tener prisa en llegar a ninguna parte. Los vagones eran simples cajas de madera con techo. No había asientos. Y había muchos otros pasajeros refugiados, cargados de paquetes.

Gladys logró meter a todos los chiquillos en un largo vagón, y, cuando una hora más tarde el tren se puso lentamente en marcha, los pequeños empezaron a disfrutar con aquella experiencia. Sólo hubo otro momento de pánico. Unas dos horas más tarde un anciano caballero chino, que estaba sentado a unas yardas de Gladys rodeado de chiquillos, sacó un trozo de vela del bolsillo, lo colocó en el suelo y lo encendió. Al menos tres pequeños soplaron inmediatamente para apagarla. En aquel instante el tren se metió en un túnel. La oscuridad era absoluta, y los gritos de pánico fueron indescriptibles. El cabañero, al cabo de un par de minutos, logró encender de nuevo la vela y, comprendiendo ya el objeto, nadie respiró ya siquiera en aquella dirección. Cuatro días permanecieron en el tren, mientras éste avanzaba lentamente y en breves etapas.

En el pequeño pueblo de Tiensan, el tren se detuvo. Ya no seguía más adelante. Había sido volado un puente importante y destruidas las vías. Allí terminaba la llanura ondulada y la montaña se erguía escarpada ante ellos. Tenían que cruzar aquellos montes; la vía férrea proseguía al otro lado. Una hilera de refugiados comenzó a trepar hacia los pasos rocosos; ancianos, muchachas, hombres, mujeres, familias enteras cargadas de bultos, todos huyendo hacia el Oeste de la maldición de los japoneses. Mendigaron comida en el pueblo, y Gladys contempló los altos picos y se asustó. No deseaba seguir adelante; sólo tenía ganas de quedarse donde estaba y descansar. Pero sabía que aquello era imposible.

Al principio el camino subía. Iban todos prácticamente descalzos y las aristas de las piedras les cortaban los pies. Mirando atrás desde los primeros riscos, pudieron ver el polvillo que se elevaba lentamente en el llano, y la roja bola del sol brillando como un ojo demoníaco a través de la neblina. Durante cuatro horas siguieron trepando, los chicos mayores delante, y Gladys y las muchachas un poco rezagadas. Desde una elevación contemplaron por última vez la llanura; después, al descender por el serpenteante sendero, los picos se cernieron a su alrededor.

Avanzada la tarde, Liang y Teh, los sempiternos exploradores, anunciaron la existencia de un pueblo oculto en un recodo del valle. Cuando Gladys llegó a él, los chicos ya estaban bebiendo *mentang* —el agua que queda después de cocer el mijo— y los del pueblo repartían entre ellos tortas de arroz y otras sobras de comida. Ella bebió un poco de té y se sintió mejor. La gente era amable. Le dijeron míe tardarían dos días en cruzar los montes y llegar a Tung Kwan. Había otros pueblos en el camino, donde encontrarían comida.

Justo antes de ponerse el sol, llegaron a otro pueblo, y sus amables moradores saquearon sus propias alacenas para darles comida. El jefe del pueblo agitó su escasa barba de chivo y le dijo a Gladys, sencillamente:

—Tiene usted muchas bocas que alimentar; pero ¿quién es capaz de resistirle?

Acamparon aquella noche en una cueva de las afueras del pueblo, y los niños, con un poco de alimento en sus estómagos, durmieron tan profundamente como siempre. El tercer día fue una repetición de los anteriores, a excepción de que no encontraron ningún pueblo ni comieron. Y aquella noche, en que se acurrucaron en la falda de un monte, la niebla fue muy espesa. Los más pequeños se durmieron, pero Gladys y los chicos anduvieron por allí colocando escudillas bajo las rocas, de modo que al menos tuvieran un poco de beber al despertarse.

El día siguiente acabaron de cruzar los montes y descendieron al llano. Todavía faltaban muchas millas para llegar a Tung Kwan, pero llegaron allí antes de anochecer. La mayoría de las casas estaban en ruinas, porque la población había sido fuertemente bombardeada, pero una mujer los encaminó a un patio donde encontrarían una organización de refugiados. Dos mujeres se cuidaban de las humeantes ollas, y los chiquillos clamaron a su alrededor. Unos pocos —los inevitables pocos que siempre perdían sus escudillas y sus palillos— se agarraron a Gladys, pregonando su desconsuelo, y ella, cansadamente, buscó lo preciso y cuidó de que todos tuvieron bastante comida. Cómo de costumbre, cuando todos se hubieron alimentado, sólo quedaron unas cuantas migajas para ella. Pero no le importaba; estaba demasiado cansada para pensar en comer.

Por las mujeres se enteró de que la línea férrea iba desde Tung Kwan hasta Hua Chou, pero no circulaban trenes. La vía pasaba junto al río y los japoneses ocupaban la otra ribera. Tendrían que seguir andando. Aquellas noticias la irritaron de un modo casi irracional y eso que ella jamás se irritaba y solía tomar las cosas como venían. Cuando un poco más tarde dos hombres entraron en el patio y comenzaron a hacer preguntas: —«¿De dónde venía?», y «¿A dónde iba?»—. Les contestó con bastante rudeza, y, cuando insistieron, les gritó:

—¡Oh! ¡Déjenme en paz! ¡Estoy cansada!

—Queremos ayudarla —le dijeron—. Esas mujeres nos han hablado de usted.

—¿Y cómo pueden ayudarme?

—De vez en cuando un tren sale en dirección a Hua Chou, que está en la ruta de Sian. No lleva pasajeros, sólo carbón. Sale ya oscurecido y todavía es de noche cuando pasa frente a las posiciones japonesas de la otra orilla del río. Sin embargo, algunas veces disparan.

—¿Quieren decir que podríamos montar en él? —preguntó ella, ansiosamente, sintiendo renacer su ánimo—. ¿Cuándo va a salir?

—Esta noche; dentro de unas dos horas.

Ella miró las hileras de cuerpecitos hechos un ovillo y profundamente dormidos. Ni un terremoto sería capaz de despertarlos. Sus esperanzas decayeron.

—¿Cuánto dista de aquí la estación?

—Está a la vuelta de la esquina, a no más de setenta yardas. Su esperanza renació.

—Si pudiese llevar los chicos hasta allí, ¿podríamos subir a los vagones?

Sí; ellos la ayudarían en lo que pudieran. Muy excitada, Gladys reunió a los chicos mayores: Liang, The, Sualan, Ninepence, Timothy y Less. Les explicó lo que se proponía hacer. Todos debían acostarse en seguida, y ella los llamaría cuando fuese la hora. Después formarían una cadena humana hasta la estación —a intervalos de unas cinco yardas— y se irían pasando los pequeños de unos a otros. Sí, igual que habían hecho en los pasos difíciles de la montaña.

Los hombres sonrieron cuando explicó su plan. Regresarían a avisarla cuando el tren estuviese a punto. Ella se echó, intentando dormir, y observó como las estrellas salían una a una. Los hombres habían regresado; el tren no tardaría en partir; no podían perder tiempo. Fue a despertar a los mayores. Todos hablaban en voz baja, pero incluso en la oscuridad podía observar su excitación. Se colocaron espaciados en la forma prevista y los dos hombres fueron a la estación a inspeccionar la carga de los pequeños e inertes cuerpecillos en los Vagones de carbón. Al levantar el primer chiquillo, el pequeño San, de cinco años, tuvo la sensación de su ligereza y al propio tiempo de su calor. Murmuró en sueños mientras lo pasaba a Sualan y ésta a Liang. Ella sabía por experiencia que aquellas criaturas dormían como marmotas y que si, por descuido, dejaban caer alguna, se acurrucarían en el suelo y seguirían durmiendo. Uno a uno fueron trasladados al tren. Entonces Gladys enrolló sus ropas en un paquete y éste pasó a su vez a lo largo de la hilera.

Gladys se dirigió hacia el tren. Pudo oír cómo la máquina resoplaba en alguna parte, en la oscuridad, y ver, por la silueta de los vagones, que realmente transportaban una importante carga de carbón. Éste sobresalía de los bordes de los vagones, y los chiquillos habían sido colocados en lo alto, y los hombres habían acumulado otros trozos de carbón a su alrededor para evitar que pudieran caerse. Ella destacó a dos chicos mayores en cada vagón para vigilar a los pequeños cuando se despertarán.

Después subió. Se rozó una rodilla con un gancho de hierro y sintió en las manos

el contacto arenoso del carbón. Había cinco pequeñuelos en su vagón; parecían estar bastante seguros. Uno de los hombres le dijo desde abajo que iba a decirle al maquinista que estaban todos en el tren. Unos minutos más tarde los topes empezaron a crujir y el tren se puso en marcha a sacudidas.

—¡Adiós, mujer! ¡Buena suerte! —gritó el segundo hombre desde la oscuridad.

—¡Adiós, amigo! —respondió ella—. Gracias por vuestra ayuda. ¡Que Dios os bendiga!

El tren fue adquiriendo velocidad. El viento le refrescaba la cara; pero no era un viento frío como el de la montaña, sino más suave y tibio.

Cuando se despertó apuntaba el día. Los chiquillos también se despertaban, y pudo oír sus gritos de entusiasmo en todos los vagones. El pequeño San, de cinco años, que estaba junto a Gladys, miró a Lufú, se frotó los ojos y le dijo riendo a carcajadas:

—Lufú, ¿te has vuelto negro durante la noche!

Y Lufú le respondió, satisfecho:

—¡Tú también te has vuelto negro! ¡Y Ai-weh-deh también! ¡Todos nos hemos vuelto negros! ¡Qué divertido!

Era una opinión unánime que hizo brotar la risa en todos los vagones, y Gladys rió con ellos.

Los japoneses no habían disparado contra el tren, o, si lo habían hecho, ella no lo había oído. Se sintió aliviada, pero cada vez más débil. Habían dejado atrás el polvo amarillo de Honan septentrional, y el río; ahora cruzaban un bello país ondulado, con huertos floridos y tejados de pagoda que asomaban entre los verdes árboles, y los chicos chillaban y señalaban cada nuevo espectáculo que se ofrecía a su vista. Nunca hasta entonces habían visto nada semejante. A primeras horas de la tarde llegaron a Hua Chou, uno de los santuarios de las montañas de China, bombardeado, pero todavía muy hermoso. La ladera del monte estaba llena de templos, y sus tejados dibujaban curvos arabescos sobre el fondo de árboles; había arroyos cantarines y puentes; y muchos peregrinos que compraban cañas amarillas de incienso o velas escarlata para quemar en los cien recintos sagrados. Dulces campanas tañían a todas horas y muchas preces se elevaban al Buda.

La organización de refugiados de los nacionalistas se había establecido en uno de los templos. Allí les dieron comida a Gladys y a los cinco, y por fin pudo dormir tranquila. Todo aquello era como un sueño. Aquella belleza dulce, casi tropical, le resultaba extraña. Ella era una mujer de la montaña; gustaba del aire cortante, de las nieves y los vientos de Shansi. Sin protestar tomó la medicina que le llevaron los chicos. Liang y Ninepence insistieron en que la tomara. Ella les preguntó de dónde la hablan sacado, y le respondieron que se la había dado un sacerdote budista. Habían dicho a los sacerdotes que Ai-weh-deh estaba enferma y les habían pedido un

remedio. Los sacerdotes les habían dado hierbas de varias clases, que había que servir para que Ai-weh-deh se bebiera la infusión una vez enfriada. Tenía un sabor amargo, pero no repugnaba al paladar, no recordaba en realidad cuantos días habían pasado en Hua Chou. Sólo sabía que se habían puesto en camino en marzo y qué ahora estaba muy avanzado el mes de abril. Los niños, excepto por los cortes, las magulladuras, los chichones y aquel salvarse de milagro en las situaciones comprometidas que es propio de la infancia, gozaban de buena salud. Los trenes salían de vez en cuando hacia Sían y la mujer que gobernaba el centro de refugiados —una joven china imbuida del espíritu del grupo «Nueva Vida» que, bajo el patronato de la señora Chiang-Kai-Shek, trataba de limpiar a China— le dijo a Gladys que no se preocupara; que ellas cuidarían de embarcarla hacia Sian cuando llegara el momento oportuno.

Una mañana la ayudaron a llevar los chicos a la estación y a meterlos en los coches. Les dieron comida, ya que el viaje había de durar al menos tres o cuatro días. En aquellos tiempos los trenes de China tenían caprichos incomprensibles para las mentes europeas. Andaban o se paraban a su antojo. Gladys no recordaba después si el viaje había durado tres días, o cuatro, o tal vez cinco. Los chiquillos brincaban, gritaban y cantaban como siempre; el panorama, delicioso bajo el sol de abril, se deslizaba lentamente ante sus ojos. A veces permanecían parados durante horas enteras; después volvían a avanzar, jadeando, días y noches. Al fin, un mediodía, advirtió un movimiento de excitación entre los refugiados. Se incorporó con dificultad y pudo ver las murallas y las pagodas más allá de la estación, y un enjambre de construcciones bajas. Los pequeños ya habían empezado a saltar al andén y comprendió que tenía, que imitarlos. Fuera de la estación los hizo formar en la acostumbrada cola.

—Al entrar por la puerta de Sian cantaremos un himno —anunció.

Un chino anciano levantó la cabeza al oírla.

La miró con ojos apagados.

—Mujer —dijo—, nunca lograréis entrar en Sian. Las puertas están cerradas. Ya no se permite la entrada de más evacuados en la ciudad.

Ella no lo creyó. No podía creerle. Los mudos semblantes de los pequeños estaban vueltos hacia ella. Durante todas aquellas interminables semanas les había dado ánimos con el espejismo de Sian.

—Entonces, ¿a dónde iremos? —clamó, desesperadamente—. ¿A dónde iremos?

El hombre señaló con la mano.

—Hay un campamento de evacuados allá, cerca de la muralla. Allí os darán de comer.

Era verdad. Era la terrible, pura e irónica verdad. Gladys condujo a los chicos al campamento y, mientras la beneficencia se encargaba de alimentarlos, se dirigió ella

sola a la ciudad. Al aproximarse pudo ver que las murallas eran altas y reforzadas. La ciudad era mucho mayor que Yangcheng. Por encima de los muros podía ver los altos techos de las pagodas cubiertos con tejas verdes. Las macizas puertas de madera estaban cerradas y atrancadas. Un centinela le gritó desde lo alto de la muralla:

—¡Mujer! ¡Márchate! La ciudad está llena de refugiados. Nadie puede entrar en la ciudad. ¡Mujer, márchate!

Ella apoyó la cara en la basta superficie de la puerta y lloró un poco. ¡Un viaje tan largo! ¡Y para esto! ¡Para esto!

## Capítulo XVII

Volvió lentamente atrás para reunirse con los chiquillos, sin saber lo que iba a decirles. Pero en cambio ellos tenían noticias que darle. Representantes del movimiento «Nueva China» los habían descubierto. Confirmaron que era imposible permanecer en Sian, pues la ciudad estaba cerrada para los refugiados. Probablemente volvería a abrirse al cabo de irnos días, pero, en todo caso, se habían hecho ya gestiones para alojar a los pequeños en Fufeng una población cercana. Funcionaban allí un orfanato y una escuela. Todos los niños que Tsing Pen Kuang había traído de Tsechow estaban alojados allí.

—Pero ¿cómo llegaremos? —preguntó Gladys—. Ya hemos viajado durante un mes.

—En tren —le respondieron—. Mañana los acomodaremos en un tren con dirección a Fufeng. No tardarán muchos días en llegar.

—¡Días! —repitió ella, débilmente—. ¡Muchos días!

—Tal vez no más de dos, si el tren corre un poco.

—Está bien —convino ella.

Demasiadas cosas le habían ocurrido ya para que se atreviera a protestar. Después apenas si recordó nada del viaje hasta Fufeng; sólo que en el andén había unas jóvenes muy simpáticas, que acudieron a recibirles y darles de comer; jóvenes con brazales del movimiento «Nueva China», que le sonrieron, cuidaron de los chiquillos y les dijeron: «¡Ahora todos seremos felices!».

Cruzaron las puertas de la antigua ciudad china de Fufeng. Como Yangcheng, pertenecía a la vieja China. Las calles eran estrechas, repletas de tiendas y vendedores, de pordioseros, carretas y mulas. Pero era calurosa, húmeda y maloliente, y apestaba bajo el sol de abril. Gladys sintió la añoranza de la áspera y ventilada altura de Yangcheng. Los huérfanos de «Nueva China» se alojaban en un enorme templo cerrado al culto. Como en toda China hay al menos mil quinientos templos dedicados al maestro Confucio, uno menos no tenía importancia. Los niños fueron sometidos a un proceso de rehabilitación, durante el cual recibieron nuevas ropas y calzado, fueron alimentados y se les destinaron lugares para dormir. La comida no les dijo gran cosa, porque en aquella parte de Shensi comían pan en vez de mijo. A Gladys le destinaron una pequeña habitación en el templo, y los niños entraban y salían continuamente, para mostrarle su nuevo vestido, recibir consuelo por el último chichón, o simplemente para dar a «Madre» las últimas noticias. Ella lo veía todo como entre niebla. Fuera de la ciudad, el país era muy lindo, y recordaba que un día había ido a la orilla de un río para bañarse y lavar su ropa, y después había

tratado de matarse los piojos y se habla sentado al sol mientras aquélla se secaba.

No sabía muy bien lo que haría después. Los nidos habían llegado a destino y en adelante ya tenían quien cuidaría de ellos, y su propio mundo se había derrumbado. Tenía que ganarse la vida, de un modo u otro. Entonces conoció a dos mujeres chinas que dirigían una pequeña misión cristiana en Fufeng y le dijeron que se alegrarían de que las ayudara; en realidad, iban a salir para un pueblo vecino aquella misma tarde. ¿Le gustaría acompañarlas? Iban a visitar una casa cristiana y acaso podría predicarles un breve sermón.

Nada podría producirle mayor satisfacción respondió Gladys. Pero al andar con ellas por el camino quemado de sol, entre los inmensos campos de trigo verde, recordó que tenía dañados los pies. Parecía como si no acertase a colocarlos en el lugar preciso. Y, cuando llegaron a la casa, le dieron un plato de comida y unos palillos, y ella se sentó en un taburete para comer; pero no pudo llevarse el alimento a la boca. No lograba dominar sus manos, incluso para un acto tan sencillo. Aquello era muy fastidioso. Sentía necesidad de comer, y no podía satisfacerla. Observó que los otros la miraban extrañados. ¿Le dolía la cabeza? Sí, le dolía. ¿Quería echarse a descansar un poco antes de pronunciar su sermón? Sí, le gustaría echarse. Debía de ser el calor lo que la hacía sentirse destemplada.

No sería nada, le dijeron las mujeres, acompañándola a una pequeña habitación fuera del patio; durante las últimas semanas había pasado muchas fatigas y debía de estar cansada. Debía descansar un rato, y en un par de horas se hallaría dispuesta para el sermón. Ella se tendió cansadamente en el duro lecho, con la Biblia al lado. Bueno, pensó, predicaré sobre un tema de San Juan luego:

«Y de San Juan, ¿qué tema elegiré?». Hablaría de la mujer de Samaria: *Quienquiera que bebiese del agua que yo le daré no estará sediento jamás; pero el agua dará en él un pozo de agua que brotará hacia la vida eterna...*

Sintió en la retina de sus ojos estallar un remolino de brillantes colores: escarlatas, púrpuras y amarillos. Tenía mucho calor. Trató de llevarse la mano a la frente, pero aquélla no la obedeció. Lo mismo daba... el Evangelio según San Juan...

*Mujer, ¿dónde están los que te acusan? ¿No te ha condenado ningún hombre...?*

Tenía una sequedad de arena en la garganta. Si pudiera al menos beber un poco de agua..., según el Evangelio...

*En principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en él principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron...*

Las vivas luces se desvanecieron en el fondo de sus ojos y en su cerebro, y fue hundiéndose en la oscuridad. Cuando fueron a buscarla unas horas después, estaba en pleno delirio.

Es casi seguro que las mujeres cristianas Convencerían a los campesinos chinos para que cargaran a la enferma en su carreta de bueyes y emprendieran el relativamente largo viaje hasta la Misión Escandinavo-Americana de Hsing P'ing, donde fue atendida por él jefe médico. Después del bombardeo de Sian, el jefe médico, que ahora ejerce en Croydon, Surrey, consiguió que un amigo suyo la llevara en el asiento posterior de su coche a su casa de campo, en las afueras de Sian. De lo que no hay la menor duda es de que le debe la vida, a él y al personal del Hospital Inglés Baptista Jenkins Robertson, de Sian; y, aunque alguien pueda decir que el doctor no hizo más que cumplir con su deber, lo Cierto es que sus esfuerzos rebasaron en mucho aquellos estrechos límites. Más tarde, y en vista de que los bombardeos proseguían y ella iba mejorando, volvieron a trasladarla a la Misión de Hsing P'ing, donde el señor y la señora Fisher, de la Misión Interior de China en Mei Hsien, al pie de la santa montaña T'ai-Pei, la cuidaron hasta hacer que recobrará un tanto la salud. Sin embargo, al separarse de aquellos bondadosos Fisher, no podía decirse que estuviera bien del todo; tenía ausencias y brotes de enajenación mental... Pero ella no quería seguir viviendo de la caridad; tenía que trabajar para vivir y para mantener a los cinco muchachos que había adoptado.

Éstos habían venido de Fufeng a reunirse con ella; iban a la escuela de Sian, y a veces se encontraban con que había desaparecido y la buscaban por toda la ciudad, hasta qué la encontraban sentada en el suelo en cualquier parte, sin recordar quién era ni dónde vivía. Ellos la tomaban cariñosamente del brazo y la llevaban a casa. Pero, lentamente, había ido mejorando.

Hizo amistades en Sian y ganó un poco de dinero. Sus padres le enviaron unas pocas libras desde Inglaterra. Trabajó para el movimiento «Nueva China»; enseñó inglés a dos policías y a dos funcionarios del *yamen*; y cuando llegaron dos hombres cristianos de Shansi, fundó una iglesia para refugiados en una fábrica abandonada al pie de la muralla de la ciudad. Realizaron pequeñas colectas y ganaron algo para vivir.

Linnan hizo un viaje a Sian, y ella se alegró de verle, Linnan le suplicó que se casara con él y le acompañara a Chungking, donde ahora estaba destinado; pero, por alguna razón, sus relaciones habían cambiado. Aquel entusiasmo de todos los días por vivir, ya no existía, y los obstáculos prácticos a aquel matrimonio desigual se hacían evidentes. En Sian había muchos europeos con los que podía discutir el problema.

—¿Y los hijos? —le decían—. ¡Los hijos! Si se casa, tendrá hijos. ¿A qué país pertenecerán, a China o a Inglaterra? ¿O acaso a ninguno de los dos?

Pero no era solamente esto. Algo había cambiado en sus sentimientos. Ella no

sabía lo que era, pero veía las cosas de un modo diferente. Sabía que si la guerra no la hubiera arrojado de Shansi, se habría casado con Linnan y su vida habría seguido otro rumbo. «Espera —le había dicho entonces—; no podemos casarnos mientras dure esta terrible guerra, o mientras estemos aquí luchando». Él había esperado, y ahora era demasiado tarde. Ahora, en vez de aquella exaltación interior, de aquella delicia de amar y sentirse amada, estaba una apremiante ansiedad por hacer lo mejor por su Dios, por sus pequeños y por el hombre que amaba.

Al cruzar los montes entre Yangcheng y el Río Amarillo, al cruzar los llanos entre el Río Amarillo y la vieja capital de Sian, al hundirse en el torbellino de delirio y en la fiebre de su enfermedad, su seguridad había sido remplazada por la ansiedad. Todo esto trató de explicar, entre lágrimas, a Linnan; y él, en la angustia de su amor, intentó descartarlo todo, diciéndole que vería las cosas de otro modo cuando estuviera restablecida. En Chungking, le dijo, él tendría un alto rango; podrían ir allí al colegio. Pero todo fue inútil; el pajarillo de colores había volado. Tal vez no podía vivir en el bosque de calamidades que invadía toda China; Había mucho trabajo que hacer para el Señor, y ella, la mujer pequeña, el pequeño discípulo, tenía que realizar su parte en la tarea.

Fue a despedirle a la estación, fuera de Sian, y regresó por las estrechas callejas, con una abrumadora sensación de soledad en el corazón, dándose cuenta de que jamás sabría si había obrado cuerdamente o no. Lo cierto era que en todos los días de su vida recordaría Linnan como el único hombre a quien había amado. En cuanto a él, la guerra lo arrastró, jamás volvió a verle.

\* \* \* \*

Los japoneses se acercaron a Sian; pareció muy probable que, en el momento menos pensado, atacaran la ciudad. Gladys, con sus cinco chiquillos, se trasladó más hacia el Oeste. El enemigo nunca llegó a capturar Sian, pero Gladys se quedó con los chicos en Baochi, en la provincia occidental de Chengtú. Llegó a ser uno de los grandes centros de resistencia de los nacionalistas chinos, que trasladaron hacia el Oeste sus escuelas, sus fábricas y sus organizaciones cooperativas.

Los chicos se fueron a sus escuelas, Ninepence se casó y Gladys se quedó sola. Oyó decir que una Misión metodista americana en Zsechuan occidental, casi al borde del Tíbet, buscaba un evangelista que hablara los dialectos de Shansi Gladys solicitó el cargo por medio; de una carta escrita en chino. Nunca olvidaría; la cara de profundo asombro del misionero americano, Dr. Olin Stockwell, cuando la vio él esperaba encontrarse con una evangelista china. Allí realizó toda clase de trabajos, haciéndose gran amiga de Esther y Olin Stockwell. El doctor Stockwell fue al cabo

detenido cuando los comunistas invadieron Chengtú, y se pasó dos años en la cárcel. En un libro titulado *Meditaciones en la celda de una cárcel*, escribió lo siguiente.

*«Recuerdo a una diminuta misionera inglesa que estuvo cosa de un año con nosotros en la China Occidental. Después se fue a una colonia de leprosos a asistir a éstos. Allí encontró a un hombre cristiano que colaboró con ella. Predicaba y trabajaba con tal entusiasmo, que logró infundir nueva esperanza en todo el grupo de leprosos. Antes de que ella llegara, aquéllos se mostraban camorristas y envidiosos, y se peleaban entre ellos. Muchos vivían sin esperanza. Y ella fue a hablarles de un Dios que los amaba. El ambiente de la colonia se transformó. La Navidad fue un día feliz y lleno de significación. El Viernes Santo, el pastor chino local y yo visitamos la leprosería, para celebrar un servicio de Semana Santa. Al final administramos el Sacramento de la Cena del Señor. Les dimos el pan y el vino a hombres que estaban tan atacados por la enfermedad que no podían arrodillarse ante el altar y que tenían las manos tan deformadas que apenas si podían recibir los elementos<sup>[7]</sup>. Pero sus ojos brillaban con nueva alegría y esperanza. Dios se había valido de aquella pequeña misionera como de un nuevo Bernabé».*

También hacía recorridos ella sola por la región montañosa, pero otros misioneros habían estado allí antes que ella; se limitaba, pues, a proseguir la labor que otros habían comenzado. Pero el trabajo era importante. Ella y los otros cristianos, como los Stockwell, sabían que los comunistas invadirían pronto aquel territorio, y querían dejar bien arraigada la semilla del Cristianismo antes de que se vieran obligados a marcharse.

Todavía estaba enferma. Cuando los japoneses la habían apaleado en el patio, le habían producido graves lesiones internas, que se agravaban aún más con los años. Los médicos europeos a quienes consultó le dijeron que su única posibilidad de salvación estaba en regresar a Inglaterra para ser operada. Pero no tenía dinero y aquello resultaba imposible; su principal deseo era poder regresar algún día a su amado Yangcheng.

Algún tiempo después marchó a Tsechung, a hacer el traspaso de una de las Misiones metodistas a un grupo de americanos que habían sido arrojados del Shansi septentrional y se habían dirigido hacia el Oeste a continuar su labor. Estaba charlando con uno de ellos mien-la tras se dirigían un día a la Misión, cuando se cruzaron con una refugiada de Shansi, a quien Gladys conocía ligeramente. La mujer la saludó en el dialecto de Shansi, y Gladys le respondió en la misma lengua. Él americano la miró con interés.

—¿Ha estado usted en aquella parte de China? —le preguntó.

—Sí —respondió Gladys—. He estado en Shansi.

—Supongo —dijo él— que no conocería a esa misionera a quien llamaban Ai-weh-deh, que hace años solía cruzar las líneas japonesas. ¿No la encontró alguna vez? Debía de ser un tipo estupendo. No es poco lo que se cuenta de ella.

—Sí, la conocí —dijo Gladys, sin alzar la voz—. Era yo.

El americano frunció las cejas, asombrado.

—¿Qué me aspen! —exclamó—. ¿No bromea usted? Señora, es para mi un honor...

Hablaron durante mucho rato, y él le preguntó cuándo había estado en casa por última vez. Ella no comprendió lo que quería decir.

—En Inglaterra —aclaró él.

Gladys sonrió.

—¿Qué posibilidad tengo de ir a Inglaterra si no sé de dónde vendrá la comida de mañana?

Él abrió mucho los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que vino?

—¡Diecisiete años!

—¡Caramba! —exclamó él—. Sin embargo, le gustaría ir a casa, ¿verdad?

—Supongo que sería magnífico volver a verles a todos —dijo ella, ávidamente—, pero es del todo imposible.

La conversación siguió por otros derroteros. Ella la olvidó completamente, pero no el americano. Unos semanas más tarde el hombre se reunió con su esposa en Shanghai. Había estado administrando unos fondos reunidos en los Estados Unidos para la repatriación a Alemania de misioneros protestantes y huérfanos alemanes. Muchos de ellos —gente buena y de gran corazón— habían estado a punto de morir de hambre, pero ahora había terminado la repatriación y quedaban todavía unos centenares de dólares. La esposa del americano le contó a Gladys, cuando se encontraron en Shanghai, lo que había ocurrido. El hombre se había dirigido a ella gravemente.

—Escucha, querida —le había dicho—. Sé de algo magnífico en que podrías emplear esos dólares que te sobran.

—¿Bien? —dijo ella.

—No se trata de ningún huérfano ni de ningún alemán. Son para una mujer pequeña que se llama Gladys Ayward. Me parece que sería estupendo emplear dinero en pagarle el viaje a Inglaterra. Está mal de salud; así me lo han dicho sus amigos. Deja que te cuente algo acerca de ella...

La primera noticia que tuvo Gladys Ayward de aquel típico acto de generosidad americana se la dio uno de los ancianos chinos, un alegre y simpático viejecillo, que

subió al pueblo, de la montaña donde ella residía. Bajaba dando saltos por la calle de la aldea, cuando, viéndola en la puerta de la Misión, agitó una carta, que llevaba en la mano y le gritó:

—Me han enviado a buscarla. Regresa usted a Inglaterra.

Ella lo miró como atontada.

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó.

La cara del hombre se distendió en amplia sonrisa.

—Todo lo que tiene que hacer es ir a Shanghai y le pagarán el viaje hasta Inglaterra. Se vuelve usted a casa. Y ahora, ¿por qué tiene que llorar? ¿Es que la noticia es bastante buena?

## Epílogo

La cosa, desde luego, no fue tan fácil como esto. Se necesitaron otros tres años de angustia y de incertidumbre antes de que Gladys Ayward embarcara al fin rumbo a Inglaterra.

Ella no quería abandonar China; lo que más amaba estaba allí; Inglaterra era un país extraño y lejano; y aunque sus cinco hijos adoptivos eran ya jóvenes que se abrían camino en el mundo, le resultaba difícil tomar la decisión. Todos los chiquillos que había traído desde Yangcheng por los montes la consideraban como su propia madre —y aun hoy en día la consideran igual— y le escribían pidiendo; consejo y ayuda, y la iban a visitar dondequiera que viviese en China. En casa de los Stockwell había siempre una procesión de jóvenes y muchachas que iban a verla. Sólo después de largas reflexiones pensó que era voluntad de Dios que regresara a Inglaterra y que, por tanto, debía partir.

Cuando por primera vez leí algo acerca de la llegada de Gladys Ayward —unas cuantas líneas impresas, explicando que había sido misionera en China durante veinte años— estaba yo escribiendo unos seriales de historias verídicas para la B. B. C., titulados *Los Invencibles*. Con la esperanza de obtener un relato adecuado a aquellas emisiones, fui a visitarla a su casa de Edmonton. Le expuse mi propósito, y Gladys movió gravemente la cabeza, declarando que tenía la seguridad de que nada le había ocurrido que pudiese servir de tema a una comedia radiofónica.

—Es indudable —le dije— que en veinte años de estancia en China le habrán ocurrido cosas muy curiosas.

—¡Oh, sí! —respondió Gladys—, pero estoy a segura de que a la gente no les interesará. No a me ocurrió nada realmente emocionante.

Transcurrieron quince minutos antes de que confesara que «en una ocasión había cruzado los montes con varios niños».

Y la conversación prosiguió de esta manera con estas mismas palabras que jamás he logrado olvidar:

—¿Cruzado los montes? ¿Dónde fue?

—En Shansi, en el Norte de China; fuimos por los montes desde Yangcheng hasta Sian.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo tardaron?

—Cosa de un mes.

—¿Tenía dinero?

—¡Oh, no! Ninguno.

—Ya veo. ¿Y comida? ¿Cómo la obtenían?

—El mandarín nos dio dos cestas de granos pero pronto se agotaron.

—Ya veo. ¿Y cuántos niños ha dicho que eran?

—Cerca de cien.

Me di cuenta de que ya había dicho «Ya veo» demasiadas veces, cuando en realidad no veía nada, excepto que había dado con un relato formidable.

No había la menor afectación en la modestia de Gladys Ayward. Los mayores relatos del mundo eran, para ella, los que solía contar en China, extraídos de las páginas del Nuevo Testamento. Que sus propias aventuras fuesen dignas de escribirse, no le había pasado siquiera por la mente.

Desde entonces, desde su regreso a Inglaterra, ha viajado por el país, dando conferencias y predicando en las iglesias, los colegios y los centros misionales. Ha sido como una segunda madre para gran número de estudiantes chinos procedentes de Singapur y de Hong Kong; y ha prestado una valiosa cooperación en el establecimiento de una pensión en Liverpool para marineros y ciudadanos chinos. Como siempre, ha seguido viviendo con frugalidad, sencillamente, al día.

Es una de las mujeres más notables de nuestra generación, y, aunque uno nunca puede penetrar enteramente en el corazón y en el pensamiento de otro ser humano, es evidente que posee aquella exaltación interior, aquella decisión de seguir adelante, hasta la muerte, que la adversidad, las penas y los sufrimientos jamás podrán borrar del alma humana, y que es el corolario natural de una firmeza en la fe muy poco frecuente en nuestros tiempos.

Le doy las gracias a *miss* Gladys Ayward por contarme su historia y por permitirme publicarla. Espero únicamente haberle hecho justicia a esta pequeña mujer.

**FIN**

ALAN BURGESS, fue un escritor Inglés que escribió varios libros entre los años 1950 y 70. *El albergue de la sexta felicidad* (1957), está basada en la biografía real de Gladys Ayward; *The Longest Tunnel*: relata la fuga real de unos prisioneros durante la Segunda Guerra Mundial; *Siete hombres al amanecer* (1960): sobre el atentado perpetrado contra Reynhard Heydrich durante la Segunda Guerra Mundial; *The Lovely Sergeant* (1963); *Daylight Must Come*; *The Word for Love* (1970) y *My Story* (1972): biografía de Ingrid Bergman.

# Notas

[1] *yamen*: autoridad local en la China imperial. (N. del Ed.) <<

[2] Fonéticamente *Missiottery* y *machinery* (misionero y maquinaria) son bastante parecidas. (N. del T.) <<

[3] *rickshaw*: Carrito de dos o tres ruedas de pasajeros, generalmente tirado por un hombre. Se empezó a utilizar en Asia en los alrededores de 1920. (N. del Ed.) <<

[4] *yanten*: casa de la ciudad, donde vivía el mandarín y se despachaban todos los asuntos oficiales de la población. (N. del Ed.) <<

[5] Nueve peniques. (*N. del T.*) <<

[6] tag: es un juego de parque infantil que involucra a uno o más jugadores que persiguen otros jugadores en un intento de tocarlos, por lo general con sus manos. (*N. del Ed.*) <<

[7] Adviértase que se trata de un servicio protestante. (*N. del T.*) <<